

UNIVERSIDAD NACIONAL
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN (INGLÉS-ESPAÑOL)

ASPECTOS CULTURALES COMO ESTRUCTURAS RETÓRICO-
LITERARIAS EN UNA NOVELA CUBANO-ESTADOUNIDENSE Y SU
TRADUCCIÓN: *RUINS* DE ACHY OBEJAS

Trabajo de investigación para aspirar al grado de
Magíster en Traducción Inglés-Español

presentado por

CLAUDIA LUCÍA MARÍN MONTERO

Cédula No. 1-1422-0627

Noviembre 2014

Nómina de participantes en la actividad final del Trabajo de Graduación

Aspectos culturales como estructuras retórico-literarias en una novela cubano-estadounidense y su traducción: *Ruins* de Achy Obejas

presentado por la sustentante
Claudia Lucía Marín Montero

el día
1 de noviembre de 2014

Personal académico calificador:

Dra. Judit Tomcsányi Major
Profesora encargada
Seminario de Traductología III

Dr. Carlos Francisco Monge Meza
Profesor tutor

M.A. Sherry Gapper Morrow
Coordinadora
Plan de Maestría en Traducción

Sustentante:
Claudia Lucía Marín Montero

Nota aclaratoria

La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico de Maestría en Traducción Inglés-Español, de la Universidad Nacional.

Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni el traductor, tendrá ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.

Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositario el traductor. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.

A mi madre y mi hermana

Índice general

Nómina de participantes	ii
Nota aclaratoria	iii
Dedicatoria	iv
Índice general	v
Resumen	vii
Abstract	viii
Traducción	1
El informe de investigación	81
Introducción	82
Capítulo 1: Marco teórico	87
1.1. Teoría de los Polisistemas	87
1.2. Teoría de la literatura	90
1.3. Teoría de la retórica	91
Capítulo 2: Aspectos culturales como estructuras retórico-literarias	93
2.1. Discurso de los personajes	94
2.1.1. Uso del español en las intervenciones de los personajes	94
2.2. Discurso del narrador	97
2.2.1. Alternancia de los idiomas	97
2.2.2. Uso de alusiones	98
2.2.3. Otros aspectos representativos de la cultura estadounidense	102
Capítulo 3: Estructuras retórico-literarias en la traducción de <i>Ruins</i>	106
3.1. Discurso de los personajes	106
3.1.1. Uso del español en las intervenciones de los personajes	106

3.2. Discurso del narrador	108
3.2.1. Alternancia del español y el inglés	108
3.2.2. Uso de alusiones	110
3.2.3. Otros aspectos representativos de la cultura estadounidense	114
Conclusiones	120
Bibliografía	124
Anexos	128
El texto original	129

Resumen

Al inicio de este trabajo final de graduación, se presenta la traducción de la novela *Ruins*¹, de la escritora cubano-estadounidense Achy Obejas, la cual consta de los dos primeros capítulos de la obra. Después, se presenta el informe de investigación, el cual aborda el tema del uso de estructuras retórico-literarias como creadoras de ambivalencia cultural en el discurso de los personajes y del narrador en la obra *Ruins* y su traducción. Con base en la Teoría de los Polisistemas se analizan las alternancias de idiomas así como alusiones y referencias culturales del texto original y su funcionalidad en el texto meta. Se concluye que existen estructuras de este tipo que son igualmente funcionales en ambos textos, y otras que no lo son. Sin embargo, en ambos textos se alcanza el objetivo de crear la ambivalencia cultural, a pesar de las diferencias que presentan.

Palabras clave: traducción literaria, estructuras retórico-literarias, literatura cubano-estadounidense, teoría de los polisistemas, ambivalencia cultural.

¹ Obejas, Achy. *Ruins*. Nueva York: Akashic Books, 2009. Impreso.

Abstract

At the beginning of this final graduation project, the translation of *Ruin*², novel written by the Cuban-American author Achy Obejas. The translation consists of the first two chapters of the book. After that, the research project studies the use of rhetoric-literary structures to create a cultural ambivalence in the characters and narrator's discourses, in the novel *Ruins* and its translation. Based on the Polysystem Theory, the alternation of languages, allusions and cultural references in the original text are analyzed, as well as the functionality of those structures in the translation. This research concludes that there are structures in this novel that are as functional in the translated text as in the original one and others that aren't. However, the cultural ambivalence is reached in both texts, in spite of their differences.

Keywords: literary translation, rhetoric-literary structures, cuban-american literature, Polysystem Theory, cultural ambivalence.

² Obejas, Achy. *Ruins*. Nueva York: Akashic Books, 2009. Print.

Traducción

Ruinas

I.

Usnavy era un hombre viejo. No tanto por su edad —había cumplido cincuenta y cuatro años— sino porque había nacido viejo: su carita de niño se había tornado de forma temprana en un gesto de preocupación permanente. Incluso desde joven, su modo de caminar era tan forzado que parecía que se hubiera lastimado de inmediato en el trabajo, física y espiritualmente. Los ojos gris pálido, ordinarios y descoloridos, en su tez morena, incluso cuando era niño, como si los ojos nunca se hubieran deleitado de asombro o admiración.

Usnavy había trabajado en la bodega durante todo el verano de 1994, donde la gente acude con libretas de racionamiento para obtener pequeñas cuotas mensuales de arroz, frijoles y aceite para cocinar, y, sin decir palabra, negaba con la cabeza cuando las personas señalaban en una página un artículo que deberían haber recibido, del que él no disponía. Le echaba un vistazo rápido al espacio vacío en su lado del mostrador: el jabón escaseaba, casi nunca había café y nadie podía recordar la última vez que había carne. A veces, lo único que tenía era arroz o, peor aún, esos espantosos guisantes que se usaban para sustituir los frijoles y que, molidos, servían como sustituto del café.

A veces, cuando los estantes estaban casi vacíos, se sorprendía a sí mismo pensando sin quererlo en chocolates belgas, de los que su mamá se solía antojar: que vienen en caja y cada chocolate en un envoltorio por separado. Él se imaginaba dándole una caja de esas a Lidia, su esposa, y verla a ella y a su hija de catorce años, Nena, reír mientras compartían los dulces, los dedos cubiertos de chocolate. Nada lo llenaba de más felicidad que verlas complacidas; nada lo conmovía más que caminar junto a su hija y tomarla de la mano.

En la bodega, Usnavy sabía que no podía tener preferencias con lo que había disponible para dar. Debía pesar los productos y ponerlos en la bolsa de quien llegara primero. Pero Usnavy trataba de reservar la mayor parte de lo que había, por si acaso, para los más necesitados: los ancianos solitarios y las madres jóvenes con niños quienes, como gatitos, se agarraban a sus faldas desesperados y no entendían que sus padres se habían lanzado al mar en palillos de dientes, tratando desesperadamente de alcanzar otras costas en busca de mejor suerte. Desde que un instructor de *windsurf* de Varadero lograra sortear las olas y llegar ilegalmente a Keys en Florida en poco más de nueve horas, veintenas de hombres jóvenes construían balsas caseras a lo largo de toda la costa y fingían interés en temas como la presión barométrica y practicaban sus destrezas para sortear las olas.

Usnavy veía a los que se iban con incredulidad. Quería decirles que el destino no estaba en una costa o en una bandera, sino en el temple. Sin embargo, enfrentar a los *windsurfers* y otros marineros significaba tratar con la intensidad de los deseos que sentían; e incluso Usnavy entendía que si la luz enceguecedora que salía de las olas no oscurecía sus objetivos, no había nada que les impidiera ver lo que ellos querían ver. Eran, todos y cada uno de ellos, como Cristóbal Colón: insistentes ante una tierra firme llena de promesas, sin importar la realidad de la isla.

Después del turno de la mañana, cuando el sol era más ardiente, Usnavy regresaba a casa con su familia al apartamento en la calle Tejadillo de la Habana Vieja: una habitación con cielo raso alto y sin ventanas, no más grande que uno de esos carros estadounidenses gigantes. De concreto en los seis lados, la habitación de Usnavy distorsionaba la luz del día y el tiempo, pero se mantenía relativamente fresca hasta en el peor de los días. La foto de un joven

Comandante que colgaba en un cuadro era su única decoración, excepto por el cartel de Michael Jackson que una amiga del vecindario que se fue a Estados Unidos unos años antes le había regalado a Nena.

Además de la cama, disponían de un catre donde Usnavy dormía para que Lidia y Nena pudieran estar más cómodas y una pequeña mesa con una plantilla eléctrica hecha en República Checa, que la esposa praguense de un amigo cubano le dio cuando se apresuraron a salir de la isla después de que los comunistas cayeron. Junto a la plantilla, había un refrigerador soviético, pequeño y blanco. Casi siempre, la vieja plancha estadounidense de Lidia (codiciada por muchos, ya que las planchas de todos los linajes habían desaparecido en los últimos años) descansaba sobre el pequeño refrigerador, amortiguada por una toalla gastada pero muy limpia.

También había libros en toda la habitación, en anaqueles caseros, en filas perfectas bajo la cama de Lidia y Nena, y también apilados junto a la cama. No solo los libros del colegio de Nena, sino también acerca de África, de poesía y libros con finales ambiguos de Jorge Luis Borges y Chester Himes (traducidos de una forma hermosa al español), y de un joven escritor cubano llamado Leonardo Padura, uno de los últimos preferidos de Usnavy, que publicaron en España y México.

Detrás de la puerta, tenían dos ganchos pegados a la pared en los que Usnavy colgaba la bicicleta, su único medio de transporte y una de las tantas cosas por las que él y Nena discutían. Con esto, Usnavy era obstinado, no iba a renunciar a su única forma de alivio y escape. Su excusa oficial para negarse a prestársela era que no podía arriesgarse a que le robaran la bicicleta. Pero para él, no necesitaba la bicicleta: la escuela estaba solo a unas cuadras, cerca del Capitolio. Por supuesto, Nena ahora era una adolescente naturalmente

inquieta. Ella quería estar afuera e ir a todas partes. En su corazón, Usnavy comprendía que sería mejor si ella tuviera su propia bicicleta, pero simplemente no la podía costear. A pesar de lo mucho que detestaba pensar en eso, ella tendría que seguir caminando, pidiendo aventones como todos los demás y tomando el autobús, que él sabía que a veces iba horas tarde, lleno de gente y un motón de otras cosas peligrosas también.

Sabía que a veces el autobús no pasaba del todo. Desde que la escasez de combustible había obligado al gobierno a recortar el servicio de transporte público casi a la nada, Lidia, una taxista del hospital durante más de veinte años, una de las primeras mujeres en destacarse en la profesión, había sido despedida y ahora desplazada a los alrededores de Tejadillo, vestida de ama de casa la mayoría del tiempo, estupefacta sino amargada, no porque hubiera perdido el trabajo, sino porque habían permitido que hombres más jóvenes que ella y con menos experiencia se quedaran.

—Ellos tienen familia —Usnavy le había tratado de decir.

Durante los primeros meses, después de su despido, el gobierno le había dado buena parte de su antiguo salario como compensación; pero después de haber tomado los cursos de reeducación en artes y artesanías, el salario se había reducido de forma drástica y penosa. Aunque ahora estaba capacitada como artesana, no había papel, tinta, pintura, nada. Las dos o tres pinturas del Che Guevara y de los paisajes del atardecer en el trópico que había hecho de práctica en clases ahora eran solo manchas indescifrables de color, que se habían convertido en largos pedazos de papel, ya que las cortaron para tomar notas y para otros usos más personales.

Ahora, cuando Usnavy trataba de racionar las cosas para ella, Lidia se mordía el labio inferior y miraba en otra dirección; se rehusaba a hacer contacto visual con él y lo dejaba hecho pedazos y débil.

Para disminuir la penumbra, la habitación de la familia, que lucía más como una caja de zapatos, estaba iluminada por la lámpara más extraordinaria. Si no fuera por el tamaño de esta, Usnavy podría haber construido un segundo piso, una barbacoa, como muchos de sus vecinos. Estaba hecha de vidrios teñidos y moldeada como un domo gigante, la lámpara era increíble. De casi dos metros, los colores de la cúpula bajaban con un tono verdoso como de hojas de viñedo que florecía entre un amarillo seductor y flores rojas; después, se apreciaba la jungla carmesí con grandes ojos de felino (en realidad eran plumas de pavo real, pero Usnavy nunca había visto o soñado con pavos reales, entonces él imaginaba que eran leones o, al menos, gatos). La armazón consistía en ramas negras y gruesas para simular la densidad de la corteza de un árbol. Luego, se hacían más finas hasta ser tan delgadas y delicadas como un lápiz. Los bordes estaban formados por la irregularidad de hojas y párpados, pétalos y orbes, en un diseño desordenado pero preciso.

Usnavy vivía en el viejo distrito colonial, en un edificio que solía ser de mansiones del siglo XIX, con un cableado eléctrico retorcido y enigmático. Este cableado no quería hacer caso al comando central y, mientras que el resto de La Habana, de hecho el resto de Cuba, sufría de largos y desesperantes cortes de electricidad y apagones, a Usnavy y su familia nunca les faltaba el brillo de la majestuosa lámpara.

La lámpara había viajado con Usnavy desde su pueblo nativo, Caimanera, el más cercano a la base militar estadounidense de la bahía de Guantánamo, que además había dado

origen a su peculiar nombre: al mirar por la ventana la gigante instalación militar, la madre de Usnavy había visto los poderosos barcos de Estados Unidos, sus cascos engalanados con la marca militar, la cual le otorgó a su único hijo. Ella lo pronunciaba según el español: *Uss-na-viii*; y durante algún tiempo causó conmoción, lo que muchas otras madres jóvenes pronto imitaron y para cuando la Revolución estaba sobre ellos, había una tribu de robustos y jóvenes Usnavys en Oriente. En los ochenta, durante el auge soviético en Cuba, hubo otro surgimiento inexplicable de nombres inspirados en el inglés: Milaydy, Yusimí, del inglés *You-see-me* (tú me ves), y Norge, por la compañía de refrigeradoras. Usnavy, el original: Usnavy Martín Leyva, nació en 1940 poco antes del ataque a Pearl Harbor, cuando Estados Unidos podría haber sido derrotado, pero, por el contrario, se lanzó entusiasmado a la batalla de la misma manera en que las personas jóvenes, ignorantes de su mortalidad, se lanzan al amor o a la revolución sin pensarlo. Tal vez por eso, Usnavy cargaba con algo de culpa: era posible que su madre, alguna vez, hubiera amado al enemigo (para ser justos, en ese entonces Estados Unidos no había sido visto como enemigo), hubiera aspirado al poder del enemigo, hubiera tratado de proyectarse en él con el sentido de posibilidad y optimismo.

El padre de Usnavy, según le habían contado, un trabajador jamaicano (un pobre pendejo, suponía Usnavy), había desaparecido en el océano y había dejado viuda a su madre poco después de que él naciera; la había dejado libre para reacomodar el pasado a su antojo y soñar con su futuro.

Usnavy recordaba a su madre en la luminosidad de la asombrosa lámpara, un destello de luz en el salón principal en una casa llamada *The Brooklyn*, donde hombres importantes se sentaban por horas a hablar y fumar mientras se mecían en las mecedoras estilo colonial. Jugaban cartas y hablaban en varios idiomas, sobre temas vitales como la búsqueda de

petróleo en Tejas y de safaris en África. Alardeaban sobre los cuernos de rinoceronte, las pieles de león y los colmillos de elefante, trofeos alcanzados en el Serengueti, la tierra robada de los Masái. Todo esto mientras que un joven Usnavy se paseaba por las orillas, mareado por el humo del cigarro y el ruido de las voces. Se imaginaba no como un cazador o un despatriado, sino como una de esas hermosas bestias, salvajes y sin ataduras. Con cada uno de los cuentos que quedaban al descubierto bajo esa gloriosa lámpara, Usnavy sentía su corazón acelerado, como si estuviera absorbiendo el impacto de una bala, desde lo más profundo de sus entrañas hasta el nudo de la garganta. Tosía y se tapaba la boca hasta que pasara; su madre le acariciaba su joven y rubia cabellera conteniendo el pánico. Los hombres solo tomaban sus *whiskies*, se pasaban facturas y firmaban papeles.

Usnavy tenía el recuerdo de su madre como una presencia encantadora, joven y fresca en el resplandor. Cuando ella se mudó a La Habana muchos años después, él se reconfortaba al ver la lámpara que le había dejado. La luminosidad, de alguna manera, la mantenía joven; entonces Usnavy no podía recordarla como una mujer vieja, como si el cuerpo de vieja bruja que le servía como modelo para su propio cuerpo fuera la de una vecina y no la de su madre. Él la veía con su vista periférica, como tentándolo de cerca, pero lejos de su alcance como una promesa. Su entierro fue un favor que le hizo a una persona con la que casi no estaba en contacto, un acto de caridad hecho para alivianar la soledad y para probar que, de todas maneras, en Cuba nadie moría sin el beneficio de la comunidad. Con la muerte de su madre, la única herencia de Usnavy fue la lámpara, la cual él aceptó como premio por su trabajo revolucionario ejemplar.

En el húmedo y amargo edificio de apartamentos, la lámpara era una luna africana vibrante en una habitación que era el espectro de la naturaleza. Era delicada y demasiado

grande para un sitio que necesitaba discreción y firmeza, si se movía, podía desmoronar el concreto, pero Usnavy insistía en mostrarla.

—¿De qué sirve conservarla? —le preguntó a Lidia, como si guardarla en algún otro lugar fuera tan siquiera una posibilidad.

—Es tan hermosa; aprovechémosla.

Después, comprendió que Lidia se quejaba porque sus vecinos de arriba, contra la ley y la lógica, habían construido un segundo piso; de esta manera, añadieron un espacio solo para ellos en el techo. Lo habían construido con ladrillos de edificios que se habían derrumbado recientemente; ellos prácticamente habían duplicado su espacio, pero el peso de la nueva construcción había comenzado a pasar factura. En la habitación de Usnavy, el cielo raso ya mostraba grietas y Lidia había visto un chorro de agua que estaba poniendo amarillo el yeso que rodeaba el lugar de donde la lámpara estaba sujeta. Ella había tratado de hablarles a los vecinos, pero ellos hacían caso omiso a sus preocupaciones. Y cuando ella se lo mencionaba a su esposo, él solo asentía sin verdaderamente registrar su preocupación.

—Voy a hablar con ellos, lo prometo —él le había dicho, pero parecía pensar que su lámpara era invulnerable y la charla con los vecinos seguía quedando en su lista de tareas por hacer, hasta que Lidia se resignó al problema y al peligro.

Mientras tanto, la única preocupación de Usnavy era conservar la lámpara limpia y reluciente. La pulía como si fuera un tesoro recuperado del fondo del mar.

Lidia lo miraba como si le fuera a preguntar algo. Sus labios se abrían un poco, temblaban, luego se cerraban de nuevo.

Usnavy se paraba descalzo sobre la cama en la que Lidia y Nena dormían, para pulir cada uno de los pequeños paneles de vidrio con una tela de seda que garantizaba no manchar

ni rayar. Dos paneles tenían fracturas pequeñas; Usnavy sabía que se podían reventar con el mínimo movimiento, entonces era especialmente cuidadoso con ellos.

Por la noche, dejaba la luz encendida hasta el último momento posible, enganchado en un concurso de miradas sin fin con la lámpara de ojos felinos. Algunas veces, especialmente cuando estaba más pequeña, Nena se acurrucaba en su brazo a acompañarlo e imaginar todas las posibilidades que la lámpara ofrecía. Apuntando con el dedo, ella decía que la porción de luz verde era el fértil Nilo atravesando el continente y él señalaba en la opacidad de un pequeño triángulo amarillo que eran las arenas revoltosas de las playas de Madagascar.

Pero últimamente, Usnavy se sentía solo solo. Ahora Nena se cubría la cabeza con la sábana, no le importaba África, no le prestaba atención a él, y suspiraba de forma constante y fuerte hasta que Usnavy halaba el cordón de la lámpara y la oscuridad reinaba.

* * *

En el exterior de su habitación, en el edificio, Usnavy y su familia tenían un barril grande de metal, lleno de agua que mantenía cerrado religiosamente con cadena y candado, y usaban para llenar una botella plástica o cubeta y llevarla al baño que estaba en medio del patio. Un montón de moscas lo compartía con el resto de los habitantes del edificio (ahora demasiado numerosos para contarlos). El agua era pesada, casi metálica, tan llena de parásitos que era imperativo no tragársela ni al lavarse los dientes. Todo tenía que ser hervido, el vapor se levantaba como un fantasma malévolo y cruel en medio del calor tropical.

No había luz en el baño, excepto la que entraba por una ventana rota, por la que los niños locales espiaban a quien estaba en el baño; así que por la noche era esencial llevar el coraje para tener una discusión y una antorcha hecha con un diario arrollado (los focos y las velas habían desaparecido desde hace mucho de La Habana). A veces, en la oscuridad,

Usnavy se imaginaba rompiendo una parte de su lámpara —un pedazo de anaranjado y rojo ardiente, uno de esos ojos brillantes— y usarlo para alumbrarse el camino.

Lo que más le impresionaba esos días era la cantidad de extraños que lo rodeaban. No hacía mucho, él sabía quién vivía en Tejadillo. Pero en el último año, al menos treinta personas se habían ido, la mayoría eran hombres jóvenes y algunas mujeres jóvenes, todos en una balsa tambaleante y peligrosa. Sus habitaciones eran tomadas instantáneamente por supuestos familiares de las provincias, familias grandes con docenas de niños y muchos primos. Ellos a veces traían gallos, cerdos pequeños y, una vez, una cabra.

Para Usnavy, los familiares eran borrosos, un eco vago de sus vecinos originales. Él no podía recordar sus nombres; apenas si podía diferenciarlos. Lo peor de todo: lo que una vez fue un puerto seguro para él, ahora lo golpeaba como a un extraño claustrofóbico, una cueva de piratas.

* * *

Temprano por la noche, cuando todos en el edificio se sentaban en la escalera de la entrada a jugar parqués y ajedrez (usando frijoles, conchas y pequeñas piedras como piezas de juego) o sentados en el patio, Usnavy se bañaba, para luego montar su bicicleta hasta los muelles para disfrutar de la fresca brisa y pensar en el ahora vacío puerto: Se habían ido los navíos soviéticos y aquellos de los antes amigos del bloque socialista. Los rusos, con su escritura enigmática, no dejaban hijos con nombres de poderosas embarcaciones o fuerzas armadas de Cuba, solo el común Pavel por aquí y por allá, y los predecibles Iván o Vladimir.

Casi todas las noches, después de una escasa cena de arroz —era todo lo que había por esos tiempos, ocasionalmente se acompañaba por una pizca de frijoles o por los sobrantes fritos de una cáscara de toronja— Usnavy buscaba alivio en el dominó; bajo uno de los árboles

del pequeño parque en Montserrate, jugaba con otros hombres de su edad, quienes se sentaban sobre cajas y hacían estrategias, tiraban las gruesas piezas con gruñidos y nubes de humo de cigarro.

—¡Guapo! —le decía un personaje con mirada arrogante cuando veía a Usnavy aproximarse. Su significado podía haber sido halagador, pero como el comentario venía de Frank, uno de los más viejos amigos de Usnavy, conocido por creerse un sabelotodo y un poco cruel a veces, el comentario podía significar cualquier cosa.

El estómago de Usnavy hacía un terrible ruido. Se le había hecho tarde porque había ido con Nena al distrito de Playa para obtener una copia del certificado de nacimiento en el Registro Civil, pero allí le dijeron que ellos solo tenían documentos hasta 1976, antes del nacimiento de Nena en 1980, y que tendría que regresar al registro de la Habana Vieja.

Hacía poco, Nena había perdido su tarjeta de identificación, lo que fue una pesadilla burocrática que lo tenía a él mortificado y a Nena furiosa. Al advertir que la había perdido, Nena fue inmediatamente a la oficina que extiende las tarjetas de identificación que todos los cubanos deben portar. Sin embargo, le informaron que no tenían registro de ella, que sus documentos debían estar en Playa, donde habían vivido con los padres de Lidia cuando Nena nació.

—Pero ellos fueron los que nos enviaron aquí —les indicó Usnavy.

El empleado se encogió de hombros:

—¿Qué quieres que haga? —le dijo sin inmutarse.

Sobre su cabeza, un ventilador lanzaba el aire caliente afuera, mientras que el herrumbrado ventilador chillaba al girar. Nena suspiró y se quitó una línea de humectante de

los labios y se llevó a su padre, quien trataba de explicar que esas cosas le podían pasar a cualquiera.

Detestaba que en aquellos días cualquier detalle tuviera otro significado. Un tropiezo casual se podía convertir en un ensayo de la ineptitud, si no era de Nena, era de alguno de sus amigos. Hoy, Usnavy pensaba que cualquiera podía darle vuelta a las cosas y hacer que lucieran peor de lo que realmente eran. Vivía con el temor de que esa dinámica afectara a Nena y de que la pudiera llevar a las costas como a aquellos *windsurfers* y balseros que buscaban alivio en el horizonte.

Días después, en la oficina de la Habana Vieja, cuando declararon los papeles de Nena perdidos y un empleado los obligó a volver al registro civil en Playa para obtener un nuevo certificado de nacimiento, Nena se declaró invisible para la sociedad.

—Papi, si quieres que tenga mi identificación, tú me la consigues —le dijo, no de manera consentida, ni desafiante, sino exasperada.

A esto era exactamente lo que Usnavy temía; a que esa frustración por algo tan pequeño la desviara del camino correcto. Miró al empleado como queriendo matar al mensajero ahí y en ese momento.

—Tenemos una copia de tu certificado de nacimiento en casa, bajo la cama —le dijo Usnavy a su hija, sin ánimos de que ella fuera invisible en la sociedad— no te preocupes.

Pero cuando llegaron a Tejadillo, descubrió que la fotocopia del certificado de nacimiento la habían arruinado la humedad y el tiempo. Un círculo verde de moho pretendía oficializarlo con su propio sello.

Nena suspiró profundamente antes de dejar la habitación familiar e irse con sus amigos, lo que ponía a Usnavy ansioso. Sabía que no la podía encerrar, pero deseaba hacerlo.

Cómo le gustaría no tener que decirle esta historia, que se prestaba para malas interpretaciones y manipulación.

Días después, aunque le había costado convencerla de ir otra vez a la oficina de la Habana Vieja, Usnavy trataba de deshacerse de su irritación y preocupación al ingresar por las puertas de la oficina. Pero cuando entraron esta vez, todos sudorosos y cubiertos de suciedad después de venir en la bicicleta con Nena balanceándose en el manubrio, advirtieron que la estaban pintando y tendrían que regresar otro día. La oficina olía fresca, implicaba un futuro.

El mismo empleado que habían visto antes, estaba ahora ocupado vertiendo pintura de un recipiente a otro. Al salir, él ofreció venderle un poco a Usnavy; era un color marfil de oficina pública que Usnavy rechazó por instinto.

Voy a mantener mi integridad, estaré libre de reproche, se había jurado. Mientras le daba la espalda a la tentación, miró de reojo la expresión de Nena, mezcla de resignación e incredulidad. Si bien la habitación necesitaba pintura, no iba a comprar esa pintura de forma ilegal. Ellos iban a hacer lo de siempre: esperar su turno, esperar hasta que la solicitud fuera aprobada formal y legalmente.

Nena suspiró de nuevo, largo y silencioso suspiro. Esta vez, Usnavy se le unió; inadvertidamente, se sorprendió exhalando como si estuviera haciendo un ejercicio zen, tratando de mantener la mente despejada.

* * *

Los jugadores de dominó en Monserrate eran los amigos de infancia de Usnavy; hombres que habían disfrutado y sobrevivido juntos. A pesar de que Usnavy sabía que lo apreciaban tanto como a los otros, también sentía que de alguna manera estaba por fuera. Eran criollos, todos cubanos, y conscientes de que Usnavy también había nacido ahí, en Caimanera, en medio de

sábanas ensangrentadas que cubrían la cama de una casa llamada «Indiana», antes de que él y su madre se mudaran a «el *Brooklyn*». Sin embargo, ellos insistían en decirle de vez en cuando «el yanqui», incluso cuando ya él les había explicado que su padre era jamaicano, un trabajador de la base de Estados Unidos, que comía puerco salado y que hablaba inglés con acento, a decir verdad él no tenía recuerdos de su padre en lo absoluto, solo las pequeñas historias que su madre le contaba cuando un pequeño Usnavy preguntaba.

Pero a Frank y a los otros no les importaba. Miraban la piel clarita y el cabello rubio-rojizo de Usnavy cuando era niño y se burlaban, lo llamaban Tom Sawyer o «Mickey», por el actor estadounidense Mickey Rooney, pero más que todo «el yanqui», este siempre irritaba a Usnavy, incluso antes de la Revolución. Fue por esos tiempos cuando se calmaron porque sabían, eran amigos después de todo, que llamar a alguien «el yanqui» podía tener otro significado y consecuencias.

Todos celebraron el triunfo de la Revolución. Habían sido combatientes en el batallón más grande del ejército rebelde, la Sexta Columna, compuesta por completo de jóvenes de Oriente como ellos: pobres, huérfanos, que con excepción de Frank, y en menor grado, Diosdado, no podían leer o escribir más allá de sus nombres. Muchachos que ondearon la bandera rojinegra del 26 de julio y vieron al Che como a un Errol Flynn de la vida real.

Fue por aquella fortuita afiliación —diversión para muchos de ellos, de hecho— que terminaron en La Habana juntos cuando la Sexta Columna se convirtió en la primera fuerza policial revolucionaria de la capital. Ahora productos de la campaña de alfabetización, la Sexta Columna también fundó la primera revista de la Revolución, *Rebelde Seis*, pero solo Frank participó en esa y Usnavy guardaba duplicados, debajo de cama junto a los ahora clásicos y

hasta problemáticos ejemplares de *Lunes de Revolución* y un tomito de relatos escritos por Calvert Casey, publicados en papel débil y manchado.

Con los años, todo cambió para cada uno de los amigos, como para muchos otros: Frank, el inteligente que había sido educado antes de la Revolución en escuelas cuáqueras y bautistas en Holguín, encontró sus oportunidades limitadas y perdió su placa porque se rehusó a abandonar su fe, aunque luego solo se volvió ateo, evolución lógica que resultaba de la experiencia, decía. Luego, el hermano de Obdulio se fue del país cuando se brincó la cerca de Caimanera a la base estadounidense y luego el sargento de Obdulio comenzó a presionarlo para que no le escribiera a su hermano exiliado. Años después, al hijo afeminado de Diosdado, Reynaldo, lo arrestaron por usar lápiz labial en público o por cualquier bagatela de esas, en lo que respectaba a Usnavy, las dos cosas el labial y el arresto estaban en el mismo nivel de idiotez, y eso era todo: todo el mundo sabía que el muchacho se subiría a la primera balsa que pudiera. Por último, Mayito, con su esposa e hijos en Nueva York donde un familiar estadounidense que nunca había conocido, renunció a la policía por la vergüenza de la posición antirrevolucionaria de la esposa antes de que fuera aislado por sus compañeros. Después de esperar por años el momento en el que su esposa volviera aterrorizada por los horrores del capitalismo, ahora él esperaba que los reclamos pasaran por migración y a que la visa de Estados Unidos llegara.

Uno por uno, los amigos de Usnavy habían comenzado a preguntarse, dudar, reírse disimuladamente y, por último, bromear de forma abierta acerca de la situación, algunas veces de forma agradable, otras amargamente.

—Era bueno, estaba bien al inicio —decía Obdulio— pero tienes que admitir, Usnavy, que no resultó exactamente lo que nosotros pensamos que sería.

—Todo esto de sacrificarse por el mañana —intervenía Frank— y el mañana nunca llega.

—¿Irás a recordar alguien de aquí a cien años lo que hicimos aquí? —preguntó Obdulio. Pero era una pregunta retórica, mientras sacudía la cabeza.

—Si algo sale mal, ¡siempre es culpa de alguien más! —agregó Diosdado— Después de treinta y cinco años, ¿no crees que es tiempo de que alguien más tenga la oportunidad de mostrar lo que puede hacer? Después de treinta y cinco años, ¿no hemos producido a nadie que pueda sobresalir?

—¿Qué nos queda? —preguntó Frank.

Pero Usnavy, el único que había sido dado de baja honorable en la fuerza policial (por tener pie plano y dolor de espalda), no quería meterse en esas discusiones. La fotografía del Comandante no estaba colgando en la casa para mantener alejado al presidente de Comité de Defensa de la Revolución local, sino porque Usnavy realmente lo admiraba. Usnavy todavía se ofrecía para hacer guardias en la cuadra. Él todavía iba a la Plaza de la Revolución para oír la maratón de discursos del Comandante y saltaba, gritaba y agitaba una pequeña bandera de papel por la emoción de escucharlo.

Durante los viajes del Comandante a las afueras de la capital o al extranjero, Usnavy nunca dejaba de ir a la casa de algún vecino para verlo por televisión, años antes Usnavy se había ganado el derecho, por medio del excelente trabajo revolucionario que hacía, a tener su propio televisor, pero para desdicha de Lidia y Nena, él se lo había dado, a insistencia de una mujer del CDR, a un niño autista que vivía cerca y que ocasionalmente iba a los juegos de dominó en Montserrate.

—No sé quién está peor, si tú o él —Frank lo regañaba— ¡Por amor a Dios!, el niño no se va a dar cuenta siquiera si el trasto ese está encendido o apagado.

Desde hace unos años, Usnavy trabajaba como tesorero del CDR. Su misión consistía en cobrar a quienes tenía deudas y llevar el control de la contabilidad del proyecto. La mayoría de la gente lo habría considerado un trabajo horrible: perseguir a los vecinos y amigos, ser responsable de casi cien pesos por mes, algunas veces cuando a alguien no le alcanzaba, él había puesto la plata de su bolsillo. Aun así Usnavy lo veía como un honor, un voto de confianza en su carácter. Era gracias a la Revolución que había asegurado a Nena, que podía participar como miembro responsable de la sociedad, tan bien como cualquier otra persona. Era gracias a la Revolución que la línea de vida de la mano le había cambiado, que él nacía como un Hombre Nuevo todos los días.

—Somos una tierra de gigantes —había proclamado, seguro de haber visto titanes marchando por las calles, sosteniendo la ciudad, sus puentes y torres, fábricas y monumentos.

Era la razón, en lo que a Usnavy concernía, ahora que el gobierno había legalizado los dólares estadounidenses en el último año, de que la vida se había convertido en algo como una ironía. Obdulio, Diosdado y Mayito, que hasta hace poco estaban desilusionados y heridos, de repente eran los felices recipientes de remesas mensuales legales de los parientes, antes traidores, en Estados Unidos. Esto les permitió comprarse su propio televisor a color, carne fresca y zapatos cómodos en el mercado negro, donde Frank estaba ocupado haciendo buenas ganancias de cualquier negocio que se encontrara. Mientras tanto, el resto de la población se encontraba al borde de la miseria.

Usnavy, que no tenía parientes en el exterior que le enviaran dólares y que se negaba completamente a invertir o involucrarse en negocios ilícitos, no sabía exactamente cómo todo

funcionaba; solo sabía que sus amigos de pronto eran joviales y que las bromas acerca de su moral recta y su fervor revolucionario era también cosa de todos los días. El estómago de ellos no estaba revuelto; todos disponían de los medios para comprar mantequilla, mientras que todos los demás se comían el pan con sal y aceite vegetal.

—¡Guapón! —Frank gesticulaba, con una gran sonrisa, insinuando que Usnavy era más guapo que la media. Frank lo palmoteó en la espalda, mientras Usnavy encadenaba la bicicleta a una verja cercana; él le quitó las cenizas al cigarro.

En realidad, Usnavy era delgado y demacrado. Conforme envejecía, el cabello antes rojizo se había vuelto blanco como la espuma del mar y le cubría la cara ahora manchada por el sol. Desde que su dieta había sido reducida a arroz y, con frecuencia, agua con azúcar para la energía del día, él se había puesto todavía más delgado, los huesos de las mejillas acentuaban su cara y las manos tenían dedos largos y huesudos. Sabía que nunca había sido guapo y también que, pobre y todavía inalterable, sus amigos le tenían demasiada lástima como para considerarlo valiente. Él sabía que guapo podría ser solo irónico; él pensó que eso era un hecho mientras tomaba posición a la sombra del árbol para observar el juego; era probable que fuera un tipo de burla.

Frank, con una sonrisita, arrojó un puñado de fichas de dominó y se declaró fuera del juego asintiendo a Usnavy. —Dale, guapo, dale —dijo, cediéndole el puesto. Frank siempre tenía una apariencia ruda pero galante, como en la película mejicana con Anthony Quinn de protagonista. Su retiro del juego hizo que Usnavy hiciera pareja con Mayito, el mejor jugador del grupo y el mejor amigo de Frank, a quien le gustaba guardar silencio durante esos torneos informales. Una de las cosas que más le gustaba a Usnavy del dominó era que se juega en

equipos y que requiere colaboración. Pero hasta donde Usnavy sabía para jugar con Mayito y su silencio, la persona, prácticamente, tenía que ser síquica.

—Ja, el mudo —dijo Usnavy, un poco reacio pero impresionado. Conforme tomó su posición ante su silencioso compañero, se le ocurrió a Usnavy que, a pesar de todo, se sentía feliz. Un paseo en bicicleta, dominós y su familia eran suficiente para él.

—Sí, el juego del mudo —dijo Frank asintiendo hacia Mayito al tiempo que encendía un cigarro bajo el árbol para ver el torneo, el cual se estaba jugando con un viejo tablero de cartón que se tambaleaba con cada giro. El chico autista al que Usnavy le había dado el televisor se sentaba rígido en una silla, mirando sin expresión alguna las piezas del dominó esparcidas sobre la mesa. No estaba claro si entendía que el objeto del juego era deshacerse de las piezas lo más rápido posible; lo que sí estaba claro era que el muchacho podía contar. Después de varias explosiones en las que él decía quién tenía qué, o lo que todavía estaba en juego, tenían que amenazarlo con no dejarlo ver los juegos con tal de que guardara silencio. De vez en cuando se podían ver sus labios moviéndose, pero no volvió a hablar. De esta manera, los jugadores lo toleraban, incluso se volvió parte de la escena.

En cierta ocasión, los amigos de Usnavy habían jugado con unas bellas piezas color blanco y negro, el original, hecho por Gerardo Galbán. Con el tiempo, las piezas se habían roto, luego perdido; ahora jugaban con unas fichas plásticas negras por detrás y amarillas por el frente, traído de Miami, aunque se rumoreaba que Galbán lo había hecho estando en el exilio. Ellos amaban jugar con aquellas piezas originales, poniendo las fichas cabeza a cabeza a la luz y que no se iban a mover; cada juego era una obra de arte serpenteando en la mesa. El problema con las piezas de plástico era que apenas el día se calentaba, los jugadores comenzaban a sudar, las piezas se ponían resbalosas y, de repente, salían volando de sus

manos, o se salían de la posición con el mínimo movimiento. No mostraban seriedad alguna. Alguien, comúnmente el muchacho autista, tenía que estar vigilando y garantizar que las líneas fueran perfectas y que el juego siguiera su curso.

—Yo sé, yo sé que este es el juego del mudo —decía Usnavy con resignación.

—El dominó lo inventó un mudo, ya lo sé —tal era la introducción normal de Frank a uno de sus comentarios, estuviera o no relacionado con el dominó.

—Un mudo chino —afirmó Frank desde donde estaba.

—¿Entonces resulta que fueron los chinos los que inventaron el dominó? —preguntó Obdulio mientras revolvía la sopa, rápidamente eligió las diez piezas y las alineó sobre sus lados para que no se cayeran. Obdulio era bajito y compacto, con una corona de rizos color óxido en la cabeza—. La semana pasada eran egipcios.

—¿Te das cuenta? No estás poniendo atención —dijo Frank, dejando salir el humo del cigarro en anillos—. Yo dije que los egipcios jugaron pre-dominó.

Mayito puso un doble nueve en el centro de la mesa para iniciar. Diosdado puso un nueve dos a la par de manera que alineó los nueves.

—¡Dolores! —dijo Usnavy. Le encantaba el dominó tanto por los comentarios como por el juego mismo. Y en este grupo en particular, él era el comentarista, el que sabía qué decir después de cada movida y cómo nombrar las circunstancias del juego.

Dolores no podía haber sido más apropiado. Cuando finalmente vio las piezas, advirtió que no tenía más que dobles. Esta era una mano desastrosa, los dobles reducían a la mitad las posibilidades de emparejar y conectar. Él podía haber pedido un juego nuevo, tener más de cinco dobles lo permitía, pero no había estado poniendo atención y no lo pidió a tiempo: Comprendió al instante que decir algo en ese momento, después de dos jugadas completas,

significaría ponerse como objeto de burla de Frank no solo por ese día, sino también por los días venideros y tal vez hasta semanas.

Trató de cubrirse al poner un «nueve/siete», una de las pocas piezas que no era un doble, en el otro extremo de la cola del dominó.

—Caracol —exclamó.

Obdulio puso un siete/dos, dejando en ambos extremos del dominó el dos. Frank se acercó un poco más, mascando el cigarro. Mayito, tan enigmático y calvo como Buda, deslizó un dos/seis en su extremo.

—Los egipcios, no sé lo que jugaban —dijo Frank, alejándose de nuevo para retomar su filosofar—. Tal vez era algo así como dominó, pero no exactamente. Se necesitaba el ingenio chino. ¿Verdad, guapo?

Usnavy apenas le prestaba atención, tratando de concentrarse en el juego. Diosdado, quien casi parecía un profesor con los bifocales y su chivita fina, acababa de poner un seis/cuatro:

—Gato —dijo Usnavy refunfuñando al imaginarse los cuatro puntos como las patas de un gato, en un esfuerzo para saber si Usnavy tenía algún dos, no lo tenía. Usnavy utilizó su único cuatro, un doble, y frunció el ceño mientras Obdulio jugaba con una pieza como amenazando. Dejó que la pieza girara y tomó otra, un cuatro y un cinco. Nadie había tocado el dos en el otro extremo, excepto el muchacho autista, quien metía el dedo índice cuando parecía que la pieza quería irse flotando.

Los dobles en la mano de Usnavy lo observaban, tan hermosos e indescritibles como ojos felinos.

Bajo el árbol, Frank dejó de contar la historia de pronto y entabló una conversación a susurros con un hombre gordito y joven. El monge Mayito puso un dos/cinco, al suponer que su compañero estaba en problemas y trataba de darle una salida. Pero Usnavy todavía estaba distraído, viendo a Frank reírse e intercambiar unos dólares por un montón de pesos. El que Frank fuera tan descarado era prueba de la amistad que tenían, y tal vez una forma de alardear también, pero Usnavy no se podía acostumbrar a esto.

—¡Ey! —Diosdado le reprochó, mostrándole los cincos en ambos extremos del camino del dominó, Para Usnavy, Diosdado parecía todavía más un profesor en momentos como ese, cuando actuaba como si lo hubiera pillado soñando despierto en clase.

—Sin comentarios —dijo Usnavy, al tiempo que sacudía la cabeza. Doble cinco para él, no era que tuviera muchas opciones. Dos gatos con el rabo entre las patas. Las cejas de Mayito se arquearon.

—Pues sí, los chinos —dijo Frank, retomando la historia, los billetes cubanos se le salían de los bolsillos.

—¿Sabes cómo descubrieron los dominós? —le quitó la ceniza al cigarro con un aire dramático.

Diosdado puso un cinco/ocho:

—Muchachos, ¿me están poniendo atención?

—Esto es importante —continuó Frank, mientras Usnavy puso un doble ocho.

Gatos al doble. Mayito echó un vistazo. Obdulio maldijo el ocho y el dos, pero Mayito llegó al rescate con un dos/siete.

—Dios mío —murmuró Usnavy; todos rieron, excepto el muchacho autista.

Diosdado dejó el siete inmóvil; los ojos se le distorsionaban a la mitad de los bifocales conforme ponía el «cinco/nueve» en el otro lado. Era la expresión misma de la arrogancia lo que hacía que Usnavy deseara decirle lo ridículo que se veía. Pero no dijo nada, para qué meterse en una discusión sin sentido, y le gruñó a su mano, que lo único que hizo fue provocar más risas.

—Los chinos utilizaban el dominó como un modo de predecir el futuro —explicaba Frank.

Alguien le ofreció a Usnavy café recién hecho. Era amargo y cargado y lo hizo arrugar la cara. Luego le dio unos golpecitos a la mesa con el dedo para pasar de turno.

—Demonios, chico, estás salao —dijo el délfico Mayito.

—¿Salao? —preguntó Frank con una risa burlona—. Mi amigo, aquí no podemos estar salaos, ¡él no cree en eso!

—¿En qué? —preguntó Diosdado, pero tenía un brillo raro en los ojos, como haciendo un pacto extraño con Frank.

—En la suerte. Usnavy no cree en la suerte o en el destino, ni en nada de eso —continuó Frank—; a no ser que sea el destino de toda la nación, ¡el destino último de nuestra trascendental Revolución!

Usnavy estaba demasiado cansado, y esto ya lo sabían todos, para entablar una discusión con Frank, a quien nadie nunca le ganaba. Usnavy analizó su mano y examinó la mesa, notó que cada vez que Mayito había intentado darle conexiones el juego se le había arruinado antes de que fuera su turno.

—Vamos, vamos —Diosdado lo apresuró.

—Bueno, tienes razón en una cosa —dijo Usnavy, tirando la toalla al voltear sus piezas hacia arriba—. ¡Al menos en este juego estoy completamente salao!

El grupo se carcajeaba, las risas se escuchaban fuertes y claras. Cada una de las piezas en la mano de Usnavy era un doble, incluyendo el doble cero, reflejados en los ojos inmunes del muchacho autista.

Días después, Usnavy regresó solo al Registro Civil de la Habana Vieja. Concluyó que no tenía sentido arrastrar a Nena con él. Ahora las paredes estaban pintadas hasta la mitad y una nueva luz fluorescente colgaba del cielo raso. El funcionario estaba recostado en el mostrador como si no tuviera fuerzas. Con la insistencia de Usnavy, le tomó toda la información y después de una larga, sofocante espera, le explicó que no había nada que pudiera hacer por él.

—Tú necesitas ir al hospital en el que ella nació —le dijo mientras tenía un tic en el ojo—. Lo que necesitamos es el número del certificado de nacimiento.

Usnavy sacó de sus pantalones la copia arruinada del certificado y buscó para ver si de casualidad los números todavía eran descifrables, pero ni él ni el funcionario podían estar seguros. Usnavy, cansado, pedaleó al trabajo, pensando en visitar al día siguiente el hospital y ocuparse del asunto.

Pensó que, tal vez, debió dejar a Nena fuera de todo desde el inicio y haberse ocupado de todo solo.

Esa noche, antes de bañarse y dirigirse al juego de dominó, Usnavy vio a Lidia servirle a Nena un emparedado que reconoció por tener una carne rojiza y café. Lo que temió de inmediato fue que se tratara de carne de gato. Nena se lo comió como una delicia, felicitó a Lidia,

saboreando cada pequeño pedazo de lo que parecía era cebolla; Lidia seguía ocupada evitando hacer contacto visual con Usnavy. Ella no le había servido un emparedado, solo el arroz de siempre con un poquito de frijoles negros. De todas las personas, por supuesto, él sabía que el único ingrediente que ella había conseguido de forma legal era el pan.

—¿Quieres probar, Papi? —le ofreció Nena.

Su hija era una mujer naturalmente delgada, de piernas largas y un poco extraña, pero él sabía que había que darle tiempo a que creciera y que incluso podía algún día ser elegante. Ella tenía los ojos negros como carbón y la piel tan lustrosa y perfecta como la de una manzana.

Usnavy negó con la cabeza:

—No, ya comí —le dijo.

¿Sería ironía también? No podía descifrarlo.

Alcanzó debajo de la cama, junto a los libros, las gavetas con sus pertenencias y sacó ropa interior limpia, Nena y Lidia tenían su propio compartimiento que era un poco más grande. Usnavy tenía tres pares de calzoncillos y había un ciclo estricto de uso: tenía uno puesto, otro secándose y el de la gaveta. Lidia y Nena tenían algunas piezas más, cuatro o cinco para cada una y ellas eran mejores lavando diario, entonces nunca las agarraba fuera de guardia. Lidia habría aseado la de Usnavy también, pero él había sido bien entrenado por su madre para lavar los calzoncillos y las camisetas mientras se bañaba, habilidad que había perfeccionado durante su época de estudiante, la cual, probablemente ayudó a convencer a Lidia de su valor como esposo. Usnavy nunca sería un héroe o una estrella, pero tampoco una carga.

En cuanto Nena terminó la comida, dejó el plato en la bandeja utilizada para escurrir los trastes. Tomó el cepillo de dientes y la botella de agua hervida, y salió. Usnavy podía oírlo junto al barril de agua, cepillándose y haciendo gárgaras mientras saludaba a los vecinos que pasaban. Lidia le dio a él una pequeña taza de café cubierta de espuma. Por suerte, ella le había quitado lo amargo con la suficiente cantidad de azúcar:

—Rosita, la vecina, tenía un poco de carne, que compartió conmigo a cambio de planchar por ella —le dijo Lidia como disculpándose.

A menudo, como Lidia era de las pocas personas en el mundo que tenían una plancha que funcionaba, así que se podía ganar unos pesos extras o intercambiar por comida. Planchar nunca producía dólares, porque los turistas lo hacían, si tenían tiempo, en el hotel y, a decir verdad, ni Usnavy ni Lidia habrían sabido cómo ofrecerle los servicios a un turista.

Ahora Lidia estaba inquieta con el refrigerador, acomodando lo poco que almacenaba. Era esbelta, de caderas angostas, más joven que Usnavy en diez años, pero más frágil. Desde que Nena nació, después de veintidós horas de parto, se había vuelto más tímida que cuando Usnavy la había conocido. La comunicación parecía tanto un esfuerzo para ella que, en lo que a Usnavy concierne, el mero hecho de que ella quisiera explicar algo lo hacía perdonable en el momento, fuera lo que fuera. Él apenas si soportaba pensar en la incomodidad de ella. Tomó el café, estaba extremadamente dulce, y le devolvió la taza.

—Pensé que era mejor darle la carne a Nena, pero no era mucha —continuó Lidia— en realidad no había suficiente, ni siquiera tomé un pedazo yo, solo una probada.

Usnavy se sentó en la cama en silencio, mientras se lanzaba la ropa interior de una mano a la otra, como si fuera masa para pizza. La luz de la lámpara era demasiado brillante, los ojos felinos eran como zafiros incrustados en cavidades amarillas. Noto un pequeño charco

en el piso, resultado de una apenas visible, pero herrumbrada mancha que ahora se extendía por la pared.

—Está bien, está bien —dijo, apenado por ellos—. No te preocupes por eso.

Sin embargo, era él mismo quien se preocupaba. Acababa de advertir lo que había comido su pequeña niña. Probablemente, Lidia no sabía que el emparedado que ella había comprado, él sabía que no había sido un regalo o un intercambio, no tenía carne del todo. La mayoría de la gente no se había percatado del esquema, pero Usnavy estaba seguro de que sabía el secreto detrás de esas deliciosas sorpresas.

La semana anterior, Rosita había estado vendiendo esos mismos emparedados en la calle, incluso le había ofrecido uno a él. Pero tan pronto Usnavy quitó el pan y vio la piel blanca cubierta de condimentos, reconoció la proveniencia real: esas eran piezas de sábana que se usaban normalmente para limpiar el piso que Rosita había suavizado y marinado en pedazos y en un poco de caldo de carne. La textura de la lana se había transformado en lo que para ellos era la textura de la carne, algo jugosa y dura. El éxito del negocio había venido de su ingenuidad y de los trucos que les jugaba la memoria.

Sin nada que decir, Rosita había vendido todos los emparedados y rápidamente fue a la bodega para obtener las sábanas de la ración de su madre. Él sabía que la emoción de Rosita ese día no era por el brillo que iba a tener el piso. Sin embargo, no le dijo nada a nadie. De todas maneras, ¿quién le habría creído? ¿Quién iba a admitir que había sido engañado por las fuerzas de su deseo?

Si la compañía iba tan bien, asumió que pronto ella desaparecería de las filas de la bodega y comenzaría a obtener suministros ilimitados de sábanas y vestidos de quién sabe dónde.

Los ingredientes para la salsa agria debían conseguirse ilícitamente, Usnavy reflexionó un minuto, y su hija se acababa de comer eso con pedazos de lana. Al menos no era carne de gato, pensó.

Luego inclinó la cabeza a manera de consternación e incredulidad.

Unas noches después, a Usnavy y su familia los sorprendieron unos golpes en la puerta del cuarto. Ambas, Lidia y Nena, guardaron silencio; Nena alcanzó con el pie a su padre, quien dormía en el catre, para levantarlo. El colchón era delgado y puesto sobre una capa de viejos periódicos *Granma* que ese arrugaban cuando él se movía —*Granma*, en inglés, de después de que los rebeldes tomaran el bote de México a Cuba para iniciar la Revolución.

—Usnavy —se oía un murmullo que venía de afuera. —Usnavy, por favor, necesito tu ayuda.

Usnavy se dirigió a la puerta guiándose con las manos; la abrió un poco. Afuera, solo había sombras pero reconoció los rizos de la cabeza de su amigo Obdulio, pequeño y sólido, ahí de pie nervioso.

—Usnavy, tienes que ayudarme —dijo Obdulio.

—¿Qué ocurre?

—Todos se están yendo —dijo.

La primavera anterior varia gente había saltado la cerca de la embajada belga y Obdulio había dicho lo mismo: «Todos se están yendo», pero no era así. Y luego en cuestión de semanas, había casi una docena de cubanos en la embajada chilena y otro montón que tumbaron la cerca con un carro donde los misioneros alemanes, todos esperando que las autoridades cedieran y les dieran la salida de Cuba. Pero después de semanas de retrasos, los

devolvieron a todos a las calles de La Habana, más hambrientos y desconsolados que nunca. A pesar de los riesgos y el drama, nadie se fue.

—¿Qué quieres decir? —dijo un atontado Usnavy. Estaba sin camisa, de pie en la puerta con su ropa interior. El piso, mojado y resbaloso, y el olor amargo del edificio le invadió las fosas nasales. En ese momento ya Lidia y Nena estaban a la par de él envueltas en las sábanas de la cama.

—En Cojímar, es como Mariel —dijo Obdulio, tragando fuerte.

Usnavy sintió a Lidia y Nena tensas junto a él. —¿Y eso que tiene que ver conmigo? —preguntó sin energía.

No de nuevo, pensó, no de nuevo. En 1980, durante una fuga en Puerto Mariel, ¿cuántos se habían ido? ¿Cuántos habían desaparecido? ¿De cuántos no se había vuelto a saber nada?

—Me voy —dijo Obdulio—. Mi familia y yo, nos vamos. Estamos construyendo una balsa en este momento, mi hija y mis sobrinos. Ellos ya están en la playa.

—¿Ya has pensado bien esto? —preguntó Usnavy, y se volteó para ver la habitación de su familia.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Obdulio. Se abrió paso para entrar, obligando a Nena a treparse a la cama para hacer espacio— Mira, Usnavy, tienes que pensarlo también. ¿Qué vas a hacer aquí, mi amigo?

—¿Qué voy a hacer *allá*? —preguntó.

—¡Nada! —dijo Obdulio— Nada mejor que aquí. No tienes que ser salao toda tu vida.

Usnavy alcanzó el cordón para encender la magnífica lámpara. Ahí en la abundante luz estaban una ansiosa Lidia parpadeando y una entusiasta Nena, ambas mirándolo a él.

—Usnavy, tenemos espacio; tenemos espacio para todos ustedes— dijo Obdulio.

Usnavy negó con la cabeza:

—A mí me gusta aquí.

—¿Que te gusta aquí? ¡Usnavy, es a mí a quien le estás hablando! —Obdulio le imploró— Usnavy, la gente está huyendo en cualquier pedazo de plástico que flote. ¿Recuerdas aquel que piloteó el avión fumigador hasta Key West? ¿O, ¡espera!, cuando todos esos pastores estadounidenses vinieron, la gente cerca del puerto trataba de obtener una cajita de galletas o una lata de sopa? ¿Qué piensas que fue todo eso, mi amigo? ¿Crees que eres inmune?

—Esas personas eran una desgracia, ¡mendigando de esa manera! —insistió Usnavy. Mientras hablaba, no pudo evitar notar cómo el pequeño hombro de Lidia caía, decepcionada, y cómo Nena se acurrucó en silencio en la cama y volteó la cara hacia la pared. Ella se aferró a la esquina de la sábana, ahora manchada y empapada por el piso, que apenas si la cubría.

—Eran una desgracia —repitió esperando que la reacción de su esposa e hija fuera diferente.

—Lidia, habla con él —Obdulio le rogó.

Lidia asintió, y se quedó ahí envuelta en la sábana que compartía con Nena, pero guardó silencio.

—Lo siento —dijo Usnavy—. Te agradezco que pienses en nosotros, por tus buenas intenciones, pero...

Obdulio sujetó la puerta de forma abrupta y la tiró para cerrarla:

—Bien, quédate —dijo— púdrete si quieres.

Usnavy se encogió de hombros:

—Mira, a ti te está yendo mejor que a muchos con todos esos dólares que te envía tu hermano y los que obtienes haciendo lo que sea...

—Haré más estando allá —dijo Obdulio.

Usnavy asintió:

—Seguro, seguro.

—Mira, te quedes o vayas, de algún modo tienes que ayudarme; tienes que conseguir algunas provisiones: necesito cuerda y leche en polvo.

—Obdulio... yo...

—¿Qué? ¿No puedes conseguirme una asquerosa cuerda y leche? ¡Mi hija lleva su bebé! —Obdulio estaba agitado.

Usnavy miró la habitación, esposa e hija asustadas.

—No voy a discutir esto aquí, Obdulio —dijo, empujando a su amigo hacia afuera.

Luego se puso los pantalones y una camiseta, tomó la bicicleta y siguió a Obdulio por la noche.

Ambos llegaron a Cojímar horas después, pero aún estaba oscuro. Habían viajado a la playa en sus bicicletas *Flying Pigeon*, manuales y pesadas, hechas en China a pesar del nombre en inglés.

—Los chinos pueden adivinar el futuro, pero ¿no pueden hacer bicicletas más livianas?

—dijo Obdulio jadeando, los rizos en su cabeza se estiraban con la brisa, ahora lucían como piezas sueltas de una esponja sucia.

El viaje a Cojímar era siempre contra viento. Usnavy seguía pedaleando. Como no había transporte en la noche —el bus que transportaba bicicletas a la ciudad se detenía poco

después del atardecer— y como el paso de vehículos no motorizados estaba estrictamente prohibido por el túnel de La Habana, tenían que rodear la bahía, lo que agregaba más tiempo al viaje. Usnavy usaba una cadena y un candado en la cintura para asegurar la bicicleta, pero Obdulio le había puesto a la suya un hermoso y liviano candado en forma de U, hecho de acero y en Estados Unidos, garantizado a prueba de robos —sin lugar a dudas, un regalo del hermano exiliado de Obdulio, Usnavy asumió.

Llegaron a una villa de pescadores acogedora; un desfile de silenciosos hombres y mujeres hacían una fila a la costa. Llevaban neumáticos y palancas de madera; parecían como filas de hormigas gigantes que cargaban salvavidas y palillos de dientes a la luz de la luna. Turistas extranjeros lo observaban todo desde los confines protegidos del elegante Las Terrazas, uno de los antiguos lugares favoritos de Ernest Hemingway; los murmullos inundaban el aire, y también los periodistas: las luces de las cámaras de televisión aclaraban el paisaje. También, en algún lugar del restaurante, Gregorio Fuentes, antiguo capitán del bote de Hemingway, ahora prácticamente una momia, aparecía a jugar damas o dominó, para deleite de la concurrencia.

Cerca de la costa rocosa, Cojímar luce como los dientes de un perro: un ruidoso banco de coral y basura, grupos de personas seguían tratando de armar sus balsas, atando cuerdas alrededor de piezas de goma, barriles metálicos y recipientes plásticos para la flotabilidad. No había tablas de surf en ningún lado, ni *windsurfers* tratando de inventar algo o recreándose. Esto estaba al descubierto; la Revolución estaba suspendida.

Otro grupo diferente al de los constructores se encontraba aparte, esperando no mucho que las balsas las construyeran otros, marineros del norte: estas personas, vestidas como para una festividad —algunos llevaban maletas, sombrillas, uno o dos sombrero de hongo; otros

con bolsas plásticas y paquetes envueltos en papel periódico; otros no llevaban nada— observaban las aguas negras, miraban los resplandores lejanos, listos para el momento de dejar incluso esas mochilas que ahora lucían tan preciosas y saltar en cualquier brillante yate blanco o débil bote que llegara a la costa. Aunque algunos tenían focos, y, otros, lámparas alimentadas por quién sabe qué combustible, todos se veían igual, excepto por los ojos: grandes orbes blancos, un poco sorprendidos por un repentino brote de luz.

En esa noche, diferente a las otras en la memoria de Usnavy, el pueblo había bajado al mar, pero él trabajaba para ver en lugar de eso altiplanos y cordilleras difíciles. En su mente, estaba en algún otro lugar: Katanga o Shaba, un bosque impenetrable lleno de gansos salvajes, avestruces, búfalos y leones. Él imaginaba que no habían balseros, sino cafetales y algodinales; árboles de caucho, coco y plátano; madera de cedro, caoba y secoya. Los ojos vigilantes del pavo real que Usnavy nunca había visto, pelícanos, garzas y otras aves salvajes.

Mientras el trabajo continuaba en la playa, nadie decía palabra excepto los pescadores locales, quienes sostenían firmemente las líneas de pesca y anzuelos, las redes y los gastados mástiles. Sus propios botes puestos a salvo a cierta distancia o anclados bajo guardia; ellos se sentaban vigilantes en el malecón, de brazos cruzados, fumando puros y cigarrillos hechos a mano, dando su opinión del trabajo que se hacía frente a sus ojos. Un hombre golpeó una larga tabla de madera en el piso; otro sostenía el machete en una forma no muy sutil alertando a ladrones potenciales. No muy lejos, unos muchachos tiraban los dados contra el malecón y ocasionalmente gritaban celebrando su victoria.

—Eso no servirá, no —dijo un hombre mayor, de gorra roja, señalando una balsa hecha a mano, con aspecto medio extraño. Los otros asentían dándole la razón.

—Esa también está desbalanceada, mira aquella —dijo otro pescador mientras señalaba otra balsa—. Todos se van a ir al agua en eso, vas a ver.

—Qué va —exclamó otro de los hombres angustiado al ver un grupo de hombres y mujeres alzar lo que parecía un kayak blanco. Lo llevaron hasta el agua, donde flotó en la superficie. Tan pronto uno de los hombres se subió, el peso lo hundió como si estuviera hecho de papel. Un quejido colectivo se escuchó del grupo, mientras rebuscaban para recuperar lo que pudieran y comenzar de nuevo. Los pescadores no podían dejar de reír.

Algunas balsas, por supuesto, flotaban. Ya fuera de forma precaria o sin esfuerzo alguno. Usnavy oía los sonidos de los esfuerzos al tiempo que la luna se perdía de vista.

En un claro, Usnavy logró observar el bote que estaba haciendo la familia de Obdulio; dependía de cuatro largos tubos industriales —Usnavy no sabía de dónde los habían sacado. Los sobrinos de Obdulio aseguraban la nave con la cuerda que Usnavy les había conseguido. Como los otros, los sobrinos de Obdulio no hablaban, solo asentían como señal de aprecio. La hija de Obdulio agradeció a Usnavy por la leche en polvo con un rápido y tímido beso en la mejilla. El bebé se durmió rápidamente sobre su hombro, sin que se molestara por el ruido de la actividad.

Usnavy se apartó de ellos en cuanto pudo. No quería ver la cuerda, ni pensar en la leche en polvo. Antes de tomarla, la cuerda había pertenecido a los trabajadores de Cuba; la leche había sido de los niños de la isla —tan loco como pareciera, él verdaderamente creía en esto; el corazón se le angustiaba porque él creía en eso. Se permitía recordar la escena en la bodega, se observaba a él mismo como si fuera otra persona, cuando tomaba con cuidado la cuerda y la leche en polvo que su querido amigo necesitaba, sabiendo que no podría reponerlas, sabiendo que todo estaba mal, todo era horrible y enfermo.

Que él amara a Obdulio y a su familia no era lo importante; después de todo, fue el mismísimo Che quien dijo que los verdaderos revolucionarios se guiaban por el gran sentimiento del amor. Que el amor que les tenía fuera tan grande que los puso antes de cualquier otra persona —esa era la parte negra en su alma ahora. Las manos de Usnavy temblaban, los ojos con vergüenza.

¿Cómo? —se preguntaba, con las manos dentro de los profundos bolsillos vacíos— ¿cómo podría cuestionar a alguien más? ¿Cómo iba a buscarle respuesta a la pérdida de otros productos que faltaban en la bodega, arroz, jabón y aceite para cocinar, los cuales se reducían a la mitad entre el momento de llegada y el de despensa? ¿Qué tal con las sábanas que alguien no iba a dudar en robar por Rosita? Jamás podría, no sin limpiarse la conciencia, no sin confesar primero su propia transgresión, ser capaz de pedir que los demás fueran conscientes y disciplinados, que fueran desprendidos con su trabajo. Ya podía ver a sus compañeros alejarse de él. O peor aún: ¿qué pasaría si lo metían de un pronto a otro en sus esquemas? O si su crimen lo iba a involucrar de forma automática en cualquier robo en la bodega. O qué tal si al revelarlo, todos esperaran que los cubriera para que ellos lo cubrieran a él.

Usnavy se estremeció. Imaginó a Lidia por un momento, preocupado de lo que ella pensaría al respecto. Se le revolvió el estómago, hasta se mareó. Se alejó del agua.

—En Miami —dijo Obdulio, quien ahora estaba junto a él viendo la oscuridad frente a ellos —tal vez por fin voy a aprender a manejar un carro.

—Podrías aprender a manejar aquí —respondió Usnavy, mientras pensaba en cómo eso nunca había sido esencial.

Hasta hacía poco, los autobuses habían sido suficientes; se podía recorrer cualquier distancia. Al final de su ruta, Lidia, hija de un conductor de autobús, llegaba a casa llena de

energía, lista para continuar; ella también habría sido conductora de autobús si hubiera tenido la oportunidad. Usnavy había aprendido a manejar hacía mucho tiempo en Oriente, con apenas quince años. Era una sensación extraña; todo ese poder en las manos, aunque ni un poquito de ese poder fuera suyo en realidad: cuando manejaba, era con un fornido estadounidense que se sentaba junto a él, o jugueteaba con un local en el asiento de atrás mientras él manejaba sin rumbo en las calles menos conocidas.

—Nadie te detiene —al fin dijo Usnavy.

Obdulio suspiró:

—Sí, pero ¿para qué? ¿Y en el carro de quién? Nunca voy a tener mi carro aquí. Tampoco tú, mi militante amigo.

—¿Crees que vas a tener un carro allá? ¿Tienes idea de cuánto cuesta un carro?
—preguntó Usnavy.

—No, pero mi hermano... él tiene carro y, si Dios lo permite, lo voy a manejar.

—A mí no me parece una razón válida para irse...

—Qué pasa, Usnavy... ¿no tienes aspiraciones? ¿No quieres un lugar que esté hecho para humanos y no para ratas de laboratorio? ¿No quieres tener privacidad con tu esposa? ¿No tienes sueños?

—Este es mi sueño —dijo Usnavy.

Se alejó de nuevo observando cómo otro grupo trabajaba con tablas y tubos, pero Obdulio se corrió para estar junto a él. Usnavy quería decir algo, lo que fuera, para que no se fueran. Se preguntaba cuántos iban a desaparecer como su padre, desaparecidos sin rastro en el océano.

Obdulio persistía:

—Vamos... Cuando miras esa lámpara loca tuya, ¿te das cuenta que es la única cosa de valor que tienes, mi amigo? ¿No ves nada más en toda esa luz y colores que no sean nubes, jirafas y África? África, digo ¿qué tan perverso es eso? ¿Quién sueña con África cuando puede soñar con Miami? ¿No ves nada de esperanza?

Usnavy respiró profundo:

—Obdulio, estoy aquí porque tú eres mi amigo —dijo— ahora te voy a pedir que seas mi amigo y dejes esta basura. No me voy a ir, ni ahora ni nunca.

Obdulio se encogió de hombros:

—Bien —dijo mientras sus sobrinos comenzaron a halar la balsa hacia el agua. Se oían chillidos al acomodarse, rebotaba en las suaves olas con el peso de cada nueva persona. Usnavy se quitó los zapatos y las medias y se metió al agua para ayudar; el olor salino era casi sobrecogedor para él. Sostuvo la balsa y la estabilizó conforme la llenaban; todo esto mientras sentía las filosas rocas bajos los pies y las escurridizas plantas enrolladas en los tobillos. Los pescadores locales miraron, asintiendo en forma de aprobación el trabajo superior. Él último en abordar fue Obdulio.

—Mira a tu esposa y a tu hija, Usnavy; debes superar esa santa devoción; tus virtudes son ridículamente egoístas —le dijo Obdulio, con un pie en la suave arena y el otro en el inestable bote—. Si te vas a quedar, por el amor a Dios, al menos haz algo por ellas... busca dólares. Si vendes esa lámpara, ¡esa monstruosidad puede costar unos cientos, incluso miles de dólares!, piensa en lo que podrías hacer. Podrías iniciar tu pequeño negocio, podrías comprarle a Nena y a Lidia cosas con las que ahora solo sueñan.

La hija de Obdulio le tomó la mano para ayudarlo a sentarse, y con un pie, Usnavy, empujó fuerte la balsa.

—Buena suerte —dijo Usnavy, despidiéndose sin ganas.

—Buena suerte a ti, mi amigo —le dijo Obdulio de vuelta.

La balsa se alejó, las corrientes la llevaron hacia el norte. La sombra se miraba en la costa primero, las figuras negras desaparecían y se convertían en hilos dorados que volvían a la isla. Mientras observaba, Usnavy identificaba los arcos de peces voladores en la distancia, como piedrecitas que brincaban sobre la superficie. Eso era todo, se dio cuenta esta sería la última vez que vería a su amigo de toda la vida.

En un momento, la balsa de Obdulio había desaparecido en el luminoso nimbo del amanecer.

El viaje de vuelta a casa desde Cojímar generalmente era más sencillo: cuesta abajo, el tiempo se hacía más largo. Usnavy no podía contar las horas; parecían viciosas e irreales. Parte de la dificultad estaba en que Obdulio había dejado la bicicleta como regalo para Nena, Usnavy sabía que estaría emocionadísima, y tenía dificultad para maniobrar con las dos bicicletas al mismo tiempo. Ya había tratado de conducir la suya y guiar el manubrio de la otra con una mano la otra, pero las calles de alrededor de la bahía estaban destrozadas, como si el escuadrón de bombas acabara de pasar, y lo que había sido un zigzagueo incómodo en la ruta a Cojímar se había convertido en imposible de regreso a casa. Las dos veces que un camión pasó cerca, desbalancearon a Usnavy. Luego comenzaron a dolerle los pies; por lo que se quitó los zapatos y las medias para meterse en el mar y le ayudó a Obdulio a empujar la balsa con los pies descalzos en los corales. No solo se había cortado y rasguñado en millones de lugares, sino que le dolían las articulaciones y le picaba la piel por la sal seca que la cubría.

Como si fuera poco, en cuanto Usnavy tomó la determinación de que no iba a manejar más y caminar a casa con una bicicleta en cada mano, comenzó a llover. El montón de agua lo empapó de pies a cabeza y le sonaban los dedos en los arruinados zapatos. Tal era la cantidad de agua que Usnavy no veía más que una neblina gris frente a él. Caía con toda la ruidosa furia de una manada de caballos, como pequeños cascos golpeándole la piel expuesta.

No había razón para correr a cubrirse; la lluvia había caído luego de un estruendoso sonido que salió del cielo, como si se hubiera abierto de forma abrupta y dejado caer una cascada a esa isla seca. Usnavy no dejaba de pensar en Obdulio y su familia. ¿Sobrevivirían a esa tormenta? ¿Estarían fuera del alcance o estarían sacando agua del bote, desesperados y asustados?

Tal vez, pensó Usnavy, cambiando de tema, el peso de tantas plegarias cubanas había surtido efecto en la resistencia de las bases del cielo. Era un creyente inadvertido, su fe tan personal y espontánea que quedaba fuera de cualquier debate acerca de los méritos de la religión, o incluso fuera de su reconocimiento consciente. Tal vez, reflexionó, la capa del cielo que funciona como cauce había sido dinamitada, para que por fin diera paso y descargara una enorme catarata.

«Esto es Mosi-oa-Tunya, las cataratas de Victoria», meditó, mientras caía el agua de cientos de metros arriba de él con un poderoso aullido y pesaba sobre sus hombros y espalda. Si tan solo esto se pudiera cosechar de alguna manera, si tan solo Cuba pudiera absorber esta poderosa energía —eso de seguro resolvería los problemas con la electricidad. El agua seguía bajando con furia en caída libre.

A Usnavy, todo empapado y renco, le pareció ver una sombra, algo espeluznante: los muslos eran demasiado grandes, la cabeza con un adorno todo lleno de plumas. ¿Era ese uno

de esos gigantes, de esos Goliats, de los que él estaba seguro que toda la ciudad dependía? Usnavy se quedó viendo mientras la figura atravesó la cortina de agua que tenía al frente. Se detuvo, apoyó las bicicletas en sus caderas y se pasó la mano por la cara. Pero cuando volvió a ver, lo único que observó fue varias figuras negras escabulléndose fuera de su vista cada vez que parpadeaba.

Usnavy miró de nuevo, advirtió que ya lo habían notado también; estaba seguro de que uno de ellos había hecho un rápido gesto en su dirección, señalando y chasqueando los dedos; otro hizo un ruido con la lengua. Usnavy sacudió la cabeza como cuando un perro acaba de regresar a la orilla, tratando de recobrar la compostura. Luego volvió a mirar; ahora estaban allí, las figuras tenían más aspecto de humanos, menos negras y más confusas, apresurándose dentro y fuera de las onduladas cortinas de lluvia. También había voces, cada una de ellas se mezclaba con los truenos y el ruido de la lluvia sobre el pavimento, marquesinas cercanas y carros.

Una persona en algún lugar estaba jugando con palitos, el tic tac marcaba el tiempo. Había un centello de luz, un flash. Usnavy se dio cuenta al instante que estaba en Habana Vieja, en Tejadillo directamente, a solo cuerdas de casa.

—Cuidao, abuelo, cuidao —un joven hombre le dijo mientras rodeaba a Usnavy.

Llevaba largas piezas de madera, los extremos tenían picos como si las hubieran roto. Usnavy se echó para atrás y apenas si logró evitar las puntas filosas.

—Ojo, ojo —dijo otro hombre mientras pasaba a toda velocidad, casi golpeándolo, con un carrito lleno de ladrillos, pintura y mortero. La mancha blancuzca de yeso mojado parecía vapor.

—¡Usnavy! —gritó una mujer, pero con un tono de voz de enojo, sin lugar a dudas.

—¡Por el amor de Dios, estás estorbando!

Él notó que era su vecina de arriba, llevándose, sin vergüenza alguna, materiales de construcción de las ruinas del edificio junto a él; un derrumbe que había saltado a la vista de un pronto a otro. El edificio se veía como un huevo roto, pedazos de las paredes blancas perforaban los interiores expuestos: un espejo roto, un colchón manchado partido por la mitad como un órgano vital, las entrañas de espuma amarilla salían de forma grotesca con la lluvia.

—Yamileth, ¿qué sucede? —dijo Usnavy— ¿qué estás haciendo?

Ella corrió hacia él con perillas de puertas y apagadores que le colgaban en las manos como si fueran vísceras:

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Parecía, Usnavy pensó, un flagelo de langostas. Sus vecinos desgarraban el cuerpo del lugar, cada uno tomaba pedazos que eran dos o tres veces más grades que ellos. Trabajaban como los balseros de Cojímar, en silencio absoluto. El único sonido provenía de las rocas al moverse, de los jadeos de las personas por el extraordinario esfuerzo y del murmullo ocasional para dar gracias o precaver a algún transeúnte como lo era él.

De pronto, Usnavy se dio cuenta de que ya se estaba secando, porque la lluvia había cesado de repente, la calidez le volvía poco a poco al rostro y a los hombros. Todavía podía sentir cómo el agua le corría por el cuerpo, halada por la magia inexorable de la gravedad. Colgaba de los bordes de su camiseta y las mangas, y de los ruedos del pantalón. El resto de la ropa esta tesa como si estuviera planchada con almidón.

Usnavy volvió a ver; apenas era media mañana y, aunque estaba subiendo, el sol no estaba lo suficientemente alto para ocultar la belleza del arcoíris del oeste: su arco rojo cruzaba los techos coloniales. Logró ver las capas anaranjadas, amarillas y verdes que caían —como la

lámpara en casa— y luego, debajo del primer arcoíris, un segundo arcoíris, más pálido, apenas visible, como un reflejo en sus ojos asombrados.

Para su sorpresa, Usnavy detectó un destello de los mismos colores en los escombros terrenales ante él, ahora sin ninguna herramienta que se pudiera utilizar. Se inclinó y cruzó los ojos, mientras se sostenía de los manubrios de las bicicletas que tenía a cada lado, tratando de averiguar qué era exactamente. Todos parecían estarse yendo en ese momento; nadie se percataba o si acaso notaba la diminuta fuente de colores. Aun así los rayos bailaban y bailaban: rubí, oro, esmeralda.

Con las bicicletas a ambos lados, Usnavy se acercó lo más que pudo al borde de los restos, pero todavía estaba demasiado lejos para descifrar el secreto de las luces en medio de las ruinas. Con un poco de suerte, pensó, podría acercarse con las bicicletas hasta allí. Pero después de aventurarse un poco entre la destrucción, le quedó claro que era imposible: había picos herrumbrados por todas partes, cemento quebrado, filosas rocas, charcos resbalosos de agua de lluvia. Las llantas no lo lograrían; las cadenas podrían quedarse pegadas en algo y las bicicletas eran tan pesadas.

De nuevo, Usnavy se inclinó sobre las bicicletas y se estiró para echar una mirada de cerca, pero los pedacitos de luces de color brillaban de forma indirecta. Se preguntaba si tal vez los ojos lo estaban engañando. Había oído en algún lugar que la falta de comida había comenzado a tener efectos en la gente, cómo las nuevas dietas espartanas habían empezado a devorarse a algunos, haciendo los huesos blandos, lo que causaba parálisis y ceguera en otros.

Usnavy se restregó los ojos y volvió a mirar. Luego, para asegurarse de que no se estaba imaginando nada sacó una moneda —una moneda cubana hueca— del bolsillo y la tiró

en dirección del reluciente tesoro. La moneda golpeó algo y produjo una pequeña erupción de lo que parecía neblina o polvo rojo.

Usnavy quedó atónito. Dejó las bicicletas sobre una pila de desechos, la de Obdulio encima de la otra por ser más nueva para que no se rayara; y para evitar lidiar con la cadena alrededor de su cintura, sacó el candado estadounidense en forma de U y lo puso alrededor de la manivela de ambas bicicletas de tal manera que parecían que se estaban abrazando. Corrió hacia las luces, saltándose las paredes en pedazos, picos de metal herrumbrados, libros rotos y los inevitables fluidos del viejo edificio.

¡Las luces! Usnavy se arrodilló. Salían de una lámpara como la de él, solo que pequeña y herida: los vitrales estaban rotos, sobros de pegamento suave sostenían una pieza aquí, un cable suelto por allá. Usnavy desenterró la pesada base de metal, retiró las piezas de cemento que la sujetaban, y sostuvo la lámpara de tal manera que dejaba que la luz se filtrara por entre los colores sobrevivientes, el arcoíris le pasaba por la cara y el pecho.

De inmediato, sintió las olas de luz oscilando más profundo dentro de él. En ese momento, Usnavy se podía rendir ante el resplandor; podía creer, como Pitágoras, que todo podía brillar por la fuerza de su naturaleza.

¡Luz! ¡Luz! —un asombrado Usnavy, ahí sobre las rodillas y la lámpara puesta hacia el cielo— lo más cercano a la velocidad infinita, todo un misterio para Platón, Euclides, Alhacén e incluso Einstein.

Había una gran conmoción detrás de él, pero Usnavy estaba embelesado: La luz se movía alrededor de él, le corría por la cara y hombros.

—¡Usnavy! ¡Usnavy! —se oían los gritos.

Él se volteó a tiempo para ver a su vecina Yamilet corriendo como animal salvaje detrás de dos bicicletas, milagrosamente desatadas del candado estadounidense a prueba de robos y rodaban por las estrechas calles. Los bandidos eran dos hombres jóvenes, el cabello largo se les movía como a estrellas de acción; uno de ellos vestía una camisa de los Chicago Bulls. Se reían y desaparecieron entre el laberinto de Habana Vieja, mientras Yamilet y un montón de niños los perseguían gritándoles insultos y obscenidades en su dirección.

—¡Debería darles vergüenza, infelices; le están robando a un viejo indefenso! —les gritaba Yamilet.

Usnavy, paralizado, de pie solo en medio del derrumbe, con la lámpara rota en las manos; mientras tanto, el candado se burlaba de él desde un charco lleno de lodo, brillaba como nuevo y la pequeña llave todavía puesta en él. ¿Sería que la simplicidad de este lo había confundido? ¿Habría estado él tan distraído...?

—¡Por todos los...! —Usnavy explotó, pateó el candado contra una pared hecha añicos, se tropezó en los escombros y accidentalmente rompió y se le soltó la suela del zapato derecho. El candado rebotó sin un solo rasguño, la llave parecía un badajo.

—¡Salao, salao, salao! —despotricó, golpeaba el aire, pateaba rocas y desechos por todas las ruinas.

Yamilet observaba, sorprendida, cómo un exhausto Usnavy finalmente se dejó caer al piso, se encorvó en posición fetal, con un caleidoscopio de luz en las manos ensangrentadas.

II.

Los días posteriores, Usnavy caminó como un turista por la Habana Vieja, viendo los edificios como si fuera la primera vez, con la mirada buscaba el resplandor de colores que había

encontrado en la lámpara las ruinas. Había ojeado entre los brazos y las piernas de los gigantes invisibles que sostienen la ciudad; buscaba entre los marcos de los balcones apagados, las altas barras de las ventanas, los rieles de hierro alguna chispa que le indicara la posibilidad de que, en algún lugar adentro, hubiera otro pedacito de color: una flama, una chispa, un destello de arcoíris.

En la biblioteca buscaba en las revistas y empolvados catálogos de antes de la Revolución y estudiaba las lámparas: personificaciones de modernismo, diseñadas para la electricidad, muy populares en Cuba precisamente por esas razones. Después de todo, los cubanos —en este caso bendecidos en vez de maldecidos por la intervención de Estados Unidos— tenían electricidad antes que la mayoría de estadounidenses del Sur y otras áreas rurales de Estados Unidos. Pero, para disgusto de Usnavy, había esa confusión constante entre Estados Unidos y modernidad, como si vivir en el siglo XX estuviera inextricablemente relacionado al vecino de la parte norte de la isla, una corriente submarina más poderosa que cualquier tormenta. Tener una lámpara eléctrica en Cuba en los primeros años de la República no significaba comodidad o afluencia, sino que traía una intimidad implícita con el coloso del norte.

Usnavy cerró un catálogo que había estado examinando y se puso a hojear una vieja edición de la revista *Bohemia*. Había lámparas de vitrales en esas también, representadas en anuncios e ilustraciones, colgando de los cielo rasos de las mansiones, junto el codo de un banquero en su escritorio, o con la esposa del banquero, puesta con un modelo de piso para las páginas de sociedad. Usnavy puso la revista en la mesa y se pasó los dedos entre el cabello. Había tanto que podía absorber, solo que era demasiado lo que podía tomar sin tener náuseas y que le temblaran las manos.

Después de algunas horas tratando de entender la lámpara —la pequeña lámpara, la que estaba herida y había llevado a casa del derrumbe— se trazó una ruta en la Habana Vieja para buscar las posibilidades de encontrar otra cosa pequeña y simple. Si pudiera encontrar un vidrio igual, podría tratar de encontrar la forma de cortarlo y hacer calzar en el marco, el cual necesitaba ser enderezado y reforzado.

A menudo, lo que miraba detenidamente eran los vitrales, esos de los portales de vidrio teñido sobre las puertas o ventanas, por lo general en forma de pétalos o flores, pero de colores primarios: rojo, azul y amarillo y en blanco borroso. Eran bellos, pensaba, pero un poco corrientes; de seguro no preciosos como su magnífica lámpara, o incluso la que estaba rota, con sus diseños meticulosos, colores como los del amanecer o las muchas sombras de las que el mar se jacta cuando se acerca a la orilla.

Notó que el propósito de los vitrales era exactamente el contrario al de las lámparas. En lugar de dar luz, los vitrales estaban hechos para disminuir su intensidad. Eran parte del esquema de arquitectura criolla del siglo XVIII —con cielo rasos increíblemente altos, ventanas del techo al piso, cortinas que revoloteaban— para crear pequeñas y sombrías habitaciones, frescas y secas, un refugio contra el calor y aturdimiento del trópico. En lugar de acomodar a los habitantes en una sombra acogedora, la arquitectura criolla anula cualquier noción de privacidad y los deja tan expuestos como nómadas en el Sáhel, víctimas de cada cambio climático. Las ventanas del techo al piso eran puertas con barras, las cuales dejaban a cualquier persona que pasaba por la calle viera la vida dentro de la casa en todo momento: una mujer lavando, niños leyendo libros de historietas importados, un círculo de señores mayores jugando Mahjong.

Las habitaciones altas casi siempre estaban abiertas al patio central, anilladas por un balcón, que servía de posadero y como vía de paso. Sin pasillos, en los edificios se usaban estas terrazas para trasladarse de habitación a habitación. Pero cuando llovía o había tormenta, se llenaban de agua y se ponían resbalosas; esto hacía que los residentes tuvieran que permanecer dentro, tocando de puerta en puerta o ventanas, yendo de puntillas por todo lado, en momentos de oración, parejas jóvenes avergonzadas, o madres agobiadas buscando un momento de silencio.

Ahora él estaba ahí, como un repentino mirón, contribuyendo al espectáculo: viendo cualquier rayo de luz en cada humilde hogar, metiendo la nariz entre la ventana y las barras para ver si encontraba una lámpara adentro; incluso hablaba con mujeres viejas —y con algunas jóvenes también, quienes de seguro pensaban que él era un viejo entretenido, no libidinoso pero excéntrico— solo para averiguar si existían más de esas lámparas en algún lugar por ahí y para aprender lo que pudiera de ellas. De forma instintiva, Usnavy se abstenía de hablar con hombres —los pocos que podrían estar en casa durante las tardes calientes— porque le daba miedo que pudieran ver a través de él, todo y su nueva, emergente y vergonzosa avaricia.

—Ah, sí, las lámparas de las que estás hablando son estadounidenses —dijo una viejita con cara de abuela amable.

Ellos hablaban por entre las rejas de la ventana, como adolescentes enamorados. Ella estaba nerviosa y completamente roja. Usnavy se imaginaba a los ancestros de la anciana tiernos y dulces, entre los miles de ancianos, marineros renuentes en Badagry o en Gorée hace más de un siglo.

—Excelentes lámparas, excelentes, como solo los estadounidenses pueden hacerlas —continuó.

Ella vivía a solo unas pocas calles de Usnavy, aunque parecía otro universo. Él estaba seguro de que había visto una gran y próspera sombra sobre su hombro, una aurora silenciosa.

—Son para reyes y presidentes, sabes, para reyes y presidentes...

—¿Reyes y presidentes? —preguntó Usnavy riendo, al tiempo que trataba de concentrarse en lo que parecía ser una sombra extraordinaria envuelta sobre una mesa en otra habitación. Una de las paredes traseras parecía ladearse.

—Sí, todos los palacios tienen una, todos los palacios no importa el país. Alguien me dijo eso. Digo, en países civilizados —continuó la anciana.

—¿Todos? —dijo para hacer tiempo y se preguntaba cómo no lo había notado antes, curioso de cómo se vería resplandeciendo con la luz: ¿Sería como la de él? ¿Desplegaría sus colores? ¿Sería más resplandeciente?

—Bueno, tal vez ya no sean para reyes y presidentes —dijo la anciana distraída por Usnavy que miraba fijamente sobre el hombro. Parecía haber ocurrido una repetida explosión silenciosa y polvorienta proveniente del cielo raso, un pequeño chorro de polvo que le caía encima a ella.

—Pero son muy bonitas y elegantes, ¿no crees?

Usnavy asintió, luego se limpió la cara sudada con el antebrazo. Hacía tanto calor que se le estaban hinchando los pies.

—Tenemos... Digo, una vez tuvimos una, una muy grande, enorme, pero luego se rompió, y... —se detuvo; para Usnavy, ella claramente estaba pensando bien lo que iba a decir.

—Sabes, creo que mi nieto se la llevó...

Ella insistió en no saber qué había hecho él con la lámpara, por supuesto, y que habían transcurrido muchos años... De hecho, su nieto ahora vive en Miami, el próspero dueño de una agencia de autos Ford, y vende versiones modernas de esos corpulentos pedazos de metal arrugados que de alguna manera lograban obtener gasolina a pesar de la escasez y luego desfilaban por el Malecón.

—¿Los ves? Tienen cuarenta, cincuenta años y todavía funcionan —dijo de los viejos Ford, cambiando el tema de forma exitosa— no como esos otros... —no terminó la oración pero Usnavy entendió: ella se refería a los Ladas y a los Volgas, mucho más nuevos pero tirados a la orilla de la calle como chatarra.

—¿Sabes qué lavadora tengo? —le preguntó— Es prehistórica, un cocodrilo, pero funciona. Es una Kenmore, una Sears. ¿Ves de lo que te hablo?

Usnavy asintió en silencio. ¿Por qué solo tenía este tipo de conversaciones últimamente? No deseaba discutir. Además, ¿qué había que discutir? Nunca había usado uno de esos aparatos lo suficiente para saber algo de ellos, no sabía si estaban hechos en California o en China; y lo que sabía acerca de lavar ropa, aparte de la necesidad de cierta presión de agua para quitar algunas manchas, era que —en los treinta y cinco años de Revolución y numerosas marcas de detergentes aliados y locales— todos seguían prefiriendo cosas como Fab, como si no pudieran sacudirse de la sombra del norte ni siquiera en asuntos tan sencillos como ese.

Usnavy frunció el ceño involuntariamente. Todavía tenía las manos heridas por las heridas que se hizo rescatando la lámpara rota del derrumbe. Ahora tenía una floreciente ampolla en el pie de tanto caminar. Él se dio cuenta de que, incluso mientras hablaban, el nieto

de esa señora le podría estar vendiendo una de esas enormes lanchas Ford a Obdulio en ese momento.

Mientras tanto aquí estaba él, distraído en el viejo barrio en el asombro de la luz del atardecer, la suela del zapato derecho cocida por su vecino, Jacinto, con fibras sacadas de una cuerda que había tomado —todavía no lo había superado: había robado— para el viaje de Obdulio. ¿Qué diablos estaba pasando con él?

Mientras Usnavy se dirigía a la casa, en Plaza Catedral, con la mente todavía en la mujer de Badagry. Observó un grupo de jóvenes reunidos para cantar canciones cristianas.

—¡Hágase la luz! —gritó uno con entusiasmo exagerado. Por la nariz roja y el acento, Usnavy se dio cuenta de inmediato de que era un misionero estadounidense, ahí para salvar las almas sofocadas.

—¡Génesis 1:3! —gritó un cubano convertido, sonriendo con orgullo por su conocimiento rudimentario. Los otros aplaudían aprobándolo.

—¿Qué luz? —dijo Usnavy, de pronto enojado.

Él no era de los que se meten por su cuenta en una discusión pública, pero esa gente estaba muy cerca de su casa y cada vez se acercaba más. Salir con Frank durante sus años de escuela cuáquera y la subsecuente desilusión, Usnavy había aprendido varias cosas. Después, cuando Frank se unió a un grupo bautista que recibía clases de Biblia todos los miércoles en la noche, les traía esas lecciones a los otros muchachos también. Diosdado leía los pasajes controversiales para así poder responderle a Frank. Usnavy había aprendido mucho de la Biblia con solo escucharlos a ellos discutir.

—¡Dios no creó el sol, la luna o las estrellas sino hasta el cuarto día! —gritó Usnavy a los misioneros.

—¿No han llegado ahí? ¿De qué luz hablan entonces? Desafía la lógica, ¿no creen? Incluso su lógica interna —sonrió con aires de superioridad y gruñó.

Los cubanos se quedaron pasmados y volvieron a ver al profesor extranjero.

—Hermano, no te pongas así —dijo el estadounidense, pero en un tono conciliador y calmado. Tenía cabello ralo y fino y ojos que parecían transparentes. Su español no era el mejor pero los cubanos suspiraban, embelesados de estar con él.

—La respuesta está en la Biblia, en Isaías 30:26: «La luz del sol debe ser séptuple, como la luz de los siete días». Ves, hermano, ¡la luz de la creación era siete veces más luminosa que la del sol!

Usnavy se horrorizó:

—¿Qué...?

¿La luz de la creación era más brillante que la del sol? ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Por qué esas personas siempre tenían una respuesta? ¿Por qué rayos estaban siempre tan seguros de ellos? En momentos como este, en sus adentros los detestaba, y justificó su desdén; de nuevo se respaldaba en el Che: «Una persona sin odio no puede vencer un enemigo brutal».

—Eso es un opio —dijo Usnavy nervioso, cayendo en el primer argumento que se le ocurrió, la única respuesta con la que se sentía seguro.

—Les está lavando el cerebro —les dijo a sus compatriotas mientras señalaba al extranjero y se alejó. Podía sentir la mirada de los peregrinos quemándole la sombra, sus oraciones parecían misiles en su alma salvaje.

A la pequeña lámpara le faltaban partes. Necesitaban unos cuantos insertos de vidrio nuevo, algo de soldadura; la base, de bronce esculpido, suplicaba para que la pulieran. Usnavy había usado la tela de seda lo mejor que podía para limpiarla, pero la lámpara requería más que pasarle el codo. Ya había examinado el esqueleto y descubrió que podía obtener una soldadura en cualquier parte, pero necesita encontrar las piezas de vidrio teñido que calzaran en la pieza.

Como otras lámparas que había visto, una en un restaurante que solo aceptaban dólares, otra hace mucho tiempo en la casa del poeta Regino Boti, en sus años de juventud en Guantánamo, el vidrio se sostenía con una lámina de cobre en la pequeña que se diferenciaba de la magnífica que tenía en casa porque se sostenía con una armazón de hierro. En lugar de ojos felinos, la pequeña tenía libélulas. Concluyó que debía de haber otras como esa; de hecho, tenía el presentimiento de que la mujer de Badagry le estaba ocultando una o simplemente mintiéndolo: ¿Cómo su nieto podría llevarse esa lámpara del país sin que se dieran cuenta? ¿Y por qué? La idea era totalmente ilógica. Él tendría que hacerle más preguntas la próxima vez.

Después de buscarla durante días, ya empezaba a impacientarse. Las ventanas y las puertas de la casa estaban cerradas cada vez que Usnavy iba y venía del trabajo. Cuando preguntaba por ella, los vecinos se encogían de hombros, sorprendidos de que no la hubiera encontrado o a ninguna de sus hermanas en casa. Parecían impresionados de que las hermanas fueran tan difíciles de localizar. Después de varios días, comenzaron a mirarlo extraño, entonces Usnavy se dio cuenta de que debía desarrollar otra forma de acercarse; él tendría que pensar más en cómo ganarse la confianza de la mujer de Badagry o de sus hermanas para ser invitado a pasar y examinar la lámpara él mismo. Después de todo, si la lámpara tenía el vidrio como su pequeña, le resolvería muchos problemas. Usnavy estaba simplemente demasiado feliz para imaginarse compartiendo lo que se necesitara para una lámpara nueva, brillante y

nueva, no importa lo modesta que sea. Esa era su manera de ser; lo que haya disponible es para todos por igual.

Eso era lo que sabía y entendía.

Días después, de repente, decidió visitar «Lámparas Cubanas», una fábrica cercana a su vecindario que había estado funcionando desde mucho antes de la Revolución. Luego del colapso del bloque socialista, la tienda había atravesado tiempos difíciles —como todo lo demás en Cuba— pero Usnavy había oído que en el último año un inversionista portugués había ingresado en el juego y se notaba más actividad. Tal vez podría obtener los repuestos ahí —así no tendría que depender de Badgry o de escarbar los escombros— o al menos descubrir dónde estarían disponibles.

Lámparas Cubanas era un lugar desagradable, oculto del exterior. La entrada presentaba un aspecto mugriento y descuidado. Había huellas de manos en las paredes, el rastro de demasiados cigarros, y el sentimiento vacío del aburrimiento. En lugar de mostrar los productos de la fábrica, un tubo fluorescente titilaba en el cielo raso, desnudo y blanco.

En el momento en que el joven del mostrador vio a Usnavy caminando de forma dificultosa con la lámpara en las manos, se puso a dudar —menos de la lámpara que de Usnavy.

—No hacemos reparaciones —dijo— y solo trabajamos para hoteles y restaurantes.

—Sí, sí —dijo Usnavy tan humilde como fuera posible—. Aun así, estaba pensando en que me podrían referir con alguien que repare lámparas como esta porque, bueno, normalmente yo reparo todo pero esta, como puedes ver, es una lámpara especial. No estoy

seguro de que mi escaso talento le llegue a los talones. Por eso vine aquí; pensé que ustedes eran expertos.

El empleado lo miró con desconfianza, pero Usnavy se negó a entender que se debía ir, la lámpara reposaba en los brazos como un animal herido.

—¿Le funciona la parte eléctrica? —le preguntó el empleado cuando Usnavy la puso sobre el mostrador delicadamente. Se levantó, encendió un cigarrillo y se inclinó sobre la pared manchada, ignoró la muestra del lado, encerrada por puertas color mostaza que formaban las lámparas: lámparas de araña, candelabros, alacenas y mesitas de noche parecían prisioneros.

—Yo... yo no sé nada de electricidad —dijo Usnavy, se había olvidado por completo de eso.

El joven lo miró con incredulidad.

—¿Quieres decir que no revisaste? —Tenía como veinte años, se vestía con una camisa polo verde, de seguro importada de Miami, ajustada, era musculoso a pesar de la escasez de comida. Cada vez que se movía, ya fuera por obligación o indignación, parecía que imitaba las poses de las películas viejas de Robert De Niro que presentaban en el canal del gobierno los sábados en las noches.

—Bueno, yo... —Usnavy trató de iniciar.

—¿Qué es, una Tiffany? ¿Una La Farge? ¿Una Murano? ¿Algún extranjero quiere comprarla? —preguntó el empleado impaciente. Haló el humo del cigarrillo de forma dramática.

Usnavy miró nervioso para todos lados.

—No, no, por supuesto que no...

¡Un extranjero! Una semana antes —antes de que Obdulio se marchara, antes del robo de la bicicleta, antes del sollozo de Nena por las noches— la insinuación lo habría enojado por las implicaciones ilícitas, pero ahora lo había impresionado de forma positiva por los prospectos.

—Pero... eh... tú, tú sabes de algún extranjero que quiera comprarla —le preguntó de forma torpe al joven. Incluso en ese momento, Usnavy no podía creer sus propias palabras y se tapó la boca inmediatamente, los dedos le temblaban con remordimiento. Tal vez el empleado lo podría llevar al inversionista portugués que había salvado la fábrica.

El fornido muchacho no le respondió y se inclinó para observar la lámpara.

—Déjame ver algo —dijo y examinó la base, la cual Usnavy consideraba la parte menos interesante. Por un momento, mientras el empleado agachaba la cabeza, mostrándole a Usnavy sus rizos, el joven tenía un parecido al cambiador de dinero de Frank, con el que había hablado bajo el árbol mientras ellos jugaban dominó. Esta era la clase de jovencitos, Usnavy pensó de inmediato, que le preocupaba que se le acercaran a su hija. Los veía como del tipo que tratarían de tocar una mujer en un bus repleto y se reirían si alguien les dijera que dejara de hacer eso.

Finalmente, el empleado se incorporó, fumando, no muy contento. Usnavy notó que tenía marcas de acné en las mejillas como agujeritos con una cascarita.

—¿Qué me dices? —dijo Usnavy nervioso— ¿se puede reparar?

El joven hizo un sonido con la lengua, no le respondió de nuevo, luego le puso un bombillo y conectó el ya usado cable a la pared. Después de varios intentos, nada pasó.

—Es solo un pedazo de basura —declaró el empleado sin ningún miramiento, se alejó un poco de la mesa con los inflados brazos cruzados por el pecho como si la lámpara, y Usnavy, pudiera contaminarlo con alguna clase de virus.

—Quieres decir que la electricidad...

—¡Claro que la electricidad! —el empleado volteó los ojos suspiró fuerte. La ceniza en la punta del cigarrillo se fue volando.

—Pero es tan hermosa... —dijo Usnavy, alcanzó a tocar la colorida pantalla. Había un pequeño panel color marino en particular, que había echado de ver, que parecía ondear, como si tuviera agua adentro.

—¿Hermosa? —exclamó el joven. Le dio un golpe a la mesa con la mano que tenía libre como muestra de exasperación, lo que sorprendió a Usnavy, luego puso el cigarro en una sucia bandeja de metal con los otros.

Usnavy notó que tenía manos muy grandes, como guantes de baseball y dedos gruesos. Estaba claro, que este muchacho no trabajaba con las lámparas o en ninguna manualidad que requiriera la mínima precisión. En la selva, habría partido madera, tal vez cargado una presa —un suntuoso venado o antílope— pero nunca cazar o esculpir. La fuerza bruta es cuestión de cantidad y no de habilidad. Este muchacho podía saquear; este muchacho podía quebrar huesos sin pensar en el significado de médula ósea.

—Es completamente irreparable y no tiene nada de especial, ¿por qué alguien querría esta lámpara? —preguntó con desprecio.

Usnavy no pudo responder al inicio así que se encogió de hombros:

—Tienes razón, tienes razón —dijo.

Pero cuando Usnavy trató de recuperar la lámpara, el empleado se inmutó; en lugar de eso, pasaba su mirada por la lámpara con un tic nervioso.

—Yo... Yo siento haberte aburrido, compañero —añadió Usnavy.

El joven no dijo nada, solo continuó mirando mientras Usnavy logró alcanzar la lámpara, le arrolló el cordón roto alrededor de la base. En ese punto específico, lo que debió ser una tarea simple, se convirtió en eterna y deliberada.

—Mira... —por fin dijo el empleado, bajó la voz a un volumen de conspiración.

—¿Qué es lo que en verdad quieres, viejo?

—¿Qué es lo yo...? —era el turno de Usnavy de responder con incredulidad.

—Digo... —el funcionario miró alrededor de la oficina, a pesar de que no había nadie más allí; los bíceps duros y redondos bajo la camisa polo habrían sido suficientes para asustar a cualquiera. Usnavy se preguntó de inmediato si el muchacho tenía parientes en Miami que le enviaban esteroides; si las venas no estaban llenas de químicos que podían, si se administran mal, causar que el cuerpo explote.

—¿Por qué tanto interés en la lámpara?

—No es así —dijo Usnavy con rigidez. Ya había oído eso antes, muchas veces, pero siempre de la lámpara en su habitación, la magnificente, o de la Revolución. Que alguien lo utilizara para describir los sentimientos de él por esa lámpara inferior, le parecía un insulto.

—No me gusta su insinuación —agregó Usnavy.

El joven se enderezó, con una leve sonrisa en los labios.

—Muy bien —dijo— te voy a decir algo... para ayudarte... te voy a dar cinco dólares por ella.

¡Cinco dólares! Lo que podría hacer él con cinco dólares: comprar carne en el mercado de productores y ¡jabón de verdad! El corazón de Usnavy estaba por explotar de alegría.

¡Cinco dólares! ¡Eso era como 600 pesos!

O, pensó de repente, que podría guardarlos y tratar de conseguir otros diez o quince dólares para comprarle una bicicleta a Nena. De dónde sacar el resto del dinero no era un problema en ese momento, estaba demasiado emocionado por el mero hecho de obtener dólares.

Esta vez, se prometió a él y a todos los poderes que existen en el universo, la bicicleta sería de Nena —él podía caminar; estaba bien. Si de alguna manera obtenía ese dinero para una para dársela a Nena, ¡él podría caminar fácilmente!

El deseo era una emoción nueva para Usnavy: pocas veces había codiciado algo en su vida. Incluso cuando él y Lidia hacían el amor, era más una expresión de gratitud que de deseo, un remedio para la soledad. Lo que era especial en ella era su desinterés, la seguridad. No hablaban de si había sido bueno —ellos no hablaban mucho— más bien ronroneaban o les daba hipo, como los gatos o las palomas de la plaza.

Pero ahora, de repente, la presencia de Obdulio en la vida de Usnavy la había reemplazado por un inexplicable deseo. Ahora lo admitía: quería una bicicleta para Nena, un radio o una televisión para Lidia; tal vez Obdulio tenía razón y podía desear un lugar más grande para vivir. Él no era cristiano, se recordó: podía desear libremente. ¿No era la Revolución acerca de buscar un mejor futuro para todos, incluyéndolo a él? ¿No merecía él, después de todo ese tiempo y esfuerzo, algo también? ¿Sería que el tiempo de mañana había llegado ya?

Usnavy estaba tan distraído con sus pensamientos que no se dio cuenta cuando otro hombre entró a la desolada oficina de la fábrica de lámparas. Era como de la edad de Usnavy, pero mucho más viejo por cómo se veía: caminaba con una seria cojera, tenía poco cabello y tenía la nariz en forma de una «T» volteada, no por el resultado de la genética, sino por un golpe que lo llevó a que la nariz se le chata hace varios años. Vestía overol, eso indicaba que trabajaba con las manos —que incluso podría ser empleado por la fábrica para ensamblar partes o trabajos completos— pero había algo raro en él, extraños brillos por todo el pecho y brazos, como si se hubiera llenado de polvo de una estrella triturada.

—Yoandry —le dijo el hombre brillante de forma brusca al joven musculoso en el mostrador— ¿cómo te fue? ¿Lo conseguiste?

—No, no, pero todavía estoy en eso —dijo el empleado, de repente era indiferente con Usnavy pero respetuoso, casi cariñoso, con el otro cliente— ¿y cómo le está yendo hoy, mi amigo?

El hombre brillante llenó las mejillas con aire y suspiró en una manera exagerada.

—No he tenido suerte en nada —declaró.

—¿Qué... qué es lo que estás buscando? —preguntó tímidamente Usnavy.

—Este vidrio estadounidense... Armstrong número de lote 2401, como un café almendra en un lado cuando una leve luz pega del otro —dijo el hombre brillante. Usnavy notó que la cara también parecía brillar— lo obtuve una vez, parece que no lo puedo encontrar de nuevo.

—Ah —dijo Usnavy inútilmente. No tenía idea de qué estaba hablando el hombre.

—Son hojas de vidrio —dijo el hombre brillante, al entender el desconcierto de Usnavy.

—Preferiría el café rojizo más oscuro, si lo pudiera encontrar. Cuando se ilumina, tiene un tono café cobrizo, sin efecto de rojo.

De repente notó la lámpara que Usnavy tenía en las manos.

—¿Una Tiffany? —preguntó.

—No, no —dijo Usnavy objetando, casi avergonzado— la verdad no sé qué es en realidad.

—Déjame ver —dijo el hombre y le vio la base.

Ese debe ser el lugar donde las lámparas revelan sus orígenes, pensó Usnavy, aunque nada de lo que había leído en la biblioteca decía eso. Notó que Yoandry, el empleado, movía la pierna impacientemente. El tubo fluorescente parecía titilar con la ansiedad de él, creando un efecto como de pausa.

—Un trabajo espléndido —dijo el hombre brillante, con un par de anteojos que apenas se le sostenían en la nariz chata.

Mientras examinaban la lámpara, Usnavy se sentía de la misma manera que cuando iba al consultorio del médico, incluso para una revisión de rutina: un poco tímido, nervioso de que pudiera encontrar algo que se podía haber evitado si él hubiera sabido antes.

—¿Es tuya? —preguntó el hombre brillante mientras se quitaba los lentes de lectura.

—Bueno, sí, más o menos, la encontré —admitió Usnavy, agachó la cabeza.

—Buen hallazgo.

—Buen... ¿qué quieres decir? —¿no había dicho el joven fornido hace unos minutos que era basura? En ese momento de revisión, mientras el hombre brillante sostenía la lámpara al revés como a un recién nacido, ¿habría su suerte cambiado?

—Bueno, es una Tiffany, justo como lo había pensado, una original. ¿Ves aquí? Ese es el sello Tiffany —señaló una T grabada en la base, con lo que lucía como una D y C colgando de ella.

—A veces Tiffany solo firmaba como LTC. Hay algunos pisapapeles, que son en realidad medallones que le dio a amigos, que tienen la firma completa grabada por detrás. No es que él las firmara. Eran firmadas por un trabajador, por supuesto, pero no importa. Esas, esas valen una fortuna.

—¿En serio? —preguntó Usnavy asombrado.

Entonces existía un señor Tiffany, una persona; no tenía idea. Para él, Tiffany era un estilo o, como Coca Cola, una marca. Las pocas personas que habían visto su lámpara, al magnificente, siempre le preguntaban si era una Tiffany, pero él nunca había sabido qué contestar. Ahora, habiendo visto la firma, ¡iba a revisar su lámpara apenas llegara a casa! Y se recordó que cuando se ganara la confianza de Badagry, también revisaría esa.

Pero esta otra lámpara —la pequeña, la que él había rescatado, la rota— no había disputa ahí; esta era una Tiffany real, no un medallón de valor incalculable, pero una Tiffany al final de cuentas.

Al advertir esto, Usnavy giró la cabeza hacia Yoandry, el mentiroso. Él debió haberlo expuesto en ese momento, o al menos inquietarlo y preocuparlo. Sin embargo, era Yoandry el que veía a Usnavy con una mirada tenebrosa, la amenaza de golpearlo era clara por los dos puños que puso sobre la mesa para que le viejo los viera. Esto causó que Usnavy temblara levemente.

—Está en terrible condiciones, pero yo la podría reparar —dijo el hombre que brillaba.

—¿En serio? —respondió Usnavy, y se dio cuenta de que estaba repitiendo lo que decía por culpa de los nervios y que probablemente se veía como un idiota.

—Sí, la puedo reparar. Digo, eso es lo que yo hago, trabajo para el Fondo de Bienes Culturales. Arreglo lámparas... ¿Estás bien, compañero?

—Sí, sí, más o menos. Pero el precio...

—Sí, esa es la cosa. Podría repararla, pero no creo que puedas costear la reparación. Ves, en realidad necesita todo nuevo, aunque la base...mmm... —el hombre brillante se quedó contemplando la lámpara de nuevo.

—¡Qué va! Va a salir caro.

Usnavy quería decirle que, en ese caso, la vendería por el precio que fuera; deseaba explicarle, que solo minutos antes, se sentía complacido con la oferta de cinco dólares que le había hecho el empleado —si le convenía, podría repararla luego y venderla para obtener ganancias; no le importaba.

Pero el hombre brillante no dijo una sola palabra de comprarla y Yoandry, quien ahora se veía enfadado, le daba vuelta a los puños sobre el escritorio.

—Si logras arreglarla, podría significar una buena cantidad de dinero para ti —dijo el artesano— pero el costo...

—Sí, probablemente no vale la pena, no es que sea una Tiffany especial o perdida, ni nada de eso —dijo Yoandry engreído. ¿Será que acababa de guiñarle el ojo al hombre brillante para conspirar con él? Usnavy dudaba.

—¿Una Tiffany perdida? —preguntó Usnavy confundido.

—Existe gran cantidad de piezas que no aparecieron en ediciones —dijo el viejo.

—Algunas de ellas son reales, otras falsas. Muchas se han perdido; nadie sabe dónde están. Entonces algunas veces valen más, de cierta manera, porque son místicas. Pero la tuya no es una de esas; incluso la tuya tiene un número.

—¿Cómo sabes tanto de todo esto? —preguntó Usnavy cauteloso.

—¡Por Dios! —exclamó Yoandry desde el otro lado del mostrador, las manos gigantes revoleaban por el aire, impulsadas por la fuerza del insulto implícito en la pregunta de Usnavy.

—Está bien, está bien, compañero —dijo el hombre brillante, dando unas gentiles palmadas en la espalda del muchacho.

—¿Ves lo que te he dicho acerca del nivel de ignorancia de la gente que llega a este lugar? —se quejaba el muchacho, los ojos le brillaban.

—Bueno, me disculpo —dijo Usnavy, recogiendo la su lámpara Tiffany del mostrador, pero su tono era extremadamente sarcástico, tan ofendido como el empleado—. ¿Cómo van a aprender las personas sin preguntar?

—¡Tienes toda la razón! —estuvo de acuerdo el hombre brillante.

—Preguntas acerca de las lámparas, sí —imploró el empleado— pero ¿dudas acerca de tu conocimiento? ¿Cómo puedes soportar consultas tan estúpidas e irrespetuosas de tu conocimiento?

Esto era demasiado drama para Usnavy, quien ahora sostenía fuertemente la lámpara contra su pecho.

—Déjame explicarte, compañero, déjame explicarte —dijo el hombre brillante, mientras sentaba a Usnavy y su lámpara en una silla plástica sucia que la fábrica de lámparas le ofrecía a sus clientes.

Usnavy volvió a ver la luz que titilaba. En serio necesitaba ir a la bodega. Las personas lo estaban esperando, dependían de él. Pero ¿qué otra opción tenía? Usnavy se rindió, su mirada iba y venía de la luz.

Tal como el hombre brillante lo dijo, Louis Comfort Tiffany no se estableció para hacer lámparas; fueron más un accidente.

—Le hicieron una biografía en la época en que las lámparas eran más populares y solamente las mencionó dos veces. No se podían ignorar, pero ¡sí que quería ignorarlas!

Usnavy posó las manos sobre la lámpara rota. Presentía que iba a tomarle un rato —de hecho, esto podría tomar más tiempo que las historias de Frank y los otros muchachos durante los juegos de dominó. ¿Por qué no estaba satisfecho el señor Tiffany con el éxito de sus lámparas? Si el señor Tiffany había aceptado su destino, pensó Usnavy, sería libre de irse en ese momento...

Sus pensamientos estaban de nuevo en el océano, imaginándose en Obdulio y su familia. ¿Lo habrán logrado? ¿Dónde estarán? De seguro alguien en el juego de dominó ya sabría el final de esa historia.

Pero el hombre brillante continuó con su narración: el padre de Tiffany era joyero, pero su hijo estaba enamorado de los vitrales. Por fin, creó unos cuantos, incluido uno enorme en Filadelfia y una extraordinaria cortina teatral de vidrio en Ciudad de México.

—De hecho, Tiffany no fue, para nada, el que ideó las lámparas —dijo el hombre brillante, mirando de reojo a Yoandry para confirmar.

Por supuesto, el joven había oído muchas veces la misma historia.

—Cierto —dijo, asintiendo con decisión. Hasta parecía que estaba en una congregación de un pastor evangelista de Harlem o Atlanta, gritando amén.

Sorprendentemente, el hombre brillante aseguró que la idea de las lámparas fue de su abuelo.

—Él trabajaba para Tiffany como capataz, como soplador de vidrio —explicó y gesticulaba como si estuviera soplando por una larga pipa.

—Y un día, aburrido, tomó algunos residuos de vidrio de otros proyectos e hizo una lámpara con una pantalla excepcional. La electricidad se estaba poniendo de moda en ese entonces, y era importante. Las pantallas debían ser diferentes de las lámparas antiguas, las de aceite. Debían ser opacas. La gente dice que fue Thomas Edison el que le dio la idea a Tiffany para las lámparas, pero no fue él, fue mi abuelo. Y luego Tiffany se robó la idea.

—¿Entonces, era estadounidense tu abuelo? —preguntó Usnavy, sin prestar mucha atención, distraído con sus preocupaciones, recordando el éxodo que ese estaba llevando a cabo en Cojímar y se preguntaba entonces por qué el hombre brillante todavía estaba en Cuba. Con un pariente estadounidense, probablemente podría reclamar la ciudadanía. Incluso si era gente como Mayito, quien podía resistir las súplicas de su esposa desde Estados Unidos, ¡lo que algunos darían por eso!

—¿Estadounidense? No, no, él era inmigrante en Nueva York, un soplador de vidrio italiano de Murano, quien fue llevado para salvar la fortuna de los Tiffany cuando la situación estaba dura —dijo el hombre con una risa.

—Y judío, además —dijo Yoandry, frotándose los dedos como si los billetes estuvieran pasando por ellos.

El hombre brillante se rio entre dientes:

—Esto solo es importante porque, no sé si lo sabes, soplar vidrio es un viejo arte judío.

—No lo sabía —dijo Usnavy, incómodo. Ahora sí se sentía completamente atrapado por el hombre brillante y Yoandry, una audiencia reluctante para su historia, una historia que, a su parecer, no estaba entendiendo por completo, o peor aún, estaba hecha con ese propósito.

—¿Entonces eres judío... italiano entonces...?

—Soy cubano —dijo el hombre brillante con un pulgar sobre el pecho— mi abuelo y toda su asociación de artesanos llegaron a Cuba cuando Tiffany fue contratado para hacer el diseño interior para el Palacio Presidencial en la década de 1920. Yo nací aquí, aquí mismo en La Habana.

—¿Quieres decir que el señor Tiffany trabajó en el Museo de la Revolución?

—preguntó Usnavy atónito— pero ahí no hay vidrios teñidos.

El hombre brillante y el empleado se volvieron a ver por un momento y luego se rieron a carcajadas.

—¡No, ahora no los hay! —exclamó Yoandry, tenía la cara roja y con una gran sonrisa.

Usnavy se levantó; ya había tenido suficiente.

—No te ofendas, compañero; nos reímos de lo absurdo, no de ti —dijo el hombre brillante y de manera gentil tocó el codo de Usnavy.

—Perdónanos, no debimos de actuar así. Quería que entendieras por qué sé un poco de lámparas. Ves, está en mi sangre.

Usnavy notó que las manos del tipo eran largas y finas, la uñas brillantes y sanas, las puntas de los dedos llenas de cortadas con navaja. Las huellas digitales, las líneas de vida, de seguro le cambiaban todo el tiempo, pensó Usnavy.

Esa noche, Usnavy iba tarde al juego de dominó. Primero, había tenido que ir de prisa a la bodega para guardar la lámpara; no había más espacio en la habitación en Tejadillo y, además, no quería tener que decirle a Lidia y a Nena que la había obtenido rebuscando en la basura, como esos horribles vecinos que tenía. No quería revivir ese horrible momento cuando les dijo que le habían robado la bicicleta por descuido y las descubrió viéndose intencionadamente preocupadas.

En la bodega, sus compañeros miraron de reojo a él y a la lámpara, y preguntaron si se encontraba bien. La conciencia lo golpeó, Usnavy solo murmuró, bajó la cabeza y se apresuró a salir. Corrió a casa para cenar un plato de arroz salado bajo la luz de la magnífica —demonios, tendría que buscar la firma luego, cuando tuviera tiempo— antes de irse a la comodidad del juego y de sus amigos.

—¡Cómo desearía mi bicicleta! —se quejó entre sus jadeos y continuó caminando. La ampolla del pie le seguía creciendo, ahora una burbuja de piel delgada rozaba con el cuero del zapato y lo hacía doblarse del dolor a cada paso.

Incluso en circunstancias normales, al caminar, Usnavy no era el típico cubano. A la mayoría de cubanos les encantaba caminar y solamente dar una caminata como llegar a un destino no fuera importante. Pero él odiaba caminar, odiaba quedar atrapado entre las multitudes, odiaba la forma en que el aire le pegaba —pegajoso y caliente. A pie, todo le tomaba más tiempo, especialmente ahora que el Gobierno les permitía a artistas y artesanos reunirse en ciertos parques en la Habana Vieja y en el Malecón. La gente se dispersaba por la acera sin importarle nada, como si fuera un mostrador o una vitrina, exponían sus escasas frutas, relojes baratos y repuestos: un pedal herrumbrado de una máquina de coser, por

ejemplo, o la manilla de un molidor de carne. Con el calor y la humedad azotándolo, Usnavy consideraba cada gesto un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera viviendo en cámara lenta.

—¡Guapón! —le gritó Frank, señalando su reloj.

Usnavy estaba sin aliento. Había tenido que luchar contra las personas que hacían fila en las paradas de buses, así como con la que había en una tienda cercana para compra pan, más todos los demás transeúntes. Sin tener que mirar, la ampolla le había explotado; él podía sentir la piel le colgaba.

En bicicleta, podía haber evitado todo eso. Como los carros prácticamente habían desaparecido por la falta de combustible, en bicicleta, las calles eran como autopistas. Cómo extrañaba ir cuesta abajo en su *Flying Pigeon* —cómo anhelaba ir de un lado a otro en las anchas calles, con viento en el cabello. Él nunca pensó en manejar un carro, nunca se imaginó libre detrás de un volante, nunca anheló eso para nada.

—¿Qué te pasa? ¿Esto, ahora que te necesitamos? —dijo Frank regañándolo en broma. A Frank le divertía molestar; la mayoría del tiempo, él no quería herir a nadie, pero algunas veces, por puro placer, hacía a la gente retorcerse, ya fuera de dolor o de vergüenza; era como si no se pudiera notar la diferencia.

Usnavy tomó su lugar en la mesa de juego, jadeando como nunca antes. ¿Por qué los pulmones preferían tan claramente más un lugar que el otro? Bajo la mesa, discretamente se sacó el zapato y puso el pie sobre este para dejar la ampolla respirar.

Sin Obdulio, eran solo cuatro de ellos, el número exacto requerido para jugar. De seguro, no podían dejar entrar a nadie más —de hecho, era muy normal que los vecinos se acercaban al juego pidieran unirse a ellos y cuando uno de los amigos quería un receso, dejaban que alguien más jugara, usualmente a Oscar Luis, un geólogo que ahora era chofer.

Pero el hecho de que el quinto hombre fuera uno de ellos, Usnavy, hacía que los amigos siempre tuvieran control del juego. Si alguien que no les agradaba se aparecía, ellos se atascaban. Un hombre extra podía hacer que el juego durara para siempre. Además, un hombre extra podía presionar al extraño para que abandonara el juego más rápido, si se lograba meter del todo.

Los muchachos que habitualmente veían —los sapos, como los llamaban de cariño— sabían las reglas, nadie tenía que decirles y parte del entretenimiento estaba en cómo lidiaban los amigos con los extraños que se aparecían repentinamente. Esa era la inspiración de las mejores historias que contaban luego, en casa a la esposa o amante, en el trabajo al día siguiente, o incluso ahí mismo en Monserrate, cuando las estrellas permitían al cuento ir a donde fuera necesario.

Yoandry, el hombre brillante y sus historias sobre Tiffany, no tenían nada a la par de estos muchachos, pensó Usnavy, quien amaba llegar a casa y entretener a Lidia con las experiencias del juego de dominó.

—Muy bien, tú y Mayito —Frank le ordenó a Usnavy. Los dos estaban lidiando de alguna manera con la partida de Obdulio. En Frank se manifestaba con la forma de ser más brusca de lo normal, los ojos le flotaban, evitando contacto con todos.

—¡Ay, no, yo no quiero! —protestó Mayito, tomando de pronto la palabra.

—Sin ofender, Usnavy, eres mi hermano pero estás salao, hombre. Estos días pierdes cada vez que juegas. La cosa con los dobles la vez pasada, eso fue lo último.

—No estoy salao —dijo Usnavy— ya no.

¿Cómo podría explicarlo? Era más fácil descifrar el misterio de las iglesias rupestres en Lalibelia, donde se decía que los ángeles habían trabajado al lado de los artesanos Africanos.

—¿Qué quieres decir con *ya no*? —preguntó Frank, echándose para atrás, con una sonrisa brotando de su cara de Anthony Quinn.

—Lo que quiero decir es... Mira, solo sé que ya no estoy salao, ¿bien? —nadie entendería, menos estos muchachos que no creían en nada. Pero en su corazón, Usnavy sabía que, a pesar de todo, la lámpara rota le iba a traer suerte; tenía que traerle suerte. Esa idea lo había golpeado al regresar de Lámparas Cubanas: Ahora que Obdulio se había marchado, las cosas estaban tan feas que no podía ser de otra manera. Era cuestión de tiempo.

—Bien —replicó Frank— lo que sea que digas, Guapo —le guiño a Diosdado, quien no le prestó atención— probemos tu nueva suerte.

En ese preciso momento, unos extranjeros se acercaron a ver el juego, reían y asentían. Los sapos se apartaron un poco, con una repentina timidez, para que los turistas tuvieran una visión más amplia. Frank se reclinó y sonrió como sintiéndose superior, el cigarro se veía extravagante entre sus dientes. Una de las extranjeras corrió a posar con la cara sonrojada por encima del hombro de Frank, mientras tanto Frank guardaba pose de hombre seguro, y otro turista tomó la fotografía, con el flash innecesario dejó a todos sin poder ver. Mayito movió ojos y se los restregó. Usnavy pensó que se iba a enfermar, la luz intermitente estimulaba los ácidos del estómago casi vacío.

Otra mujer, posiblemente la guía, puso las manos sobre los hombros de Diosdado, con inesperada familiaridad y un poco perturbadora, preparándose para posar para el fotógrafo.

Pero, para la sorpresa de todos, Diosdado se la quitó de encima.

—No —dijo firmemente, mirándola por sobre los bifocales, los ojos hirviendo con rabia.

—No —dijo de nuevo, pero los turistas discutían con él en inglés.

Frank trató de negociar:

—Vamos, ¿qué daño te va a hacer? —le dijo a su amigo, encogiéndose de hombros.

Pero Diosdado permaneció firme:

—No, dije que no.

—Pero ¿por qué no? —insistió Frank—. Les tienes miedo, ¿es eso? ¿Eres indio o algo así y crees que te van a robar tu imagen, o qué?

—Frank, déjalo en paz —murmuró Mayito.

—¿Por qué tengo que darte explicaciones? —preguntó Diosdado.

Todo, mientras los turistas presionaban, lanzando las piezas del dominó de la mesa, a Frank actuando rudo, a las personas del barrio, con harapiento orgullo y extrañas posiciones. Finalmente, uno de los turistas centró su lente en Diosdado de forma desafiante para molestarlo con la posibilidad de tomarle una fotografía en contra de su voluntad.

Diosdado de miró nuevo por encima del marco de los anteojos.

—Ustedes van a seguirle la corriente a esto, ¿verdad? —le dijo a los sapos— ¿por qué? ¿Solo porque son extranjeros? ¿Y qué?

Usnavy se rio, pero estaba del lado de Diosdado. Recordó al misionero estadounidense en la catedral con los cubanos convertidos y, sin pensarlo, comenzó a aplaudir, primero despacio, luego con más energía. Todos los sapos —el más ruidoso de todos era el niño autista— lo siguieron, su ritmo lleno de rencor, empujaron a los turistas lejos de la mesa y se reunieron hasta que la única toma de tendrían sería de las espaldas de los cubanos.

Pero Frank no aplaudió. Después de que los turistas se marcharon, se sentó ahí como enojado; miraba fijamente a Diosdado. Mientras Mayito hacía un escándalo al revolver las piezas del

dominó para iniciar el juego, Usnavy se dio cuenta de que Frank no iba a dejar pasar ese incidente. Mientras tanto, Diosdado se había recostado en la silla, con el ceño fruncido detrás de sus bifocales, extrañamente enojado. Para Usnavy, Frank y Diosdado siempre habían sido así.

—¿Alguien sabe algo de Obdulio? —preguntó Frank, y luego se llevó el cigarrillo a la boca. La forma en la que había hecho la pregunta le decía a Usnavy que la pregunta era retórica, y de alguna manera Frank ya había averiguado —en solo días— cómo les iba a Obdulio y su familia con su nueva vida en Miami. Diosdado se empezó a incomodar en el asiento.

—¿Llegó verdad? Digo, eso fue lo que escuché en la bodega —dijo Usnavy de forma ansiosa; luego descubrió que había caído en la trampa sin darse cuenta. Al inicio estaba aliviado de que hubiera llegado a salvo, pero después se le mezclaron los sentimientos: de verdad deseaba que le fuera bien, pero él estaba triste, herido, agitado, tal vez —para su horror— incluso un poco celoso de que, de pronto, Obdulio no tuviera las mismas preocupaciones. Sin duda, no estaba preocupado de si su familia tendría algo para comer o no.

—Sí, hasta Key West, sin ningún problema —dijo Frank al tiempo que elegía las piezas que iba a utilizar de la pila de piezas revueltas.

—Lo recogió su hermano en la playa, como si estuviera de pesca, así de fácil.

Los sapos se lanzaban miradas cómplices. Usnavy se preguntaba cuántos de ellos estaban calculando las posibilidades de ir contra las corrientes de esos casi 145 kilómetros; cuántos estarían esa noche en la playa rocosa en Cojímar, probando su coraje y la flotabilidad de una balsa. Miles de cubanos como ellos ya se habían ido a las costas de Florida ese verano y se les unían casi la misma cantidad de haitianos que escapaban de su propia isla, en la mente

de Usnavy, era un lugar de pesadillas convertidas en realidad, un vertedero de violencia y enfermedades por doquier. Podía entender por qué esa gente se iba de Haití, eso sí tenía sentido para él.

En los últimos días, corrían rumores de que Estados Unidos estaba planeando invadir Haití y Usnavy, precavido por lo expansiva que pudiera ser la invasión, se había preocupado por momentos de si estarían a salvo en Cuba, y lo podría pasar si los estadounidenses cambiaran el curso y, en lugar de Haití, fueran a costas cubanas. Con tanta gente partiendo, todo era incierto. ¿Quién quedaría para armar la defensa?

—Felicidades, Obdulio, mi hermano —dijo un adolescente a sus amigos como si Obdulio estuviera al otro lado de la calle, en la otra calle o pasando en su bicicleta.

—¡Recuérdanos, no nos olvides... envíanos algo! —unió las manos como para hacer una plegaria y se rio, inmediatamente los otros se le unieron en su deseo y resignación. Usnavy sabía que soñaban con chocolates belgas, rasuradoras Schick, radios Motorola y Michael Jordan.

Casi de inmediato, Usnavy se preguntó cuántos de estos muchachos habían estado involucrados en los disturbios indecorosos de principios de mes, cuando cientos de personas habían comenzado a gritar y pelear con la policía en el Malecón. Después la primera oleada de enojo, algunos protestantes golpearon carros y las ventanas de las tiendas; saqueaban como los revoltosos de las ciudades estadounidenses; Usnavy había quedado paralizado. La turba había estado gritando epítetos al Comandante

—¡Abajo la tiranía! —hasta que el Hombre apareció, severo y fuerte, y luego el cántico cambió de repente a vivas y hurras.

—Sé que Obdulio iba a visitar a Reynaldo una vez que llegara ahí —dijo Frank.

—Diosdado, ¿has escuchado algo de tu hijo?

Usnavy decidió quedarse tan callado como fuera posible. Advirtió que Frank estaba arrinconando a Diosdado, lo intoxicaba la mera idea de ser su presa.

—No —dijo Diosdado de forma cortante—. ¿Quién empieza? —preguntó, ajustándose los bifocales y viendo fijamente sus piezas como si cada punto representara un cuadro completo, como una constelación en el cielo, Orión o Pegaso. Eran Usnavy y Mayito contra asociación tensa entre Diosdado y Frank.

—¿Tenía Obdulio el número de Reynaldo? —insistió Frank.

—Tú se lo diste, ¿no? Sé que te lo iba a pedir —se rascó la nariz, como si el olor a sangre ya fuera demasiado.

—¿Vamos a jugar o qué? —exigió Diosdado, viendo a Frank por sobre el aro de los lentes. Los sapos se quedaron pasmados ante la fría respuesta de Diosdado. Los poros de la piel parecían cráteres lunares al verlos por la parte de inferior de los bifocales.

—Estamos jugando —dijo Frank y puso un doble nueve como un reto. Tenía una sonrisa enorme y flexible en la cara.

Mayito lo siguió de inmediato con un nueve/ocho y Diosdado puso al otro lado un nueve/dos. Usnavy puso un doble ocho. Mayito levantó las cejas de inmediato.

—Hombre, pensé que dijiste que tu suerte había cambiado; no estás lleno de dobles otra vez, ¿verdad? Porque si lo estás, detenemos el juego en este momento, ¿entendiste? —exigió Frank a Usnavy.

Los sapos rieron y también Usnavy. De hecho tenía una buena mano. Frank puso su pieza, de inmediato lo siguió Mayito. Luego Diosdado hizo su jugada, un ocho/dos en el doble de Usnavy, sin decir una palabra.

—¿Hoy no hay comentarios? —preguntó Frank.

—Estoy cansado —dijo Usnavy— he corrido todo el día.

Los espectadores murmuraban entre ellos, pero Usnavy no sabía si era por curiosidad o decepción. Podía escuchar cómo se derramaban botellas de ron, el desastroso gorgoteo de la bebida, incluso tan temprano en la tarde.

—¿Ah sí? ¿Cansado de qué? —preguntó Frank al tiempo que jugaba.

—Mandados, solo mandados —dijo Usnavy.

No era que no confiara en sus compañeros como para decirles acerca de lámpara rota y del señor Tiffany. Pero ellos habían sido los que siempre sorprendían a los demás, no él. Quería hacer, por lo menos una vez, algo que los sorprendiera; algo que de verdad lo hiciera ganar respeto y no solo cariño. Además, todavía no estaba seguro de qué estaba haciendo exactamente.

Alguien le dio un vaso de café y lo bebió sin pensarlo. Estaba fuerte, negro y delicioso.

Mayito puso una ficha y Usnavy, contento de tener algo para jugar que no fuera un doble, sonrió ampliamente mientras tomaba su turno. Todavía tenía el sabor del café en la lengua y garganta.

—Oye, tal vez no estás tan salao después de todo —dijo Frank, se recostó y tomó su posición. La sonrisa se le hizo aún más grande, se le estiró hasta que el resto de los gestos se le desaparecieron detrás de ella.

—De hecho, cuando piensas en ello, guapo, tal vez nunca estuviste salao. Tú obtuviste todos los beneficios de nuestro sistema socialista, al cual te suscribiste como los apóstoles a Jesús, excepto, por supuesto, por el traidor Judas, y tal vez Pedro también, porque te tienes que

preguntar si la forma en que transmitió las enseñanzas de Jesús fue de la forma en que él quería... Digo, siendo la Iglesia una institución tan avariciosa y opresiva...

Había mucha gente asintiendo, pero también gruñidos de la gente en la multitud; muchos de los cuales usaban crucifijos en el cuello o medallas con santos colgadas de cadenas brillantes que connotaban otras creencias contradictorias. Sus gruñidos eran menos fervientes de lo habitual, pero en todo caso las palabras de Frank eran perturbadoras, como un relámpago silencioso antes de un ruidoso rayo.

En su turno, Diosdado puso su ficha sin tan siquiera levantar la mirada.

—Pero, dejando eso aparte, sí, tienes suerte; tienes una esposa que te ama y nunca te engañaría —continuó Frank con una falsa felicidad— una hija que sabes va a ser tu hija por siempre. Porque Nenita es una muchacha de verdad, después de todo, una muchacha de verdad.

—¿Qué quieres decir? —Usnavy se sentó derecho— por supuesto que es una muchacha de verdad...

Frank jugó sin dudar, colocaba dramáticamente cada una de las fichas, haciendo un movimiento en forma de arco en el brazo:

—Eso es lo que te estoy diciendo; puedes irte a dormir sabiendo que Nena es una muchacha de verdad y levantarte al día siguiente con la misma seguridad; esa es la garantía que este loco mundo ofrece, ¿no?

Mayito, enfadado, hacía un sonido con la lengua mientras colocaba su pieza:

—Frank... —dijo suavemente.

Los sapos se lanzaban miradas, sin saber a qué se refería Frank. Como él contaba buenas historias, la espera valía la pena.

—Por Dios, sí, ella es una muchacha de verdad; ¿qué quieres decir, que no es Pinocho?
—exclamó Usnavy. Parecía algo demasiado obvio— pero eso no es suerte, ¡es natural! —los
sapos se rieron de la aseveración de Usnavy.

—¡Eso es lo que estoy diciendo! ¡Eso exactamente! Pero en este mundo no puedes dar
nada por sentado, ¿verdad? ¿Qué piensas de eso, Diosdado? —dijo Frank, haciéndose el
inocente.

Los sapos estaban sorprendidos. ¿A dónde se dirigía Frank? Se quedaron viendo
fijamente mientras Diosdado inspeccionaba las piezas que tenía como si estuviera muy
concentrado, pero Usnavy se dio cuenta que le temblaba un poco la mano.

—¿Vas a jugar, Usnavy, o vas a seguir con esta charla tan absurda? —preguntó
Diosdado fríamente.

¿Era ya su turno?:

—Sí, sí, claro que estoy jugando —dijo Usnavy, mirando sus piezas rápidamente.
Sintió que se le revolvió un poco el estómago también.

—No dices lo que piensas, muchachón —Frank retó a Diosdado.

Los sapos se acercaron todavía más. Usnavy podía sentir su respiración y el olor a ron
que salía de sus cuerpos, como gasolina regada en astillas. Volvió a meter el pie en el que
tenía la ampolla en el zapato, solo por si acaso.

Diosdado se negaba a levantar la mirada de las piezas que tenía en la mano:

—¿Qué pienso de qué? —preguntó.

—Ya sabes...

La sonrisa, la sonrisa de Frank; era una trampa. Usnavy la veía venir hacia su amigo
Diosdado y nadie podía hacer nada para evitarlo, ni siquiera Mayito, quien observaba el

dominó con absoluta repulsión. Los murmullos de los sapos ahora creaban una cortina de sonido, como la estática de la radio, detrás de ellos.

—No, no lo sé —por fin dijo Diosdado, volteando las piezas con tanta fuerza que hizo que Mayito y Usnavy saltaran del susto. Las piezas de dominó de ellos cayeron hacia arriba peligrosamente, exponiendo la mitad de ellas. La multitud hizo silencio. De milagro, las piezas de Frank quedaron en pie.

—Sí, tú sabes; conoces exactamente de lo que te estoy hablando —dijo Frank, mascando el cigarro cada vez más enojado, lo hacía para arriba y abajo como un pistón. Se inclinó sobre la mesa y cubrió sus piezas con las manos, las puso boca abajo sin hacer un solo sonido—. De Reynaldo... o ¿debería decir Reina?

Diosdado, con el rostro enrojecido, se levantó de su asiento; volcó la mesa e hizo que las piezas amarillas con negro del dominó se esparcieran por toda la calle. Mayito perdió el equilibrio y casi cae de espaldas mientras los sapos le reclamaban a Frank por haber provocado a Diosdado y a Diosdado por no haberlo soportado. Se derramó el ron, incluso le cayó algo a Usnavy, quien, de inmediato, trató de limpiarlo porque no quería llegar tarde a casa y preocupar a Lidia de más.

Frank soltó una carcajada malvada. El muchacho autista, sin expresión ni movimiento por la conmoción, se puso de pie todavía sin expresión alguna y comenzó a recoger las piezas de dominó.

—Coño, hermano, lo que sea que es, no es para tanto —dijo Jacinto, el vecino de Tejadillo que había cosido el zapato de Usnavy de nuevo. Llamó a Diosdado, pero ya iba muy lejos, sus piernas cortas y regordetas se apresuraban para alejarse de la escena.

—Odio esto —dijo Mayito mientras se levantaba rápidamente.

—Tranquilízate, hombre —dijo Cachi a todos. Era el esposo de Yamileth, la vecina de Usnavy.

—Eso era innecesario —le dijo Mayito a Frank, mientras se agachaba para ayuda a juntar las piezas de dominó.

Frank se arregló la camiseta, se metió las faldas y sacó pecho como si fuera un escudo:

—Eso es lo que se merece por criar a un esperpento —dijo en su defensa.

Los sapos se acercaron para prestar atención; Jacinto parpadeó.

Usnavy sacudió la cabeza. ¿Eso era noticia?:

—Por favor, Frank, todos sabemos lo de Reynaldo desde que tenía ¿qué... doce? ¿Por qué molestar ahora a Diosdado, por el amor a Dios?

—Porque Reynaldo ya no es Reynaldo, ahora es Reina —dijo Frank con un timbre de voz un poco extraño.

—¿Cómo? —preguntó Oscar Luis escéptico desde la multitud.

—¿Y qué? —dijo Usnavy, encogiéndose de hombros. Tenía que reconocer que estaba confundido, pero no le importaba lo que Reynaldo estuviera haciendo con su vida. No tenía nada que ver con él, o ellos, y además estaba lejos.

El informe de investigación

Introducción

Este trabajo de graduación consta de la traducción de una novela que se titula *Ruins*³ y de una investigación basada en dicha traducción. La novela fue escrita por Achy Obejas, escritora cubano-estadounidense. Fue publicada en 2009, en inglés. Su protagonista es un ciudadano cubano que se debate entre seguir sus ideales de revolución o si rendirse ante los encantos de la vida con dólares y en Estados Unidos. El texto se divide en seis capítulos, de los cuales, para efectos del proyecto de graduación, se tradujeron los dos primeros.

La novela evoca dos perspectivas que caracterizan la sociedad cubana en 1994: los seguidores del Comandante (como Usnavy, el protagonista) y los que buscan ir a otro país, Estados Unidos, que los ilusiona con la posibilidad de contar con más libertades y oportunidades. Para presentar las dos perspectivas, Obejas crea un personaje muy humano que representa la complejidad de esta sociedad cubana enfrentada a necesidades contradictorias, y para ello utiliza, entre otros, varios recursos lingüísticos interesantes.

Obejas es autora, traductora y editora de varias novelas y libros de poesía. Además, es una de las fundadoras de la Facultad de Escritura Creativa en la Universidad de Chicago y actualmente desempeña el cargo de *Distinguished Visiting Writer* en la Universidad de Mills en Oakland, California. Ha recibido varios premios por su obra y ha estado nominada a varios reconocimientos por sus traducciones también.

Este texto fue elegido para ser traducido, no solo por su valor cultural, sino también por el potencial lingüístico y traductológico que presenta la obra a simple vista. Durante el proceso de la traducción se observó un uso abundante de oraciones largas, llenas de

³ Obejas, Achy. *Ruins*. Nueva York: Akashic Books, 2009. Impreso.

descripciones y de oraciones explicativas. Es frecuente, además, el uso de la técnica de extranjerización en frases y palabras, así como las explicaciones para el lector. El texto combina recursos lingüísticos, discursivos y literarios que remiten a lenguas y culturas diferentes. Aparte de las características de la autora como persona, esto nos ha llevado a preguntar, si se trata de un componente estructural del texto literario y de la retórica misma, que conllevan a un significado específico en la obra.

Por esta razón, el problema de esta investigación se puede enunciar de la siguiente manera: ¿Cuál es la función que cumplen las «estructuras retórico-literarias» en la definición de la ambivalencia cultural de la obra *Ruins*, tanto en el texto original como en su traducción? El objetivo general, por lo tanto, es explicar el funcionamiento de estas «estructuras retórico-literarias» en ambos textos mediante los siguientes objetivos específicos:

1. describir y analizar los factores lingüísticos y discursivos del texto que cumplen una función de «estructura retórico-literaria» en el texto original; y
2. comparar la función de estas estructuras en el texto original y las que se elaboran como análogas en el texto traducido.

Para responder el problema de investigación, se trabaja con la siguiente hipótesis: las *estructuras retórico-literarias* presentes en el texto original sirven para crear una ambivalencia cultural en el discurso del narrador y de los personajes, tanto en el texto original como en el traducido.

De esta manera, con el uso del libro de Obejas se hace un análisis detallado de ciertos aspectos culturales en la obra para desarrollar los objetivos y verificar la hipótesis propuesta.

Estado de los conocimientos

A continuación se exponen los trabajos de investigación que ya se han realizado en campos parecidos al que propone este proyecto final. Se presentan primero algunos trabajos presentados en la Maestría en Traducción Inglés-Español de la Universidad Nacional y luego otros que están disponibles a nivel internacional.

Entre los trabajos de graduación de la Maestría en Traducción Inglés-Español de la Universidad Nacional, hay varios trabajos relacionados con el tema cultural. El primero de ellos es de Maureen Quesada Chacón, quien en su trabajo *En definitiva: ¿qué son los textos culturales?*, explora la función del estilo empleado en el texto original y la describe como amplificador de significado. El trabajo de Quesada se centra en el tema de estilo, desde el aspecto de tipografía y ortografía, sin ahondar en el campo de estructuras gramaticales.

Otro proyecto final de graduación es el de Gilberth Cascante, quien trabaja en *Teaching Culture: Strategies for Intercultural Communication*, la intertextualidad y sus funciones, tanto en el texto fuente como el meta. Concluye que la intertextualidad tiene un papel fundamental, más allá de ser un conjunto de simples insertos de otras fuentes en el texto original.

A su vez, Laura Vides Chavarría, en su trabajo *A Winter in Central America and Mexico: Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia histórico-cultural* presenta un análisis de sustantivos, adjetivos y verbos, con el fin de mostrar la forma en que colaboran en transmitir la historicidad del texto original mediante palabras arcaizantes en el texto meta. Su análisis difiere del que se realiza en el presente trabajo en que la historicidad como característica del texto surge desde la perspectiva del lector actual, no como rasgo original del texto fuente.

Finalmente, Areli Arévalo, en *El uso del dialecto spanglish como recurso para el rescate de la otredad en Mayan Drifter de Juan Felipe Herrera*, expone la posibilidad de utilizar un lenguaje híbrido (inglés y chicano) para equiparar en el texto fuente y meta la presencia de otra cultura. Aunque el tema de la biculturalidad está presente, la diferencia entre el trabajo de Arévalo y el nuestro es que las lenguas y culturas involucradas no son las mismas, además de que ambos trabajos remiten a realidades socioculturales distintas.

Fuera de Costa Rica, en la Universidad Politécnica de Valencia se presentó una tesis doctoral de Rosa Currás sobre la traducción de elementos culturales en *A Man for All Seasons*, de Robert Bolt, una obra de teatro. Currás hace un análisis de las diferentes símiles, metáforas y simbología en relación con la época en la que se desarrolla la obra. Esta tesis se diferencia en varios aspectos del presente proyecto de graduación. Primero, el género del texto analizado es distinto por tratarse de una obra de teatro y, segundo, el análisis se concentra en el lenguaje (registro y vocabulario) utilizado por los personajes para ubicarlos espacial y temporalmente. Además, esta autora insiste en que no es suficiente motivo para la traducción, la función que el autor otorga a un referente cultural específico.

Verónica Trujillo-González, en su artículo «Una aportación al tratamiento de los elementos culturales: el signo lingüístico cultural», explica las diferentes maneras que existen para hacer traducciones de elementos culturales. También, menciona los diferentes tipos de elementos culturales de los cuales se ha hecho investigación en los últimos años y los nombres que se le han dado a estos elementos. Este artículo hace comparaciones de frases idiomáticas entre el español y el francés. A la vez, la autora propone el uso del término *signo lingüístico cultural* para englobar en él los términos: *culturemas*, *idiomatismos* y *fraseologías*.

En cuanto a estudios sobre la retórica, existe un artículo de Hans J. Vermeer titulado «Reflexiones preliminares sobre retórica y estilísticas en la traducción». En él, Vermeer explora la función de la retórica y la estilística de una forma muy general en el campo de la traducción. En la investigación, este autor indica que para tratar el tema completamente, se deben distinguir los fenómenos retóricos y estilísticos intencionales de los casuales (Vermeer 26).

Desde el punto de vista traductológico, la traducción de *Ruins* es una oportunidad para explorar el valor literario de los «signos lingüísticos culturales» y las posibilidades de su traducción. Además, el análisis aquí presentado es un aporte al dilucidar funciones retórico-literarias de estos elementos que solo están presentes en esta obra. Por otra parte, esta investigación es novedosa debido a que el análisis de las estructuras se hace con base en una teoría contemporánea que se basa en las diferencias que presentan las culturas en las que se desarrollan en texto original y el traducido.

En cuanto a la organización del trabajo, este consiste de cuatro capítulos. Después de esta introducción, se presenta el capítulo correspondiente a las bases teóricas utilizadas en la investigación que se desarrolla en los siguientes dos capítulos. En el Capítulo 2 se analizarán elementos culturales como estructuras retórico-literarias en el texto original, mientras que en el Capítulo 3 se mostrarán las estructuras retórico-literarias en la traducción de *Ruins* y su comparación con el texto original. Finalmente, en el capítulo de Conclusiones se exponen los resultados de la investigación, así como recomendaciones y áreas en las que se pueda extender el estudio.

Capítulo 1

Marco Teórico

El presente trabajo de investigación se desarrolla a partir de tres ámbitos teóricos: el traductológico, el literario y el retórico. A continuación se ofrece una breve descripción de las teorías y conceptos que fueron utilizados como premisas en el estudio.

1.1. Teoría de los polisistemas

Durante la década de 1970, Itamar Even-Zohar, desarrolló la Teoría de los polisistemas para tener una opción alternativa al Formalismo ruso, que disocia el texto literario de su contexto y propone que un texto es un ente por sí mismo que no responde a ningún contexto social, ni histórico. Even-Zohar ha trabajado durante muchos años en esta teoría; sus principales obras al respecto son: *Papers on Historical Poetics*, *Polysistem Studies* y *Papers on Culture Research*.

En su Teoría de los polisistemas, propone lo siguiente:

a. Los textos literarios, junto con la producción textual total en una sociedad, se ubican dentro de un polisistema literario, en que los textos se organizan en una estructura jerárquica. Esta jerarquía proviene del modelo de Shklovskij, quien conceptualizó por primera vez ciertas propiedades socioculturales en la literatura y llamó a esos estratos como *canonizados* y *no-canonizados*. Los primeros son aquellos que la sociedad toma como legítimos y mantiene en su cultura a pesar del paso del tiempo, mientras que los no-canonizados son aquellos que la comunidad olvida a menudo (Even-Zohar, 14).

Even-Zohar, además, apunta en su libro electrónico *Polisistemas de cultura* (2007) que:

Cuando se establece un repertorio y todos sus modelos derivados se construyen de completo acuerdo con lo que permite, nos las habemos con un repertorio (y sistema) conservador. Cualquier producto individual (enunciado, texto) será entonces altamente predecible, y cualquier desviación se considerará escandalosa. A los productos de tal estado los denomino «secundarios». Por otra parte, el aumento y re-estructuración de un repertorio mediante la introducción de elementos nuevos, como resultado de lo cual cada producto se vuelve menos predecible, son expresiones de un repertorio (y sistema) innovador. Los modelos que ofrece son de tipo «primario»: la pre-condición de su funcionamiento es la discontinuidad en modelos establecidos. (13-14)

b. La producción textual en una sociedad depende del momento histórico en el que se encuentre la cultura y la literatura en general, ya que la situación y entorno en la que se encuentre el autor o el traductor de una obra literaria van a ser reflejados en la obra.

c. La obra literaria se estudia como parte de un sistema mayor para observar el comportamiento y la evolución del sistema literario:

La concepción de la literatura como una institución socio-cultural semi-independiente separada sólo puede sostenerse pues, si el polisistema literario, como cualquier otro sistema socio-cultural, se concibe como simultáneamente autónomo y heterónimo respecto a todos los demás co-sistemas. (Even-Zohar, 16)

Además de estos postulados, dos conceptos fundamentales de esta teoría son *sistema* y *polisistema*.

a. *Sistema* es la red de relaciones entre diferentes elementos que son dependientes de la realidad (Even-Zohar, 4-6).

b. *Polisistema* es un sistema integrado por múltiples sistemas que se cruzan e incluso se superponen entre sí, pero funcionan como uno solo. En otras palabras, cada polisistema es integrado de forma única por diferentes componentes, los cuales varían dependiendo del tiempo y la sociedad en la que se presenta el texto literario (Even-Zohar, 4-6).

Para el análisis que se propone en este proyecto, la Teoría de los Polisistemas en el fundamento al resaltar la heterogeneidad y la naturaleza histórica de una obra, que permite visualizar el texto y su traducción a partir del momento histórico en el que se escribieron, y en relación con esa época específica, así como con la cultura en la que se desenvuelve la autora de la obra. Esta perspectiva hará posible un análisis centrado en las diferencias entre ambos textos (fuente y meta) y no, como es costumbre, en las equivalencias.

Otro exponente de la Teoría de los Polisistemas es Gideon Toury. En su libro *In Search of a Theory of Translation*, da su contribución a la teoría, principalmente en relación con el concepto de norma de traducción. A continuación, se destacan dos de sus ideas:

a. Las traducciones no van a ser completamente aceptables para la cultura original, ya que están gobernadas por diferentes normas culturales (Toury, 237-240).

b. Las traducciones no van a ser fácilmente asimiladas en la cultura meta, debido a la cantidad de elementos nuevos que se exponen en ella (Toury, 237-240).

Respecto al concepto de norma, Toury indica que:

Las normas son adquiridas por los individuos durante su proceso de socialización y siempre implican *sanciones* –reales o potenciales, tanto negativas como positivas. Dentro de la comunidad sirven también como

criterio con el que se evalúan casos concretos de comportamiento. Obviamente se acepta la existencia de normas sólo en situaciones que permitan diferentes tipos de comportamiento, con la condición añadida de que la selección realizada no sea fruto del azar. (235-236)

Propone tres tipos de normas, las cuales son:

- a. *Preliminares*: son aquellas preferencias literarias en un polisistema en particular que tienen una función mayor en la elección de un texto para ser traducido (Toury, 240-241).
- b. *Iniciales*: son las decisiones personales que toma el traductor antes de iniciar a traducir en cuanto a la estrategia que se utilizará (Toury, 240-241).
- c. *Operacionales*: son aquellas que gobiernan cuando ya se está traduciendo, o sea, las decisiones que se toman durante el proceso de traducción (Toury, 240-241).

Hace hincapié en que las tendencias literarias de la cultura meta son un elemento determinante en la traducción de los textos. La idea de que existe una equivalencia lingüística y literaria total es descartada, debido a que las normas que siguen los traductores son histórica y socialmente variables.

Una vez más, el concepto de norma propuesto por Toury proporciona las bases para realizar un análisis comparativo entre el texto literario y su traducción, donde el propósito no es justificar la segunda a la luz del primero, sino comprender el funcionamiento de cada uno.

1.2. Teoría de la literatura

Del amplio campo de teoría literaria se presentan a continuación algunos conceptos básicos que sirvieron como herramientas a la hora de llevar a cabo la investigación. Como fuente, se han utilizado las referencias dadas por Vitor Manuel Aguiar e Silva, en su libro

Teoría de la Literatura, publicado por primera vez en 1975, y reeditado en 1993, versión que aquí se emplea.

Aguiar e Silva hace hincapié en la importancia que se le da a la plurisignificación de las palabras en un texto literario. El concepto se define de la siguiente manera:

a. *Plurisignificación*: diferentes significados de un mismo texto que pueden llevar a relaciones insospechadas y nuevas interpretaciones (Aguiar e Silva, 20-24).

Otros conceptos básicos son los siguientes:

b. *Narrador*: personaje creado por el autor para contar la historia.

c. *Narrador omnisciente*: Aquel que tiene acceso a toda la información de los personajes, incluso a sus emociones y pensamientos (Aguiar e Silva, 233-234).

d. *Personaje*: figura que interviene en una obra artística, impulsando las acciones.

Los personajes, «constituyen uno de los elementos estructurales básicos de la novela. El novelista crea seres humanos situados en un espacio determinado, que se mueven en una determinada acción» (Aguiar e Silva, 209).

Estos conceptos se utilizan en el análisis para determinar la función de ciertos elementos y estructuras textuales que, según la hipótesis de este trabajo, juegan un papel clave en la interpretación.

1.3. Teoría de la retórica

De este componente del marco teórico se retoma la definición de los conceptos *retórica* y *discurso*, ofrecidos por Teun van Dijk. Este lingüista holandés ha concentrado sus estudios en el discurso y es uno de los iniciadores del llamado análisis crítico del discurso.

Para él, la retórica se concentra en la eficacia de las intenciones comunicativas, ya que permite reconocer otras estructuras que le dan una eficacia óptima al texto. Define el concepto de *retórica* como la manipulación consciente de los rasgos textuales específicos, para diferenciarla de la realización involuntaria, dependiente de los factores situacionales. A su vez, el *discurso* es una forma específica del uso del lenguaje y de interacción social, un evento comunicativo completo en una situación social.

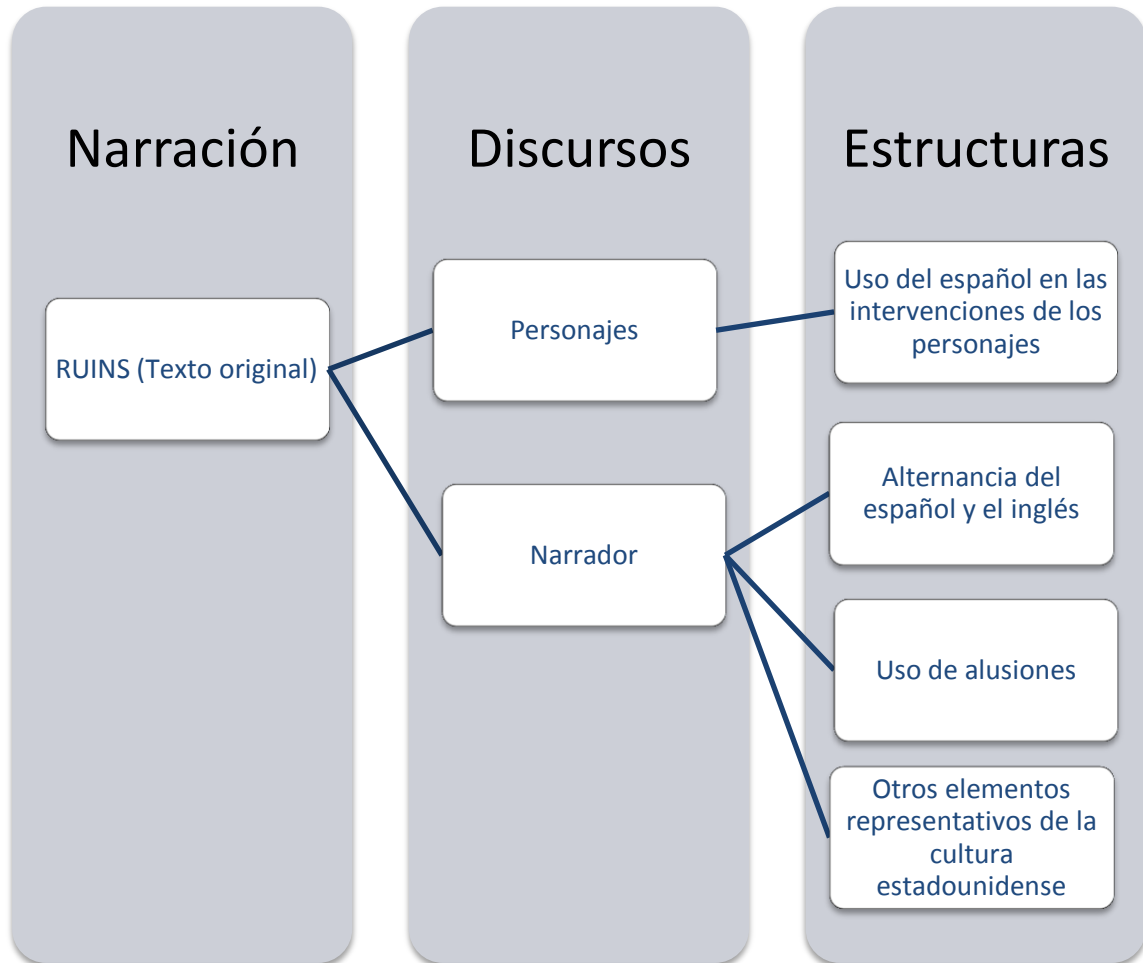
Estos conceptos de la retórica han servido para identificar las estructuras retórico-literarias en el texto, con sus funciones situacionales en la novela original y en la traducida. Además, el concepto de discurso permitió diferenciar entre el discurso del narrador y el de los personajes.

Una vez expuestas las bases teóricas, en los siguientes capítulos se abordará el análisis de los textos que constituyen el objeto de este estudio.

Capítulo 2

Aspectos culturales como estructuras retórico-literarias en el texto original

En este capítulo se pretende analizar algunos ejemplos donde la inserción estructurada de elementos culturales en el texto fuente se convierte en un recurso retórico-literario para presentar la ambivalencia cultural en la vida de los personajes. Los ejemplos se clasifican por el tipo de estructura que representan en los discursos de los personajes y del narrador, tal y como se resume en el siguiente esquema:



Esquema 1: Relación de los diferentes elementos retórico-literarios para la organización del Capítulo 2 y 3

Cabe aclarar que se utilizan ejemplos seleccionados de los dos primeros capítulos de la obra y las palabras o frases por analizar están resaltadas con «negrita», las demás marcas son propias del texto original.

2.1. Discurso de los personajes

2.1.1 Uso del español en las intervenciones de los personajes

Este tipo de estructura retórico-literaria se construye por medio de una palabra en español, intercalada en la narración en inglés, sin interrumpirla. Las palabras en español son citas directas de algún personaje de la novela y remiten a elementos culturales relacionados con características de personalidad, de expresiones comunes entre los hablantes de la lengua y de la manera de pronunciar ciertas palabras. La estrecha relación de estos elementos con la narración en inglés introduce la vivencia de la división, la contradicción, a través de una estructura recurrente en el texto. A continuación se presentan cinco ejemplos de este tipo de estructura retórico literaria:

- (1) “**Guapo!**” a cocky-looking character called out when he saw Usnavy approaching. That could mean *Handsome* or *Gutsy* but it was hard to say what was intended in this case, since the fellow shouting was Frank, one of Usnavy’s oldest friends, but a guy known as a wiseass, even a little cruel sometimes. (22)

En este ejemplo, aparece la expresión «Guapo!» integrada a la narración regular de la novela. Con esa expresión, se nota el estado de ánimo del personaje con respecto a la situación en la que se encuentra. Frank es uno de los amigos de Usnavy y siempre se ha

caracterizado por su personalidad sarcástica. La autora aprovecha esta característica para resaltar su estado de ánimo por medio de una palabra que crea incertidumbre, no solo en el lector meta del texto original, sino también en los personajes cubanos mismos.

Por medio de esta frase, se puede notar la inconformidad del personaje con su realidad y lo transmite mediante el deseo de molestar a sus amigos para indisponerlos. Esta estructura retórico-literaria entonces presenta la ambivalencia cultural, por medio del disgusto de Frank por su realidad.

(2) He tried to cover by placing a nine-seven —one of his few non-doubles— on the other end of the domino tail. “**Caracol**,” he said. (32)

En una narración del juego de dominó, se introduce la palabra «caracol». Esta palabra es un comentario para hacer saber que quedó el mismo número en los dos extremos del juego. En el texto no hay explicación de esta palabra, lo que permite observar la otra cara de la ambivalencia cultural presente en la obra: el personaje no solo juega dominó con sus amigos por costumbre, sino porque verdaderamente le gusta el juego, forma parte de su identidad. Al presentar a Usnavy de una manera tan natural, la autora revela que en la sociedad cubana no solo existen personas disconformes con el sistema, sino también están quienes en realidad creen en lo que se les ha presentado.

(3) “**Cuida’o abuelo cuida’o**,” a young man called out as he snaked around Usnavy. (49)

En este caso, la estructura retórico-literaria se presenta desde la perspectiva de los jóvenes cubanos. Su estado de ánimo se ve reflejado en la forma en la que tratan a Usnavy, una

persona mayor. Mediante esta intervención de los personajes, la autora muestra una visión más de la sociedad en la que se desenvuelven los jóvenes.

La perspectiva que tienen estos personajes es de descontento con su realidad; además, Usnavy representa a los fieles a la Revolución y el trato recibido de parte de ellos demuestra el desprecio que sienten por su cultura y el anhelo por una ajena.

(4) **“Ojo, ojo,”** called out another man as he dashed by —almost running into him— pushing a wheelbarrow full of bricks still covered with paint and mortar. (50)

Esta frase de advertencia logra poner sobre aviso a Usnavy de la realidad que viven muchas personas en su propio país, quienes buscan otras maneras de subsistir y de obtener mayores ingresos, incluso si eso significa recoger objetos de los escombros de un edificio en ruinas. La incertidumbre que viven esas personas los hace no conformarse con lo que poseen o con lo que el gobierno les provee, prefieren tratar de conseguir dinero para obtener mejores condiciones de vida, aun cuando esto signifique comprar cosas de contrabando con ese dinero.

Así, la expresión en español adquiere un significado más profundo en el mundo de Usnavy: él se encuentra sorprendido por las ruinas de un edificio y no puede creer lo que sus vecinos están haciendo, recogiendo escombros para venderlos. De esta manera, la advertencia adquiere un significado más general, referente a la sociedad cubana.

(5) **“Dolores,”** Usnavy said, and he meant it: What a pain! He loved to play dominos as much for the commentary as for the game itself. (31)

Esta intervención del personaje es otro comentario de Usnavy mientras juega dominó; sin embargo, a diferencia de la presentada en el ejemplo (2), esta frase refleja otra faceta del

estado de ánimo actual de Usnavy, quien a pesar de creer fervientemente en la Revolución de la cual él fue partícipe, comienza a cuestionarse si mantenerse en Cuba y acatar todas las normas es lo mejor para él y su familia.

Mediante esta frase, la autora muestra la lucha interna que llegan a vivir estos personajes en su realidad y la ambivalencia cultural a la que se encuentran expuestas.

2.2. Discurso del narrador

2.2.1. Alternancia del español y el inglés

Este tipo de estructura retórico-literaria se caracteriza por la presencia de palabras en español dentro del discurso correspondiente al narrador de la novela. Estas palabras son importantes no solo para la obra por su significado, sino por el valor que tienen en la representación de la cultura en la que se desarrolla la obra. Esto se puede ilustrar con los siguientes ejemplos:

(6) The purpose of the **vitrales**, he realized, was exactly the opposite of that of lamps. Instead of delivering light, the **vitrales** were designed to temper its intensity. (56)

La palabra «vitrales» se entrelaza en la narración como si fuera parte del vocabulario de uso cotidiano del lector meta. Sin embargo, esta palabra no existe en inglés. Es una sorpresa, una «ventana» a las pasiones del personaje principal. Su búsqueda y obsesión por el vidrio refleja los anhelos que ahora está sintiendo. Él no necesita un vitral que opaque la luz, necesita una lámpara que le dé color a la vida monótona que ha tenido por años. Por lo tanto, es un

reflejo de cómo su seguridad por creer en Cuba, comienza a mezclarse con anhelos por tener mejores cosas, en otra cultura antagónica a la suya.

(7) All that summer of 1994, Usnavy had manned his post at eh **bodega** —the one where people came with their ration books to have their monthly quotas of rice and beans and cooking oil doled out— and wordlessly shook his head when people pointed to a page for an item they should have received but which he didn't have to give. (13)

La estructura retórico-literaria en este caso incluye un elemento cultural cubano en el texto original. La «bodega» representa el lugar donde los anhelos de los cubanos inician. Anhelos por tener lo básico para alimentarse o por ciertos antojos que tienen años de tener. En ese lugar se observa a Usnavy añorando su infancia, al lado de su madre, antes de la Revolución. Por lo tanto, este lugar se puede tomar como el inicio de la ambivalencia cultural de muchos de los personajes.

(8) They were **criollos** —Cuba-born, all of them— and they were well aware that Usnavy had been birthed right there too. (25)

En este caso, la estructura retórico-literaria introducida por el narrador, recalca el significado de haber nacido en Cuba. Como todos los amigos son «criollos», todos tienen los mismos derechos y limitaciones, frente a los privilegios de los que gozan las personas con doble nacionalidad, entre ellos, poder salir de la isla de forma legal y cuando quisieran.

2.2.2. *Uso de alusiones*

La estructura retórico-literaria en este caso se forma al incorporar dentro de la narración alusiones a figuras de la música, cine, televisión, literatura y política para

caracterizar a los personajes y su forma de pensar. Estas alusiones muestran la ambivalencia cultural vivida por los personajes de la obra en diferentes ámbitos intra e interpersonales. A continuación se mostrarán algunos ejemplos:

(9) A picture of a young **Comandante** hung in frame, their only decoration but for a poster of the American singer **Michael Jackson**, which Nena had gotten as a gift from a friend down the street who'd left for the United States a few years before. (15)

En esta parte de la narración, se está describiendo la habitación, el lugar donde Usnavy vive con su familia. En ella se logra ver el contraste entre los ideales de Usnavy y los de Nena, su hija. Mientras que la fotografía del Comandante representa los ideales de revolución del personaje principal, el que el afiche de Michael Jackson comparta un espacio en la decoración del hogar indica la rebeldía y los verdaderos deseos de Nena.

A través de la estructura retórico-literaria, un espacio tan reducido como la habitación de la familia de Usnavy se convierte en un símbolo de la sociedad cubana, atrapada entre dos mundos con ideales diferentes. En el siguiente ejemplo, otras alusiones detallan la forma de vivir de los personajes.

(10) There were books all over the room too, on homemade shelves, tucked under Nena and Lidia's bed in near rows, and usually in piles next to it as well. Not just Nena's school books but also books about Africa, poetry books, books with ambiguous endings by **Jorge Luis Borges** and **Chester Himes (beautifully translated into Spanish)**, and a young Cuban writer named

Leonardo Padura, one of Usnavy's recent favorites, **whose work had been published in Spain and Mexico.** (15)

Las alusiones en esta parte de la narración, amplían la representación de la ambivalencia cultural que vive el personaje principal de la obra. El primer autor que aparece es Jorge Luis Borges, autor argentino de gran importancia en la literatura latinoamericana y mundial. Este autor es caracterizado por su pensamiento crítico e incluso estuvo involucrado en el golpe peronista. Este factor lo acerca a Usnavy, ya que el personaje de la obra estuvo involucrado en la Revolución cubana y además colaboraba en el gobierno.

El siguiente autor mencionado es Chester Himes, autor afroamericano, cuyas obras se caracterizan por la denuncia de las injusticias y desigualdades sufridas por las personas afroamericanas en Estados Unidos. Este tipo de bibliografía está estrechamente relacionado con la ideología de igualdad para todos del sistema comunista implementado por Fidel Castro luego de la Revolución.

Finalmente, Leonardo Padura, es un escritor cubano reconocido por su serie de novelas policiacas con crítica de la sociedad cubana y las carencias vividas por la ciudadanía en la isla. Estos autores, en su conjunto, reflejan la incertidumbre vivida por la población en general, incluso cuando creen en el sistema del que son parte.

(11) They looked at Usnavy's fair skin and reddish-blond hair as a boy and laughed, called him **Tom Sawyer**, called him Mickey (after the American actor **Mickey Rooney**), buy mostly El Yanqui, which irked Usnavy always, even long before the Revolution. (25)

En este caso, las alusiones utilizadas son de un personaje de literatura y de un actor estadounidense. Ambas referencias funcionan como una alusión a la apariencia de Usnavy, ya que estos dos personajes, Tom Sawyer (ficticio) y Mickey Rooney (real), se parecen entre sí por su estatura y físico: no muy atractivo, frágil y pequeño.

Además de la parte física, la aversión que Usnavy siente por esos apodosos se debe a que representan a Estados Unidos y él está siendo comparado con ellos. Se crea, entonces, otra contradicción en el personaje, entre su aspecto físico y lo que este simboliza.

(12) Frank always had a rough but gallant air about him, like the Mexican movie star **Anthony Quinn**. (29)

Con la alusión «Anthony Quinn», se está caracterizando a uno de los amigos de Usnavy, Frank, quien es un personaje muy particular, tal y como se pudo observar en la descripción del ejemplo (1). Este personaje es el antagonista de Usnavy, ya que su personalidad y seguridad en sí mismo lo llevan a un extremo de prepotencia. El propio Anthony Quinn, a pesar de ser mexicano, creció en Estados Unidos, lo que puede relacionarse con el deseo de exaltación por lo extranjero que posee Frank.

La estructura retórico-literaria alude al verdadero anhelo de Frank, que es irse a Estados Unidos, debido a la desilusión que siente del sistema que un día defendió. Aunque es él quien siempre ha molestado a Usnavy con los apodosos, de la misma manera, él también es comparable con un personaje que abandonó su país por los Estados Unidos. La ambivalencia cultural de este personaje es más explícita que en otros, por su manera extrovertida de ser.

(13) Watching it all from the protected confines of elegant Las Terrazas—one of **Ernest Hemingway** old haunts— were foreign tourists, their giggles bubbling in the air, and journalists too, TV camera lights washing the landscape. (42)

Esta narración se concentra en el día en que Obdulio, amigo de Usnavy, decide irse con su familia de la isla en una balsa construida por él mismo a Estados Unidos. Las Terrazas es un restaurante que está en lo alto de una peña, desde la cual las personas pueden ver el espectáculo de los emigrantes.

Para la sociedad cubana, Ernest Hemingway figura como uno de los íconos más apreciados. Sin embargo, se sabe que su vida en Cuba fue de lujos y que se retiró de la isla al darse cuenta de que sus propiedades iban a ser tomadas por el gobierno castrista. De esta manera, en la escena se representan dos realidades: la de Hemingway y la de los cubanos que quedaron en la isla después de la Revolución.

2.2.3. Otros aspectos representativos de la cultura estadounidense

Este tipo de estructura retórico-literaria se caracteriza por la utilización de elementos que marcan la presencia de la cultura estadounidense en la realidad cotidiana de los personajes. A continuación se presentan ejemplos que reflejan esta situación:

(14) Next to the plate was a small, white, Soviet refrigerator. Usually, Lidia's old **American iron**—much coveted, since irons of every lineage had virtually vanished in the last few years— rested on top, cushioned by a threadbare but very clean towel. (15)

En esta parte de la narración se describe la distribución del cuarto donde vive Usnavy con su familia, y los electrodomésticos que poseen. Al describir la plancha, se hace énfasis en

que es fabricada en Estados Unidos. El narrador hace explícito el hecho de que las planchas hechas en otros lugares ya habían dejado de funcionar. Este tipo de estructura retórico-literaria es repetitiva a lo largo del texto. De hecho, la mayoría de personajes hacen referencia a lo positivo que presentan estos productos.

De esta manera, la narración recalca la presencia de aspectos propios de la cultura o vida cotidiana en los Estados Unidos en los hogares de los cubanos, representado por los artefactos, símbolos de la cultura consumista tan opuesta a los valores cubanos. Por lo tanto, se evidencia el doble mundo en el que viven los cubanos: viviendo en Cuba, pero siempre dependiendo de los productos norteamericanos.

(15) “Oh, yes, they’re **American, the lamps** you’re talking about,” said an elderly woman with a kindly grandmother’s face. They were talking through the bars on her window, like courting teenagers. She was jittery in all her extremities, mahogany-colored. Usnavy imagined her ancestors tender and sweet, among the thousands of outwitted, unwilling seafarers at Badagry or Gorée more than a century ago.

“Excellent lamps, excellent —as only Americans can make them,” she continued. (57)

En este ejemplo, de nuevo se puede observar la estructura en referencia a las lámparas. El personaje hace énfasis en que no se trata de cualquier lámpara, sino una lámpara hecha en Estados Unidos. Luego, el mismo personaje hace el comentario de que la razón de la belleza y calidad es el origen de la lámpara.

Además, ejemplifica la opinión que podía tener un cubano con respecto a lo proveniente de Estados Unidos. Además, el personaje muestra cierta añoranza por lo que en

algún momento podían obtener con facilidad y se consideraba de lujo. Este tipo de comentario, se repite varias veces en el texto debido a que los únicos productos que les han durado a través de los años, y a pesar de la falta de repuestos, han sido los que en algún momento trajeron del país norteamericano.

(16) The young man looked at him incredulously. “You mean you didn’t check?”

He was in his early twenties, wearing a **tight-fitting surely imported-from-Miami green Polo shirt**, muscular underneath despite the shortages. (63)

En este ejemplo, se crea un adjetivo compuesto de varias palabras para describir la camisa que anda puesta el joven que está atendiendo a Usnavy en la tienda de lámparas. La expresión «surely imported-from-Miami» alude a una frase que deber ser frecuente en las conversaciones de la gente y, nuevamente, refleja la presencia de la contradicción cultural en la vida diaria.

(17) The lamp had traveled with **Usnavy** from his hometown of Caimanera, the closest Cuban town to the American military base at Guantánamo Bay and the reason for his unusual name: Gazing out her window at the gigantic military installation, Usnavy’s mother had spied the powerful **U.S. ships**, their sides emblazoned with the military trademark, which she then bestowed on her only son. She pronounced it according to Spanish grammar rules —*Uss-nah-veee*— and for a while caused something of a stir, which other young mothers soon imitated so that by the time the Revolution was upon them, there was a whole tribe of sturdy young Usnavys in Oriente. (17)

En este caso, «U.S. ships» se utiliza para indicar el origen del nombre del personaje principal de la obra: Usnavy. Como este nombre fue inspirado en la marca de los navíos que la madre del personaje principal veía constantemente, se toma como un elemento representativo de la cultura estadounidense y no como una alusión, como sí sucedió con los nombres explicados en el apartado anterior.

El nombre representa el poderío que tenía y tiene Estados Unidos sobre Cuba, ejercido de diversas formas. Desde esta perspectiva, el nombre Usnavy es el símbolo de la contradicción, un nombre imposible, casi impronunciable, pero muy popular entre los habitantes. Sintetiza la esencia del personaje en la novela, lo absurdo y lo humano de su situación.

A modo de conclusión, este capítulo muestra cómo la utilización de diferentes estructuras retórico-literarias permiten que se externe la ambivalencia cultural vivida por los personajes en la obra. Además, cada estructura tiene diversos significados, ya sea en la forma de ser de los personajes o en la manera de vivir de ellos. En el siguiente capítulo, se compara la funcionalidad de las estructuras aquí expuestas para reproducir la ambivalencia cultural en la traducción de la novela.

Capítulo 3

Estructuras retórico-literarias en la traducción de *Ruins*

En este capítulo se analiza la funcionalidad de las estructuras retórico-literarias identificadas en el texto original a la luz de los resultados de su traducción, en particular para representar la ambivalencia cultural que caracteriza al texto original, tanto en el fondo como en la forma. En términos generales, se demuestra que de los cuatro tipos de estructuras presentadas en el capítulo anterior solo dos cumplieron un papel análogo en el texto producido.

3.1. Discurso de los personajes

3.1.1. *Uso del español en las intervenciones de los personajes*

Como se mostró en el análisis del texto original, el uso del español en las intervenciones de los personajes tiene en la obra una función retórico-literaria específica. Sin embargo, este tipo de recurso no resultó ser funcional al traducir la obra. La opción de usar el inglés en las intervenciones de los personajes era muy limitada, ya que la obra se desarrolla en Cuba y todos los personajes son de ese país. Algunos anglicismos de uso común en español habrían servido para este fin, pero el texto ofreció pocas posibilidades para poner en práctica este recurso. A continuación, se retoman algunos ejemplos previamente analizados, con su traducción:

- (19) T.O.: “**Guapo!**” a cocky-looking character called out when he saw Usnavy approaching. That could mean *Handsome* or *Gutsy* but it was hard to say what was intended in this case, since the fellow shouting was Frank, one of

Usnavy's oldest friends, but a guy known as a wiseass, even a little cruel sometimes. (22)

T.T.: —**¡Guapo!** —le decía un personaje con mirada arrogante cuando veía a Usnavy aproximarse. Su significado podía haber sido halagador, pero como venía de Frank, uno de los más viejos amigos de Usnavy, conocido por creerse un sabelotodo y un poco cruel a veces, el comentario podía significar cualquier cosa. (13)

En este primer ejemplo se puede observar que en el texto original se recurre a una explicación del significado de la palabra «guapo» con las palabras *handsome* y *gutsy*; sin embargo, ninguna de ellas es un anglicismo utilizado en español y su inclusión en vez de «guapo» habría creado confusión. La explicación en el texto original se convierte en el texto meta en un comentario sobre la intención del personaje, ya que no es necesario dar una explicación del significado de una palabra muy común en el español a un público hispanohablante.

(20) T.O.: “**Dolores,**” Usnavy said, and he meant it: **What a pain!** He loved to play dominos as much for the commentary as for the game itself. (31)

T.T.: —**¡Dolores!** —dijo Usnavy. Le encantaba el dominó tanto por los comentarios como por el juego mismo. (22)

Con este ejemplo se ilustra de nuevo que el uso de una palabra extranjera le habría restado coherencia al texto traducido, no solamente porque no hay un anglicismo conveniente para sustituir la expresión «dolores», sino también porque se trata, posiblemente, de un juego (de palabras, en el juego de dominó); a eso parece referirse claramente el texto original, al

decir «and he meant it», es decir, que aparte del significado propio en el juego se hace uso también del sentido literal. Los signos de exclamación en la palabra al inicio de la oración llaman la atención sobre esta doble interpretación, a lo que alude la frase explicativa del original.

(21) T.O.: “**Ojo, ojo,**” called out another man as he dashed by —almost running into him— pushing a wheelbarrow full of bricks still covered with paint and mortar. (50)

T.T.: —**Ojo, ojo** —dijo otro hombre mientras pasaba a toda velocidad, casi golpeándolo, con un carretillo lleno de ladrillos, pintura y mortero. (42)

En este ejemplo, el uso del español en la intervención del personaje tiene un claro propósito único de crear la ambivalencia cultural, ya que no hay «traducción» al inglés: el sentido se desprende del contexto descrito, un personaje corriendo con una carga y casi chocando con el protagonista. La solución traductológica, al igual que en los casos anteriores, es prescindir de la estructura utilizada en el texto original.

3.2. Discurso del narrador

3.2.1. Alternancia del español y el inglés

La primera estructura analizada en el discurso del narrador en el texto original es el encadenamiento del español y el inglés en la narración.

Esta estructura, ampliamente utilizada en el texto original, resultó ser disfuncional al traducir el texto, debido a las mismas razones ya explicadas respecto al discurso de los

personajes. Se retoman a continuación, junto con la traducción correspondiente, algunos ejemplos de esta estructura retórico-literaria:

(22) T.O.: All that summer of 1994, Usnavy had manned his post at the **bodega** — the one where people came with their ration books to have their monthly quotas of rice and beans and cooking oil doled out— and wordlessly shook his head when people pointed to a page for an item they should have received but which he didn't have to give. (13)

T.T.: Durante todo el verano de 1994, Usnavy había trabajado en la **bodega**, el establecimiento donde la gente acude con su libreta de racionamiento para obtener sus cuotas mensuales de arroz, frijoles y aceite para cocinar, y, sin decir palabra, negaba con la cabeza cuando las personas señalaban en una página un artículo que deberían haber recibido, pero del que él no disponía. (3)

En el texto original se inserta una explicación del significado particular de la palabra «bodega» en la sociedad cubana, explicación que sigue presente en la traducción, debido a la multiplicidad de significados que puede tener la palabra en los diferentes países hispanohablantes.

Por medio de esta explicación, se deja claro que la «bodega» es un elemento muy relevante de la sociedad cubana representada en la obra, que se contrapone así a la cultura receptora del texto traducido. Sin embargo, la disfuncionalidad del uso del inglés para representar la otra cara de la doble cultura vivida por la sociedad cubana se hace evidente.

(23) T.O.: The purpose of the **vitrales**, he realized, was exactly the opposite of that of lamps. Instead of delivering light, the **vitrales** were designed to temper its intensity. (56)

T.T.: Notó que el propósito de los **vitrales** era exactamente el contrario al de las lámparas. En lugar de dar luz, los **vitrales** estaban hechos para disminuir su intensidad. (48)

En este ejemplo, también se imposibilita, por cuestiones de funcionalidad, la reproducción de la alternancia de los dos idiomas en el discurso del narrador. La contraposición de lámparas y vitrales es parte del simbolismo de la obra que aparece en ambos textos, original y traducido; sin embargo, el uso del inglés y el español le añade en el original un nivel más, de antagonismo cultural y político, que en el texto traducido será expresado, como se explica más adelante, por otros recursos.

3.2.2. *Uso de alusiones*

Las alusiones son utilizadas como una estructura retórica-literaria en el texto traducido, tal y como son usados en el texto original. Todas las veces que se utilizan son para describir un lugar o un personaje de la obra. Las alusiones son vehículos importantes para crear la ambivalencia cultural que impregna la obra y que se convierte en el rasgo definitorio de la cultura cubana que esta representa. A continuación se presentan las traducciones de algunos ejemplos analizados en el texto original:

(24) T.O.: A picture of a young **Comandante** hung in frame, their only decoration but for a poster of the American singer **Michael Jackson**, which Nena had

gotten as a gift from a friend down the street who'd left for the United States a few years before. (15)

T.T.: La foto de un joven **Comandante** que colgaba en un cuadro era su única decoración, excepto por el cartel de **Michael Jackson** que una amiga del vecindario que se fue a Estados Unidos unos años antes le había regalado a Nena. (5)

En este ejemplo, se utilizan como alusiones el título «Comandante», donde la mayúscula indica su uso como nombre propio, referente a una persona en particular (Fidel Castro), y el nombre Michael Jackson. Como se mencionó antes, respecto al texto original, en el texto traducido también son claras las referencias culturales que simbolizan la duplicidad que los jóvenes de la época estaban experimentando y lo que las personas partidarias de la Revolución comenzaron a tolerar en sus hogares.

Las alusiones son fácilmente reconocibles e interpretables no solo en Cuba, sino también en el resto de los países hispano-hablantes; por lo tanto, en la traducción cumplen su función sin problema.

(25) T.O.: There were books all over the room too, on homemade shelves, tucked under Nena and Lidia's bed in neat rows, and usually in piles next to it as well. Not just Nena's school books but also books about Africa, poetry books, books with ambiguous endings by **Jorge Luis Borges** and **Chester Himes (beautifully translated into Spanish)**, and a **young Cuban writer named Leonardo Padura**, one of Usnavy's recent favorites, **whose work had been published in Spain and Mexico.** (15)

T.T.: También había libros en toda la habitación, en anaqueles caseros, en filas perfectas bajo la cama de Lidia y Nena, y también apilados junto a la cama. No solo los libros del colegio de Nena, sino también acerca de África, de poesía y libros con finales ambiguos de **Jorge Luis Borges** y **Chester Himes (bellamente traducidos al español)**, y de un **joven escritor cubano llamado Leonardo Padura**, uno de los últimos preferidos de Usnavy, **que publicaron en España y México.** (5)

Estas alusiones, que consisten en nombres de escritores y fragmentos que parecen ser citas de reseñas editoriales, reflejan un variado repertorio cultural del personaje principal. Como se ha señalado en el capítulo anterior, se destacan los escritores latinoamericanos y autores que denuncian temas sociales vividos de una u otra manera, incluyendo la sociedad cubana, lo que se introduce también como una señal de la ambivalencia cultural, ya mencionada.

(26) T.O.: They looked at Usnavy's fair skin and reddish-blond hair as a boy and laughed, called him **Tom Sawyer**, called him Mickey (after the American actor **Mickey Rooney**), but mostly **El Yanqui**, which irked Usnavy always, even long before the Revolution. (25)

T.T.: Miraban la piel clarita y el cabello rubio-rojizo de Usnavy cuando era niño y se burlaban, lo llamaban **Tom Sawyer** o «Mickey», por el actor estadounidense **Mickey Rooney**, pero más que todo «**el yanqui**», lo que siempre irritaba a Usnavy, incluso antes de la Revolución. (16)

Como se ha explicado en el capítulo anterior, las alusiones a «Tom Sawyer», «Mickey Rooney» y «El Yanqui» funcionan como metáforas de la apariencia del personaje principal de la novela. Los dos primeros remiten de forma directa a la cultura estadounidense, mientras que el tercero lo hace indirectamente, a través de un anglicismo en el español. Esta combinación de alusiones, a su vez, crea otra oposición entre lo que significan (un estadounidense) y lo que designan metafóricamente: un cubano, Usnavy. En la traducción, se conservó la estructura completa, con la misma función.

Las alusiones referentes a personajes estadounidenses se vuelven muy significativas en los diferentes países hispano-hablantes para los que va dirigido el texto traducido, ya que la mayoría se han visto influenciados por la cultura estadounidense, incluyendo el cine, programas televisivos o la literatura.

(27) T.O.: Frank always had a rough but gallant air about him, like the Mexican movie star **Anthony Quinn**. (29)

T.T.: Frank siempre tenía una apariencia ruda pero galante, como en la película mejicana con **Anthony Quinn** de protagonista. (20)

Como se señaló en el análisis del texto original, en este ejemplo, el nombre del actor mexicano se usa para describir la personalidad y los anhelos de Frank.

En este caso también, el simbolismo es doble: se da, primero, a nivel de los nombres en inglés, pero los llevan personas latinoamericanas, y segundo, a nivel de las trayectorias de vida: una, consumada y exitosa al alcanzar el cambio de cultura, y la otra, joven, buscando el mismo destino ilusorio. El actor es altamente reconocido por los premios Oscar que obtuvo

durante su carrera, por lo que su nombre como alusión está al alcance de la interpretación del lector hispanohablante. Su conservación en la traducción no presentó problema.

(28) T.O.: Watching it all from the protected confines of elegant Las Terrazas — one of **Ernest Hemingway** old haunts— were foreign tourists, their giggles bubbling in the air, and journalists too, TV camera lights washing the landscape. (42)

T.T.: Turistas extranjeros lo observaban todo desde los confines protegidos del elegante Las Terrazas, uno de los antiguos lugares favoritos de **Ernest Hemingway**; los murmullos inundaban el aire, y también los periodistas: las luces de las cámaras de televisión aclaraban el paisaje. (34)

Según se explicó antes, al utilizar el nombre de Ernest Hemingway como alusión, se está caracterizando el lugar del que se habla en el pasaje, parte de Cuba, pero a través del ojo de un norteamericano.

Claramente, la estructura retórico-literaria presenta, aquí también, la ambivalencia cultural del cubano, atrapado en el conflicto entre dos mundos. Como en los casos anteriores, la alusión cumple en la traducción la misma función que en el texto original.

3.2.3. Otros elementos representativos de la cultura estadounidense

Esta estructura retórico-literaria se presenta como un recurso de caracterización de los personajes y de lo que significa el adjetivo «cubano». En el texto traducido, la utilización de estos elementos estadounidenses cobra aún más significado, ya que, como hispano-hablantes, la cultura meta puede entender mejor lo que significa la influencia de una cultura como la estadounidense en todo lo que se ve. A continuación se retoman algunos ejemplos de esto:

(29) T.O.: Next to the plate was a small, white, Soviet refrigerator. Usually, Lidia's old **American iron**—much coveted, since irons of every lineage had virtually vanished in the last few years— rested on top, cushioned by a threadbare but very clean towel. (15)

T.T.: Junto a la plantilla, había un refrigerador soviético, pequeño y blanco. Casi siempre, la vieja **plancha estadounidense** de Lidia (codiciada por muchos, ya que las planchas de todos los linajes habían desaparecido en los últimos años) descansaba sobre el pequeño refrigerador, amortiguada por una toalla gastada pero muy limpia. (5)

En este caso, la «plancha estadounidense» es una estructura retórico-literaria que viene a caracterizar un pensamiento y una realidad que viven los cubanos. Al reproducir la estructura original, «American iron», se recrea la ambivalencia cultural observable en el texto original: la convivencia y eterno recordatorio de lo que podrían tener si se fueran para Estados Unidos.

Este artefacto representa la permanencia de Estados Unidos en sus vidas, a pesar de la Revolución y el aferrarse de los personajes por lo perdurable y seguro. Para ellos, los artefactos estadounidenses, aparte de los soviéticos, son los únicos perdurables en el tiempo y que pueden traerles beneficios por tenerlos, ya que más adelante en la obra, se puede ver que Lidia a veces va a planchar donde vecinas a cambio de algo que necesitaran en la casa.

(30) T.O.: “Oh, yes, they're **American, the lamps** you're talking about,” said an elderly woman with a kindly grandmother's face. They were talking through the bars on her window, like courting teenagers. She was jittery in all her

extremities, mahogany-colored. Usnavy imagined her ancestors tender and sweet, among the thousands of outwitted, unwilling seafarers at Badagry or Gorée more than a century ago.

“Excellent lamps, excellent—as **only Americans can make them,**” she continued. (57)

T.T.: —Ah, sí, las **lámparas** de las que estás hablando son **estadounidenses** —dijo una viejita con cara de abuela amable.

Ellos hablaban por entre las rejas de la ventana, como adolescentes enamorados. Ella estaba nerviosa y completamente roja. Usnavy se imaginaba a los ancestros de la anciana tiernos y dulces, entre los miles de ancianos, marineros renuentes en Badagry o en Gorée hace más de un siglo.

—Excelentes lámparas, excelentes, **como solo los estadounidenses pueden hacerlas** —continuó. (49)

Este ejemplo ilustra la caracterización de objetos con lo estadounidense como símbolo de calidad. Con la recreación de la estructura del original, se produce un efecto análogo en la cultura a la que va dirigida la traducción. Mediante el uso de frases como «excelentes lámparas, excelentes» y «como solo los estadounidenses pueden hacerlas» se observa el grado en que algunos personajes idolatran a Estados Unidos.

Este tipo de veneración genera también la percepción de la ambivalencia cultural en la que se vive, renegando lo que se tiene y añorando a lo que no se tiene acceso. Este tipo de situaciones pueden llegar a ser aún más significativas para la cultura meta que para la original, debido al gran impacto que el consumismo ha generado en la mayoría de países hispano-hablantes.

(31) T.O.: The young man looked at him incredulously. “You mean you didn’t check?” He was in his early twenties, wearing a **tight-fitting surely imported-from-Miami green Polo shirt**, muscular underneath despite the shortages. (63)

T.T.: El joven lo miró con incredulidad.

—¿Quieres decir que no revisaste? —Tenía como veinte años, se vestía con **una ajustada camisa polo verde, de seguro importada de Miami**, era musculoso a pesar de la escasez de comida. (56)

En este caso, la estructura retórico-literaria en el original retrata al personaje que porta la camisa con las características culturales antes señaladas.

En el texto meta, los elementos mencionados cobran sentido debido a que muchas familias se encuentran en la situación de tener parientes que viven en Estados Unidos y les envían ropa y dinero para que vivan mejor en sus países. La veneración de la cultura estadounidense de ciertos personajes es un denominador común que permite que estas estructuras sean muy funcionales en la traducción al español.

(32) T.O.: The lamp had traveled with **Usnavy** from his hometown of Caimanera, the closest Cuban town to the American military base at Guantánamo Bay and the reason for his unusual name: Gazing out her window at the gigantic military installation, Usnavy’s mother had spied the powerful **U.S. ships**, their sides emblazoned with the military trademark, which she then bestowed on her only son. She pronounced it according to Spanish grammar rules — *Uss-nah-veee*— and for a while caused something of a stir, which other

young mothers soon imitated so that by the time the Revolution was upon them, there was a whole tribe of sturdy young Usnavys in Oriente. (17)

T.T.: La lámpara había viajado con **Usnavy** desde su pueblo nativo, Caimanera, el más cercano a la base militar estadounidense de la bahía de Guantánamo, que además había dado origen a su peculiar nombre: al mirar por la ventana la gigante instalación militar, la madre de Usnavy había visto los poderosos **barcos de Estados Unidos**, sus cascos engalanados con la marca militar, la cual le otorgó a su único hijo. Ella lo pronunciaba según el español: *Us-na-vi*; y durante algún tiempo causó conmoción, pero muchas otras madres jóvenes pronto lo imitaron y para cuando la Revolución los alcanzó, había toda una tribu de jóvenes robustos Usnavys en Oriente. (8)

El nombre propio del personaje principal es, como se ha señalado anteriormente, tal vez, la forma más representativa de la ambivalencia cultural en la que vive el personaje y la sociedad cubana en general: desde su mismo nombre inicia la lucha interna entre serle fiel a la Revolución y al Comandante o rendirse ante los encantos de los beneficios que Estados Unidos le pueda brindar.

La presencia del nombre de origen ajeno se ve reforzada por la explicación de su apropiación como elemento lingüístico a través de la pronunciación «españolizada» que primero produce incomodidad, pero pronto es aceptado por otros. Todos estos aspectos son retomados en la traducción con la misma función.

En este capítulo, se pudo apreciar que a pesar de la poca funcionalidad de ciertas estructuras en el texto traducido, las que sí son funcionales lograron plasmar la ambivalencia cultural expresada en la obra. Además, algunas de ellas son más significativas por la afinidad

que el público de la obra traducida pueda tener con las estructuras presentes en este. A continuación se presentarán las conclusiones generales del trabajo de investigación.

Conclusiones

Resultados

En esta investigación se planteó el objetivo general de explicar el funcionamiento de ciertas «estructuras retórico-literarias» en ambos textos. Además, los objetivos específicos de describir y analizar los factores lingüísticos y discursivos del texto que cumplen una función de «estructura retórico-literaria» en el texto original, y comparar la función de estas estructuras con las que se elaboran como análogas en el texto traducido.

Para cumplir estos objetivos, se seleccionó una muestra de las estructuras más comunes del discurso de los personajes (uso del español) y las del narrador (alternancia del español y el inglés, uso de intertextos y otros elementos representativos de la cultura estadounidense) en el texto original, y luego se hizo un análisis de la presencia de las mismas estructuras en el texto traducido. Para el análisis se utilizó la definición de *discurso* expuesta en el Capítulo 1.

La investigación se dirigió para verificar la hipótesis inicialmente propuesta: las *estructuras retórico-literarias* presentes en el texto original sirven para crear una ambivalencia cultural en el discurso del narrador y de los personajes, tanto en el texto original como en el traducido.

A continuación se presentan las conclusiones a las que se llegó con este trabajo de investigación:

- a. Las estructuras retórico-literarias examinadas cumplen, en ambos textos, la función de resaltar la ambivalencia cultural. Aunque en el texto traducido solo dos de estas estructuras son funcionales (el uso de las alusiones y de otros elementos representativos de la cultura estadounidense), su efecto es resaltar la ambivalencia cultural del texto, tal y como sucede en el texto original con el uso de todas las

estructuras examinadas. Por lo tanto, la ambivalencia cultural, un rasgo determinante de la novela, caracteriza ambos textos, a pesar de la poca funcionalidad de ciertas estructuras en el texto traducido.

- b. El uso del español en las intervenciones de los personajes no es funcional en el texto traducido. Contrario al texto original, en el polisistema en el que se desarrolla la obra traducida no hay bilingüismo, por lo que esta estructura, de ser utilizada, sería ineficaz. Los personajes y el narrador son cubanos, que ese presentan ante un público costarricense, en un idioma común, el español.
- c. Las estructuras retórico-literarias del narrador son, en su mayoría, funcionales tanto en el texto original como en el traducido. Los intertextos y referencias a la cultura estadounidense son parte de las vivencias de los latinoamericanos, a pesar de pertenecer a diferentes culturas. En este caso se puede hablar de equivalencias en los diferentes polisistemas, que tienen puntos de encuentro en cada uno de ellos.

Cabe aclarar que este trabajo no pretende crear un modelo de traducción para novelas de autores cubano-estadounidenses. Las estructuras retórico-literarias analizadas son exclusivas de la obra utilizada, cada producto literario es único e irrepetible. Lo que el traductor haga, se desprende del análisis particular que haga del texto en cada caso.

Aportes

La contribución de este trabajo es el análisis traductológico que se hace utilizando una teoría contemporánea: la Teoría de los Polisistemas, lo que permite visualizar el texto fuente y el texto meta como esencialmente diferentes, en cuanto pertenecientes a culturas (polisistemas) diferentes. Desde esta óptica, el análisis no se hace con la ambición de ver si se pudo

«encajar» o compensar una estructura con la otra, sino buscar lo que es funcional en los diferentes polisistemas, o sea, un análisis desde la diferencia.

La Teoría de los Polisistemas tiene como principal ventaja que permite analizar el texto original y el texto traducido como dos textos con necesidades distintas; por lo tanto, no busca que los textos sean idénticos, sino se basa en sus diferencias. Por otra parte, esta teoría presenta la limitación de que no ahonda en la investigación de los diferentes grupos sociales, políticos y culturales para hacer el análisis, sino que lo que se establece es algo más superficial en estos temas.

Recomendaciones

Todo trabajo investigativo, a la vez que procura dar respuestas, abre también nuevas interrogantes. Una de estas inquietudes es la posibilidad de analizar el texto con base en otras teorías contemporáneas que ofrezcan análisis diferentes a los tradicionalistas. Como traductores estamos acostumbrados a los análisis que nos indican cómo proceder con cierto tipo de texto o los que nos muestran qué tan fiel es una traducción a su texto original. Sin embargo, sería provechoso contar con análisis que amplíen la visión de lo que se supone es una traducción aceptable, principalmente con teorías de traducción que se apartan del postulado de la equivalencia.

Otro tema interesante para un futuro estudio sería la percepción que crea en la audiencia la traducción de la novela *Ruins*, principalmente desde el punto de vista de la ambivalencia cultural. La cercanía y la hegemonía económico-cultural de Estados Unidos ejercen mucha presión también sobre la población costarricense, por lo que no está claro hasta qué punto se interpretaría la ambivalencia cultural como un rasgo de la sociedad cubana. No

obstante, un estudio de este tipo no tendría como fin «verificar» el éxito de la traducción, ya que la reacción del público podrá ser muy variada, y sus causas, múltiples.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Calleja, María Antonia. *Estudios de traducción*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2001. Impreso.
- . *Acercamiento metodológico a la traducción literaria con textos bilingües comentados*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2005. Impreso.
- Aradra Sánchez, Rosa María. *La traducción en la teoría retórico-literaria española (1750-1830)*. (2007): 167-176.
- Arévalo Fernández, Areli. *El uso del dialecto spanglish como recurso para rescate de la otredad en Mayan Drifter de Juan Felipe Herrera*. TS. Universidad Nacional de Costa Rica, 2010.
- Aguilar e Silva, Vítor Manuel. *Teoría de la literatura*. Trad. Valentín García Yebra. Madrid: Editorial Gredos, 1975. Impreso.
- Biber, Douglas, Susan Conrad y Randy Reppen. *Corpus Linguistics: Investigating Language Structure and Use*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. Impreso.
- Cascante Chavarría, Gilberth. *Teaching Culture: Strategies for Intercultural Communication De Ned Seelye*. TS. Universidad Nacional de Costa Rica, 2002.
- Chico Rico, Francisco. “La teoría de la traducción en la teoría retórica”. *Revista de Retórica y Teoría de la Comunicación*. 3 (2002): 25-40.
- Contreras, Heles. *El orden de las palabras en español*. Madrid: Cátedra, 1978. Impreso.
- Crystal, David y Derek Davy. *Investigating English Style*. Londres: Longman, 1976. Impreso.
- Currás Móstoles, Rosa. *Traducción de elementos culturales en «A Man for All Seasons», de Robert Bolt*. TS. Universidad Politécnica de Valencia, 2009.

- Even-Zohar, Itamar. «Factores y dependencias en la cultura. Una revisión de la Teoría de los Polisistemas». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 23-52. Impreso.
- . «La posición de la literatura traducida en el polisistema literario». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 223-231. Impreso.
- . «Planificación de la cultura y mercado». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 71-96. Impreso.
- . *Polisistemas de cultura*. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2011. En línea. 1 mar 2014.
- . «Polysystem Studies». *Poetics Today*. 11.1 (1990): 1-253.
- Hatim, Basil. *Communication Across Cultures*. Devon: University of Exeter Press, 1997. Impreso.
- Haywood, Louise, Michael Thompson y Sándor Hervey. *Thinking Spanish Translation: A course in translation method: Spanish to English*. Londres: Routledge, 2009. Impreso.
- Holmes, James. *Translated! Papers on Literary Translation and Translation Studies*. 2.^a ed. Amsterdam: Rodopi, 1988. Impreso.
- Lambert, José. «Literatura, traducción y (des)colonización». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 257-280. Impreso.
- Llanes Abeijón, Manuel. «Estilística y retórica en el proceso de traducción». *Islas*. 45.137 (2003): 86-99. Archivo PDF.
- López Ponz, María. *Traducción y literatura chicana: Nuevas perspectivas desde la hibridación*. Granada: Editorial Comares, 2009. Impreso.
- Merriam-Webster Online*. Merriam-Webster, s.f. Web. 20 noviembre 2013.

- Moreiro, Julián. *Cómo leer textos literarios: El equipaje del lector*. 4.ta ed. Madrid: Edaf, 2004. Impreso.
- Moreno Hernández, Carlos. *Retórica y traducción*. Madrid: 2010. Impreso.
- Quesada Chacón, Maureen. *En definitiva: ¿qué son los estudios culturales? De Richard Johnson*. TS. Universidad Nacional, 2005.
- Robyns, Clem. «Traducción e identidad discursiva». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 281- 309. Impreso.
- Torre, Esteban. *Teoría de la traducción literaria*. Madrid: Editorial Síntesis, 1994. Impreso.
- Toury, Gideon. «La naturaleza y el papel de las normas en la traducción». *Teoría de los Polisistemas*. Ed. Monserrat Iglesias Santos. Madrid: Arco/Libros, 1999, pp. 233-255. Impreso.
- Tricás Preckler, Mercè. «Lingüística Contrastiva y traducción: aproximaciones interculturales». *Synergies Espagne*. 3 (2010): 13-22.
- Trujillo-González, Verónica. «Una aportación al tratamiento de los elementos culturales: el signo lingüístico cultural». *Çedile revista de estudios franceses*. 8 (2012): 298-311.
- Universidad de Granada. «Línea de investigación: Lingüística Contrastiva». *ugr Universidad de Granada*. Web.18 febrero 2014.
- Van Dijk, Teun A. «El análisis crítico del discurso». *Anthropos* 186 (1999): 23-36. Barcelona.
- . «Ideología y análisis del discurso». *Utopía y Praxis Latinoamericana* 10.29 (2005): 9-36. Venezuela.
- Vermeer, Hans. «Reflexiones preliminares sobre retórica y estilística en la traducción». *Revista semestral Centro de Poética IIFL UNAM: Acta Poética*. 25.1 (2004): 15-44.

- Vides Chavarría, Laura. *A Winter in Central America and Mexico: Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia histórico-cultura*. TS. Universidad Nacional, 2012.
- Wandruszka, Mario. *Nuestros idiomas: comparables e incomparables*. Trad. Elena Bombín. Tomo 2. Madrid: Editorial Gredos, 1976. Impreso.
- Whitley, Stanley. *Spanish/English Contrasts*. 2.^a ed. Washington, D.C.: Georgetown University Press, 2002. Impreso.
- WordReference.com*. Word Reference Online Language Dictionaries, s.f. Web. 20 noviembre 2013.

ANEXO

El texto original